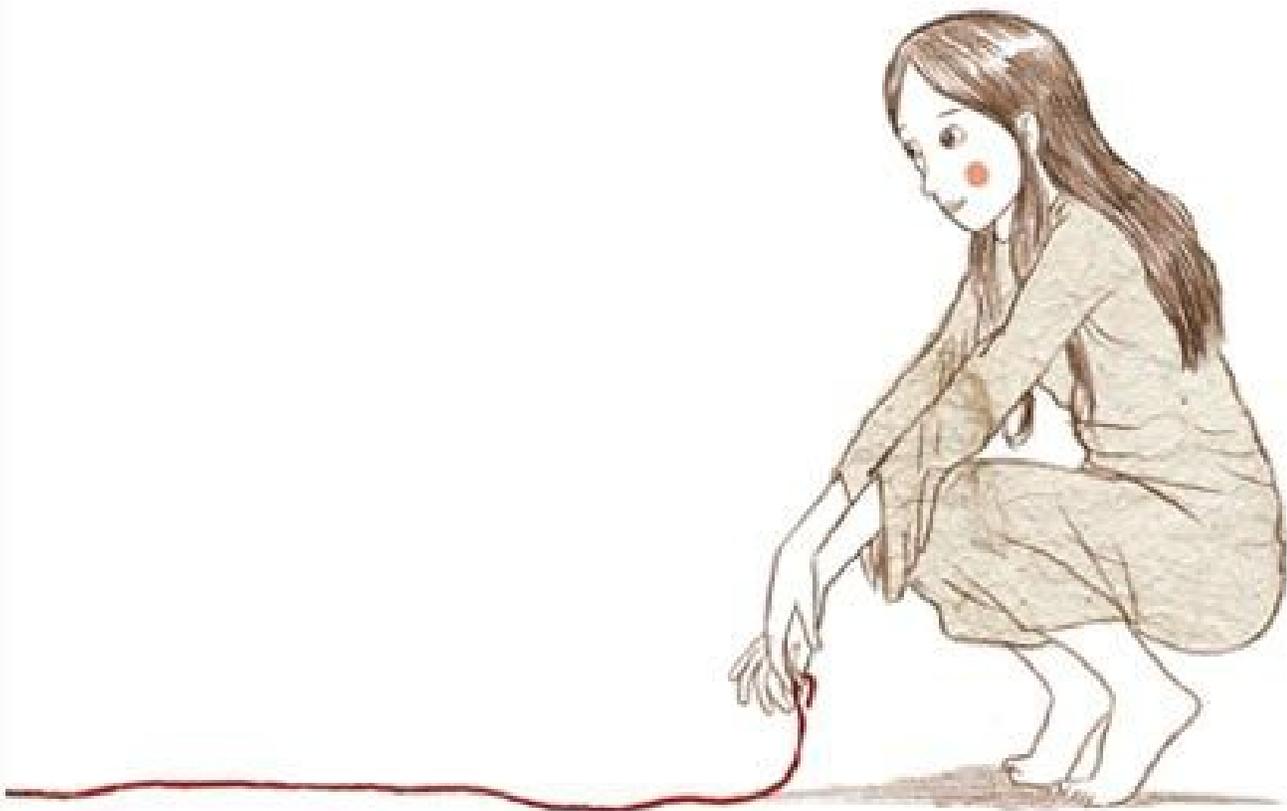


Silvia Vecchini

מִרְיָם

Mirya m



Miryam

Silvia Vecchini



Versión electrónica

SAN PABLO 2012

(Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail: ebooksanpablos@gmail.es

comunicacion@sanpablo.com

ISBN: 9788428540223

Realizado por

Editorial San Pablo España

Departamento Página Web

*Doce horas hay en el día;
en las tres primeras el Santo,
bendito sea, se dedica a la Torah;
en las tres siguientes juzga a todo el mundo
y cuando ve que este merece la destrucción,
se levanta del trono del Juicio
y se sienta en el de la Misericordia.*
Del Talmud

Aleph

Soy la letra *Aleph*, la primera letra del alfabeto hebreo. Me corresponde el principio de esta historia y no me echaré para atrás. En una ocasión lo hice, pensando que la tarea era demasiado pesada, y tenía razón.

Fue cuando Dios, bendito sea su nombre, se dispuso a crear el mundo con su palabra. Entonces todas nosotras, las letras del alfabeto, bajamos de su corona, donde nos habían grabado con una pluma de llama ardiente. Yo también bajé, pero mientras las demás competían por ser elegidas y convertirse así en la primera letra que Dios pronunciara para dar vida al mundo, yo me quedé aparte con el fin de observar.

Podía oírlas implorar, una tras otra:

—¡Sírmete de mí para crear el mundo!

—¡Comienza conmigo!

—¡Mira qué hermosa soy!

Mis hermanas revoloteaban alrededor de Dios y, reluciendo, repetían sus súplicas inoportunas.

Dios examinó todas las cosas pero las letras fueron descartadas una tras otra, hasta que fue elegida la *Beth*. La favorita destelló como un tizón encendido.

Sin embargo, a Dios no le había pasado inadvertida mi modestia y dijo:

—Dado que tú, *Aleph*, no has venido con exigencias, voy a recompensarte. Tú serás la primera letra de las Tablas de la Ley que daré a mi siervo Moisés.

Esto ocurrió antes de la creación del mundo, cuando todavía no existían ni las Tablas, ni el desierto, ni el mar Rojo, ni Egipto, ni Moisés.

Estaba solo el *tohu wa bohu*, la tierra informe y vacía, la nada y el caos. Pero Dios, bendito sea su nombre, ve a través del tiempo y sabe. Conoce todas las cosas. Y, aun antes de que existiera el mundo, sabía que un día tendría un pueblo, que este sería esclavizado en tierras de Egipto, que tendría que crear a Moisés el libertador para conducir a su pueblo al desierto y que allí, sobre la piedra de las Tablas de la Ley, su dedo escribiría las Diez Palabras. Y para hacerlo me necesitaría, a mí, al *Aleph*, como primera letra.

Dios es Eterno, a su mirada llameante el tiempo se derrite como cera, se hace líquido, fluye.

El Nombre, el nombre impronunciable de Dios, está formado por cuatro letras que combinadas entre sí pueden formar las palabras *hayà, hovè, ihieè*: era, es, será.

Así es Dios: existía antes del principio, existe en cada instante y existirá más allá de los tiempos.

Y Dios, antes incluso de que el mundo fuese, sabía que un día habría que elegir un pueblo para mostrar a las naciones lo que era de verdad Dios, Dios, y no los ídolos de

madera, hierro y oro, esos ídolos ciegos, mudos y sordos a las súplicas de los hombres.

Así Dios, cuando fue el momento oportuno, fue a los distintos pueblos de la tierra y les preguntó, uno a uno:

—¿Quieres ser mi pueblo? Si tú eres mi pueblo, Yo seré tu Dios.

Pero uno detrás de otro lo rechazaron. Demasiado onerosa la fidelidad a un Dios único, demasiado pura una fe sin imágenes y estatuas ante las que arrodillarse. Uno a uno rehusaron la Alianza. Así Dios llamó al pueblo de Israel, el último que quedaba, un no-pueblo, un pueblo disperso y pobre que vivía en tierra extranjera, en Egipto. Israel aceptó.

De la misma manera, antes de la fundación del mundo, Dios sabía que un día tendría que elegir a una chiquilla entre los de su pueblo. Nada más que una niña. Sí, antes de que todo comenzara, Dios sabía que un día se inclinaría ante una niña, le haría una pregunta y escucharía su respuesta.

Porque si es cierto que Dios, bendito sea su nombre, lo puede todo y lo conoce todo, es cierto también que Dios creó a los hombres libres. Podría poner el mundo del revés, echar a los hombres de la tierra como se sacuden las migas de una mesa, darle la vuelta como un guante, hacer que todo volviera al *tohu wa bohu*, crear desde el inicio otro mundo menos imperfecto y malvado.

En cambio, Dios quiso que los hombres fueran criaturas libres. Él, que está en todas partes, les dejó un espacio inviolable. Una pequeña esfera en medio del corazón, una cavidad, una puerta. Donde nadie puede entrar. Allí cada hombre decide por sí mismo. Y Dios llama, pide, pregunta. Y, en el umbral, espera una respuesta.

Yo, *Aleph*, digo que se inicie esta historia.

PRIMERA PARTE

Yoachim el padre

El día que me fui de casa, era un día de fiesta. Subí al Templo de Jerusalén con un cordero que ofrecerle al Señor, un macho, sano, nacido ese mismo año como era costumbre en el respeto a la fe de mis padres. Me detuvieron a pocos pasos del altar, donde los levitas recibían las ofrendas y los sacerdotes las inmolaban haciendo que las hojas de sus cuchillos relucieran.

Un siervo, un hombre más joven que yo, se paró frente a mí y me dijo:

—Tú no puedes hacer una ofrenda en el altar.

Fue como recibir una bofetada en pleno rostro.

—Tengo un cordero –balbucí tirando del animal que llevaba atado a una cuerda. Escruté en mi corazón la falta que debía de haber cometido para recibir semejante trato. Era evidente que debía de tratarse de una falta pública.

—Se rechaza tu sacrificio –continuó, y yo rogué que fuera un sueño, una de esas visiones que se tienen de noche, esas en las que ocurre lo imposible, lo irreparable y la angustia te oprime el corazón de tal manera que te despiertas con un sobresalto. Pero yo ya estaba despierto y a mi alrededor empezaban a reunirse otros hombres para comprender lo que estaba sucediendo.

—Tú, Yoachim –continuó el hombre–, tú y tu mujer Hanna no habéis engendrado hijos. Eso cierna una sombra sobre tu familia.

Dijo esas palabras y la cuerda con la que sujetaba el cordero se deslizó entre mis dedos. El animal se marchó con un trotecillo ligero.

Pedí explicaciones, pero el joven siervo del Templo era tan responsable como inflexible. Me dijo:

—Estudia, busca en los libros y comprueba si alguno de los padres de nuestro pueblo estuvo en tus mismas condiciones, no engendró ningún hijo y sin embargo fue igualmente bendecido por Dios.

Tenía razón. ¿Qué hombre de Israel, aceptado por Dios, digno de ser recordado, sufrió semejante desventura?

Incluso Abraham nuestro padre, antes del fin de sus días, fue padre.

La mirada severa de aquel hombre me dijo que yo no era Abraham y que alcanzaría la tumba sin descendencia. Mejor irme de inmediato sin despertar más interés ni vergüenza.

Salí del recinto sagrado y a paso ligero atravesé la explanada, alcancé las escaleras y me confundí entre la gente que entraba y salía. Junto a la Puerta Oriental no tomé el camino de regreso sino que escogí la senda que llevaba al campo, entre colinas.

No regresaría a casa de mi mujer con aquel peso. No regresaría nunca.

Eso era lo que pensaba hacer. Vivir como un pastor, un salvaje, o no vivir más. No había ya ninguna diferencia.

Emprendí la marcha y un rato después llegué a las colinas, junto al refugio de dos

pastores que cuidaban de sus rebaños. Me acogieron como a un caminante, sin hacer demasiadas preguntas porque estaban habituados al silencio y a la soledad y, por eso, decidí quedarme. Cayó la noche. Me guarecí junto al fuego. En tantos años, era la primera noche que pasaba lejos de mi mujer.

No era joven como ellos y aquella primera noche no logré conciliar el sueño: los ruidos me sobresaltaban, el jergón era incómodo, la humedad se apoderaba de mis huesos.

Comparada con mi vergüenza, resultaba una pena mísera, pero por lo menos podría expiarla en los días que me quedaban por vivir.

Permanecí despierto toda la noche y reviví lo sucedido; los hechos pasaban por delante de mis ojos una y otra vez mientras transcurrían las horas de la noche y la luna se deslizaba por el cielo como un pez por el agua.

Cuando le di la espalda al siervo del Templo para irme, la gente murmuró. Todos me conocían como “Yoachim el piadoso”, y nadie esperaba que me arrojaran con tal deshonor de la casa del Señor. Trataron de defenderme.

—Yoachim es un buen israelita —dijo Yacov, el curtidor.

—Ama al Señor y sigue la Ley —dijo Noha, mi amigo, un mercader de telas con el que había subido al Templo.

—Sí, ¡es verdad! —añadió otra voz que no reconocí.

—Pero quizá Dios no ame a Yoachim —respondió el siervo—. Vedlo, está claro. Sus días terminarán sin descendencia. Su mujer Hanna ya es una piedra y no puede engendrar y, además, ¿puede alguno de vosotros garantizar su integridad a la vista de que Dios no ha estimado oportuno bendecirlo con unos hijos? —concluyó el joven que me había denegado el paso al pie del altar. El grupo de hombres se dispersó con rapidez y todos volvieron a sus quehaceres.

Era cierto. Hanna ya había cumplido muchos años.

Pero nunca la habría descrito como una piedra.

Mi querida Hanna, una piedra...

Los días posteriores a mi llegada al refugio de pastores los recuerdo de manera confusa, como si alguien los hubiera mezclado en mi cerebro. ¿Qué hacía? ¿En qué empleaba el tiempo? No sabría decirlo.

Sin embargo, recuerdo bien el fuego porque yo era el encargado de alimentarlo. Por un acuerdo tácito, los pastores dividían conmigo la comida y el agua, y me correspondía a mí recoger leña y mantener el fuego vivo.

Pasaba las horas mirando la leña encendida hasta que se transformaba en un tizón incandescente, se desmenuzaba en brasas, se deshacía en cenizas. Observaba la llama que cambiaba de forma continuamente, veía las lenguas de fuego reducidas que se avivaban si echaba un buen trozo de madera seca.

Así transcurrió mucho tiempo mientras mi ropa se desgastaba y el peso que oprimía mi pecho se hacía cada día mayor.

¿Era mi culpa que crecía o la nostalgia del hogar?

Hasta que un día de viento, mientras los pastores se alejaban para apacentar a sus

rebaños, llegó un peregrino. Me apresuré a decirle que también yo era un huésped, no tenía nada que ofrecerle salvo un lugar junto al fuego.

Pero él no se bajó ni siquiera la capucha del manto y me observó. Por fin dijo:

—Yoachim, ¿qué estás haciendo aquí? ¿No tienes una casa a la que regresar y una mujer que te aguarda?

Aquellas palabras me hicieron poner en pie.

—¿Quién eres? —pregunté con un hilo de voz mientras el fuego se avivaba a causa del viento y devoraba la madera como si fuera paja.

—Regresa junto a tu mujer, ella concebirá en su seno y dará a luz una niña.

Eso dijo.

El viento arreció, tanto que parecía querer despojarme de mi túnica mientras la ropa del caminante seguía inmóvil como el plomo. Luego el viento cesó de golpe y el manto del caminante cayó al suelo. Bajo aquel atuendo no había nadie. Tal vez nunca lo hubo.

El manto, sin embargo, permanecía en el suelo como un harapo.

Lo recogí con un palo y lo tiré al fuego. Mientras miraba la llama que cambiaba de forma, se propagaba por el manto y luego extendía sus lenguas hacia lo alto, pensé que en el idioma de mi pueblo basta un punto pequeño para que la palabra *even*, piedra, cambie y se transforme en otra.

Ben, la palabra “hijo”.

Esperé hasta que el fuego consumió cada fibra del manto que llevaba el misterioso caminante que me había hablado.

Luego, tomé un mendrugo de pan del zurrón de los pastores, llené el odre de agua y partí.

Cuando llegué a las puertas de Jerusalén estaba agotado. Llevaba días, semanas sin hacer nada más que permanecer sentado, acurrucado ante el fuego, y mis viejas piernas se habían entumecido. Me sentía débil. Ni yo mismo sabía cómo podía seguir avanzando, de dónde sacaba las fuerzas.

A ratos me daba la impresión de que era la colina que sostenía la ciudad la que venía a mi encuentro.

Cuando llegué a las inmediaciones de la Puerta Dorada, un grito atravesó el aire y traspasó mi estómago de parte a parte.

—¡Yoachim!

Era la voz de mi mujer, Hanna. Levanté la vista y la vi venir hacia mí. Vestía la túnica que su madre le había confeccionado cuando todavía era una muchacha, la misma que llevaba el día que nos casamos y que siempre guardaba en un arcón.

—¡Yoachim, marido mío, estás vivo! —gritó nuevamente, y apresuró el paso sujetándose el borde del vestido.

¿Cómo sabía Hanna que yo iba a regresar? ¿Me estaba aguardando frente a la Puerta Dorada?

No tuve tiempo de preguntárselo porque Hanna me echó los brazos al cuello y me besó en la boca, oculta tras la barba descuidada. Mi ropa, andrajosa; la suya, limpia y perfumada.

¡Mi querida Hanna! ¡Vestida como una novia! Su mirada brillaba, las arrugas en torno a sus ojos parecían haberse alisado, sus labios eran más rojos.

—Hanna, he vuelto —le dije—. Perdóname.

Ella se ciñó a mis caderas y regresamos a casa entre la gente que me miraba asombrada preguntándose dónde habría estado todos esos días, qué viaje habría realizado, qué secreto escondía mi regreso a la ciudad.

Esa noche, tras haber yacido juntos, Hanna se recostó sobre mi pecho como hacía de joven, dejando que su cabello cubriera sus hombros desnudos, y me contó que había oído una voz en el huerto. Me dijo:

—Marido mío, no he perdido la cabeza y la prueba es que sabía que ibas a volver hoy mismo.

Sentí que un escalofrío recorría mi espalda.

—Esta mañana, al despuntar el día, he ido al huerto para recoger la verdura. Al pasar debajo del laurel he oído unos píos apagados. Tras levantar los ojos, he descubierto un nido de pajarillos. Las crías aguardaban a la madre con la comida. Estaban apelotonadas unas contra otras en el nido, hecho con minúsculas ramas entrelazadas, plumas y hojas secas. Eran tan pequeñas que hubiera bastado cualquier nadería para aplastarlas —dijo Hanna mirando al suelo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Que mirándolas he sentido una envidia atroz y ha sido justo en ese instante cuando le he implorado a Dios... No era propiamente una oración sino más bien el desahogo de una desesperada. He dicho: Dios misericordioso, que concedes prole incluso a los más míseros, ¿por qué cerraste mi vientre y no me bendijiste dándome descendencia? Ahora mi marido está lejos, quizá ya haya descendido al *sheol* —continuó Hanna con la voz rota por el llanto— sin ni siquiera la oración de su esposa... Ante ti tienes a una mujer maldita, sin hijos, viuda...

Miré a Hanna y comprendí cuánto habría sufrido creyéndome perdido, muerto en cualquier lugar inalcanzable, sin sepultura. Pero ella alzó los ojos y siguió:

—Y justo en ese instante una voz, que venía de la espesura del laurel, me ha dicho que me enjugara los ojos. Ha dicho literalmente: *Mujer, enjúgate los ojos y no tientes al Señor tu Dios con tus palabras* —refirió Hanna mientras el rubor afloraba a sus mejillas—. *Pronto nacerá de ti una niña que será bendita entre todas las mujeres* —continuó—. *Ahora ve, tu marido está regresando. Lo verás en la Puerta Dorada.*

Hanna había pronunciado sus palabras con lentitud y al final me miró con una expresión que conservaba el mismo estupor que debía de haber experimentado escuchando aquellas frases la primera vez. Creo que vio en mí la misma expresión. Nos quedamos mirando como en un espejo.

Tanto Hanna como yo habíamos recibido la visita de un mensajero divino.

Algún tiempo después, Hanna se dio cuenta de que había concebido, estaba encinta como el caminante me había dicho que sucedería. Abandonamos Jerusalén y nos trasladamos a Galilea, a Nazaret.

Hanna estaba radiante, parecía rejuvenecida, reía, tenía energía para dar y tomar, iba

y venía por la casa y siempre estaba atareada. Hilaba y tejía, de día cantaba mirando al exterior por la pequeña ventana, y por la noche, antes de tumbarse a mi lado, se peinaba su larga melena que iba mudando del gris al oscuro a medida que pasaban los días. Parecía una muchacha.

En ocasiones, le tocaba el regazo, cada vez más prominente, y le decía en broma:

—¡Mi piedra grande! —y ella se reía echando la cabeza hacia atrás, orgullosa de que el Señor se hubiera encargado de desmentir las malas palabras de los hombres.

Fueron unos meses muy hermosos.

Luego llegó el momento del parto y todo cambió.

Hanna

la madre

Nació mi niña, le pusimos por nombre Miryam.

No le hicimos una fiesta porque el lugar donde habíamos ido a vivir no tenía parangón con Jerusalén.

Tuvimos que dejar la ciudad porque cuando Yoachim se fue y lo creímos muerto, muchos se aprovecharon de mi angustia y mi desesperación. Nuestras pertenencias se las llevó el viento. Yo no sabía administrar, estaba tan absorbida por el luto que no me di cuenta de que los bienes de nuestra casa disminuían y me hacía más pobre cada día.

Así que, cuando Yoachim regresó de las colinas, yo tenía poco más que la túnica que vestía.

Pero Yoachim no me lo reprochó.

Recogimos lo poco que nos quedaba y dejamos la ciudad sin tristeza para establecernos en Nazaret, una pequeña aldea de Galilea donde Yoachim conservaba todavía algo de parentela. Y en una aldea así no se celebra una fiesta por una hija. Una hembra no es más que una preocupación, una boca que alimentar y, sobre todo, no supone ninguna descendencia. No hay posteridad, ni herederos. Ningún honor.

Si la mujer pare en toda su vida solo una hembra, es como si no hubiera traído a nadie al mundo. La partera, una mujer del lugar, experta y serena, me dijo:

—Sé valiente, es una niña.

Era inútil decirle que ya lo sabía.

—Por eso serás impura durante sesenta y seis días —continuó, lavándose las manos en el agua de una tinaja que adoptó inmediatamente el mismo rosa del cielo de la mañana—. Si hubieras tenido un varón habrían sido suficientes treinta y tres. Y no eres lo bastante joven como para augurarte que concibas de nuevo y esperar que esa vez sea un varón... No podrás tener más hijos. Dios lo ha dispuesto así.

Fingí un desagrado que no sentía y pedí ver a la niña. Era hermosa, con la piel olivácea, el pelo oscuro y unas cejas sutiles que parecían dos pequeñas briznas de hierba. La tomé en brazos envuelta en un paño. Apretaba los puños y movía las piernecitas. Cuando abrió los ojos no pude evitar contener el aliento. Eran oscuros y al mismo tiempo brillantes. Su mirada era atenta, curiosa y no se apartaba jamás de mi rostro. Me

examinaba, capturaba mis ojos con los suyos.

La mostré a Yoachim, que la tomó en brazos y bendijo a Dios por aquel don que todos a nuestro alrededor creían tardío y carente de significado.

Unos días después, cuando ya me disponía a levantarme de la cama, comprendimos que algo había sucedido dentro de mí.

No tenía fuerzas, caminaba fatigosamente, no lograba sostenerme sola.

El embarazo primero y el parto después agotaron mis energías. Estaba vacía. Me flojeaban los brazos y las piernas, era incapaz de agarrar algo con las manos.

Poco a poco me di cuenta de que no tenía más leche.

La niña empezó a llorar día y noche.

Yoachim preguntó a la partera si sabía de alguna ama de cría dispuesta a amamantarla hasta que yo me restableciera. La mandó llamar y la mujer, que había tenido una niña poco antes, se presentó en nuestra casa.

No teníamos mucho que ofrecerle pero ella se quedó igualmente.

Veía a la mujer –se llamaba Lia– amamantarla por mí mes tras mes. Como una dentellada en el corazón, la visión de mi niña agarrada al pecho de otra me consumía y se repetía continuamente.

Pero por lo menos la niña viviría. Eso me dio fuerzas y acepté que no podía ser yo quien la alimentase.

Pero mi estado no mejoraba. Nada cambiaba salvo el hecho de que rápidamente estaba volviendo a ser la del principio. Con todos mis años y más todavía. Era como si hubiera guardado en mi seno una fuerza potente que me había regenerado mes tras mes pero ahora, de golpe, me marchitaba.

Ella ya no estaba dentro de mí, era distinta a mí. Y yo volvía a ser la vieja Hanna.

Mis cabellos se hicieron más finos y en poco tiempo estaban blancos, las arrugas volvieron a surcar mi rostro y mis manos se pusieron nudosas y ásperas. Los hombros, curvos. En poco tiempo Yoachim y yo volvimos a parecernos.

Día a día la vejez se fue adueñando de mí, cada vez con más ganas. Mientras Miryam daba sus primeros pasos, yo me veía obligada a pasar cada vez más tiempo en la cama, inmóvil como un clavo dentro de la madera.

La niña, en cambio, era ligera y ágil y crecía sana gracias a los cuidados del ama.

Cuando fue lo bastante mayor para ponerse la túnica sola y hacerse una trenza que le bajara por la espalda, Yoachim y yo comenzamos a hablar de cuál sería el momento oportuno para hacer aquello que en secreto nos habíamos propuesto: llevarla al Templo de Jerusalén, destinarla al culto del Señor durante el resto de su vida.

No viviríamos mucho más y ambos sabíamos que ella no nos pertenecía. Yo quería corresponder al don de haber engendrado como hizo también la madre de Samuel, el profeta, que lo llevó al Templo en cuanto lo destetó.

Sin embargo, en nuestro caso, el destete me concernía a mí. Era yo la que debía ser apartada de ella. Yo tendría que habituarme a la idea de no tenerla conmigo, prescindir de la leche de su mirada, del calor de su pequeño cuerpo junto al mío, de su voz fina que me reclamaba. Sentía que ese momento se estaba acercando.

Imaginarla en el Templo, en el centro del culto, me producía paz. Pero para ser sincera había algo más.

La niña estaba llena de vida, era alegre, afectuosa, y yo cada vez tenía menos fuerzas. Para mí Miryam se semejaba cada vez más a una flecha lanzada lejos, a una diana a la que yo sería incapaz de llegar.

Ese pensamiento me inquietaba. De hecho, ella ya estaba lejos, porque entre nosotras dos había una distancia de años que me impedía vincularme a mi hija como hubiera deseado, pero solo tomé la decisión verdaderamente cuando decidí apartarme de sus abrazos y de sus besos.

La observaba en secreto mientras estaba con Lia, el ama de cría, y en esos instantes me preguntaba de quién era la voz que me había hablado en el laurel aquella mañana. ¿Qué quería decirme cuando me susurró al oído que la niña sería bendita entre todas las mujeres? ¿Fue de veras así o perdí el juicio?

Eso pensaba y, si la niña dejaba el juego que Lia y ella tenían entre manos y se giraba para mirarme con sus ojos negros, me sentía pillada en falta. Clavaba la vista en mí, se levantaba de las rodillas del ama y venía para pedirme que la tomara en brazos.

Entonces yo la alejaba con dulzura.

—¿Quién eres? —le preguntaba en voz baja.

Ella pestañeaba y agarraba con su manita el borde de mi túnica, sin decir nada.

Estaría mejor en el Templo. Si me apartaba de ella, podría dejarla ir. En la casa del Señor, alejada de mí, podría imaginarla siempre de la misma manera, sin verla cambiar, sin sufrir esa inquietud que subía por el interior de mi cuerpo al verla crecer.

Una noche, mientras la niña dormía y Yoachim se estaba descalzando para tumbarse a mi lado, dije:

—Lo haremos dentro de un año. Un año a partir de hoy.

Yoachim detuvo su mano por un instante, luego continuó deshaciendo el lazo de cuero, se echó sobre el jergón y asintió dándome la espalda.

Rut *la amiga*

Miryam es como si fuera mi hermana. Mi madre Lia la amamantó al mismo tiempo que a mí.

Nuestras casas estaban prácticamente adosadas una a la otra. Crecimos juntas. Jugábamos, teníamos una muñeca cada una, hacíamos tortas de barro y dibujábamos con una caña pequeña en la tierra.

A veces íbamos de paseo por la aldea, de la mano, con los dedos entrecruzados. Curioseábamos entre los puestos del mercado hasta que alguien bienintencionado nos regalaba una fruta.

Masticando la pulpa de la fruta conquistada, Miryam y yo nos parábamos a mirar el trabajo de los artesanos.

Observábamos al hombre que entretejía cestos, al que cortaba piezas de cuero, al que forjaba el hierro y el cobre, pero Miryam siempre acababa plantándose ante la tienda de Yoseph para verle trabajar. Yoseph era el carpintero de la aldea. Hacía banquetas, sillas, mesas, arcones y también telares, arreglaba arados y ruedas de carros. Su casa era la tienda. No tenía mujer ni hijos y casi todos los meses cargaba sus cosas en el carro tirado por un asno e iba a buscar trabajo por los alrededores. Clavaba dos tablones delante de la puerta y se marchaba.

Algunos decían que iba muy lejos, otros que un día ya no regresaría. Que era un impulsivo y tenía por amigos a los rebeldes que odiaban a los romanos.

Pero cuando estaba en Nazaret, Miryam no se quedaba contenta hasta que pasaba por su casa. Nos sentábamos en las escaleras de piedra y allí nos quedábamos. Al rato yo me aburría y quería irme, pero Miryam apoyaba su mano en la barbilla y no dejaba de observarle. Yoseph tenía cosas que hacer y no se dignaba mirarnos. Ni cuando se le caía una herramienta y Miryam bajaba de un salto y se la recogía.

—¿Qué es lo que te parece tan interesante? —le preguntaba levantándome impaciente—. Solo está cepillando un tablón...

Entonces ella me echaba una mirada de reproche y me hacía una señal para que no hablara.

No sucedía nada más.

Salvo aquella vez que Miryam, al tocar un trozo de madera astillado, se hirió levemente en la palma de la mano y no pudo evitar soltar un grito. Entonces Yoseph dejó el martillo, se limpió las manos en el delantal que llevaba y se inclinó ante ella.

—Tienes una astilla, ¿la ves? —le dijo señalando la herida.

Miryam asintió frunciendo el ceño.

—Espera. ¿Quieres que te la saque? —preguntó.

Miryam dijo que sí y apretó los dientes.

Entonces Yoseph sujetó la mano de Miryam con su mano izquierda y con la derecha palpó la palma hasta sacar la astilla introducida en la piel.

Salió una pequeña gota de sangre que Yoseph se apresuró a quitar pasando con aspereza su dedo índice por encima.

—Hecho —dijo el carpintero cerrándole la mano.

Ese día Miryam regresó a casa apretando el puño como si llevara dentro un tesoro escondido.

Miryam era una niña como yo. Pero en ella había algo especial que me hechizaba.

Mientras jugábamos juntas en el prado amarillento por el sol, de repente parecía olvidarse de mí. Se detenía un momento, inclinaba la cabeza hacia un lado y se quedaba como en actitud de escuchar.

Si estábamos sentadas, se levantaba como si alguien la hubiera llamado. Me decía:

—Rut, ¿lo has oído?

—¿El qué, Miryam?

—Alguien que llama a la puerta...

Yo sacudía la cabeza.

—Aquí no hay ninguna puerta —le respondía.

—¿Tú no has oído esa voz que decía *Qum*, levántate?

—No, Miryam —contestaba yo con el corazón laténdome en el pecho cada vez más fuerte.

Ella se quedaba de pie hasta que un rato después se decidía a jugar de nuevo, sin preocuparse en absoluto de que solo ella la hubiera oído.

Un día, mientras acunábamos a nuestras muñecas, se levantó de pronto y dijo:

—¡Aquí me tienes! —pero lo dijo al viento, porque no había nadie con nosotros.

Casi se enfadó porque a aquellos sonidos no les siguiera nada más: unas palabras, una orden.

Y yo estaba celosa de las cosas que ella oía, por eso me pasaba todo el rato con el oído atento para atrapar cualquier sonido y también.

Pero yo no oía nada y permanecía sentada en el suelo, esperando que Miryam volviera a mi lado.

Y, en efecto, eso es lo que hacía. Se sentaba y volvía al juego, justo donde lo había interrumpido.

Jamás se me pasó por la cabeza la idea de que Miryam fingiera. Al contrario, cada vez que se levantaba de improviso, tenía miedo de que fuera la vez buena, que una puerta transparente como el diamante, esa puerta sobre la que resonaban los golpes que solo ella oía, se abriera ante nosotras y Miryam traspasase el umbral y me dejara allí, sola.

Rogaba en el interior de mi corazón y decía:

—Señor, mantén esa puerta cerrada un poco más.

Pero finalmente la puerta se abrió.

Fue cuando supe que su familia quería llevarla al Templo.

Para mí fue una pena inmensa. Mi madre trató de explicármelo, pero yo me tapaba las orejas con las dos manos y no quería escuchar. No lograba entender por qué debía ir a Jerusalén ni lo que iba a hacer allí.

Los días pasaban, sorprendía de vez en cuando alguna frase dicha en casa y sabía que Miryam se marcharía pronto. No iba a buscarla por el miedo de no encontrarla ya más.

No fui a despedirme ni cuando llegó el momento de su partida. Oí su voz al otro lado de la puerta de mi casa.

—Lia, ¿dónde está Rut? —le preguntó a mi madre, que había ido a darle un beso.

—Rut no está bien, te manda un saludo.

Miryam no dijo nada, pero comprendí que también ella estaba sufriendo.

En cuanto a mí, era verdad que no estaba bien.

Y duró muchos días tras su marcha. No comía más que un puñado de legumbres o un trozo de pan y me negaba a salir, aunque fuera para ir al mercado con mi madre. En mi fuero interno quería entender qué tenía de especial eso de encerrarse en un lugar como el Templo, apartada de todos. Oraba como veía hacer a mi madre y me esforzaba en ir más allá. Me postraba, ayunaba, adelgacé. No tocaba la muñeca pensando que Miryam también había tenido que dejar de hacerlo.

Tiempo después se me pasó. Salí de casa y fue como respirar de nuevo. Un día tras otro, un mes tras otro, el dolor se atenuó.

Las cosas también cambiaron: al crecer, ya no pude ir al mercado sola ni pedir una fruta tendiendo la mano entre los puestos; pasaba deprisa junto a mi madre llenando la cesta y no me paré nunca más en la tienda de Yoseph.

Traté de olvidarme de Miryam.

Aron
el maestro

Yo he vivido mi vida con un amor ardiente por la Ley. Hay una palabra que hace referencia al caminar, *halak*, y hay otra que dicta el caminar, el proceder en la ley de Dios, *halakah*.

Yo amo cada paso de este camino. Soy un *rabbi*, un maestro. He ofrecido mi vida al estudio como se entrega un prisionero a su carcelero. Que no sorprenda la comparación. Desde que recuerdo, he deseado pertenecer a la Ley con cada fibra de mi cuerpo.

Por eso, ya de pequeño, pedí convertirme en discípulo del mejor *rabbi* de Jerusalén y me sometí al yugo del estudio.

Desde entonces ha pasado mucho tiempo y, a mi vez, he instruido a generaciones de israelitas y mi nombre es bien conocido. Sin embargo, aunque soy un *rabbi*, continúo siendo un alumno porque la Ley es el verdadero maestro que sigue instruyendo mientras la luz del intelecto permanece en el hombre.

¿Por qué es tan importante conocer la *halakah*?

La *halakah* es todo lo que se refiere a la Ley, comprende todo comportamiento humano, abarca todos sus aspectos, del más pequeño al mayor. Todo acto debe ser guiado por el código que constituye el conjunto de normas de la *halakah*.

No hay nada que pueda desestimarse.

Dios, bendito sea su nombre, le entregó a Moisés, nuestro libertador y profeta, las Tablas de la Ley. Nosotros, generación tras generación, en realidad levantamos un muro, una cortina alrededor de las Tablas. Glosa tras glosa, tradición tras tradición, extendimos las normas, ampliamos sus indicaciones multiplicando los preceptos con el fin de que a los hombres les resultase cada vez más difícil quebrantar el núcleo de la Ley. Pero no todos pueden saber cómo cumplir siempre con la justicia y por eso vienen a mí.

Yo conozco los preceptos uno a uno. No hay día que no tenga que vérmelas con la densa red de normas que lo rigen todo. Respeto el *shabbat*, el sábado, y todas las fiestas de mi pueblo, rezo, me purifico antes de las comidas y de todo culto destinado a Dios, estudio día y noche, pago los diezmos, perdono también las tareas más pequeñas, incluso las que pasan inadvertidas a los mejores.

Respondo a las preguntas de los peregrinos que acuden al Templo, verifico que los enfermos de lepra hayan sanado para que puedan regresar entre la gente, establezco qué ofrendas pueden recibir los sacerdotes y cuáles hay que rechazar.

Les enseño todo esto a mis discípulos. Me encuentro con ellos bajo el largo pórtico donde están sentados los maestros. Los más jóvenes entre mis estudiantes todavía tienen que aprender a escribir bien. Se ejercitan en tablillas recubiertas de cera y graban letra a letra mientras yo les dicto.

Cuando Miryam llegó al Templo, no era más que una niña menuda destinada por un voto del padre y de la madre a los numerosos servicios necesarios en la casa del Señor. Junto a otras vírgenes se ocuparía de las vestiduras de los levitas, la limpieza, la preparación de las comidas, el servicio a pobres y peregrinos.

Nadie le prestó atención. Solo la vieja Hanna, hija de Fanuel, que dirige a estas muchachas con mano firme, supo que había llegado otra más. Pero en el fondo era tan solo un jergón más en el dormitorio, una escudilla más para lavar y dos brazos que trabajarían duro.

El día de su llegada la vi enseguida. Estaba saliendo del patio de los hombres cuando vi a Miryam subir por las escaleras externas con la frente alta.

Observaba la fachada del Templo que se recortaba contra el cielo azul. Pero aquí el tiempo cambia rápidamente, el cielo clarea y se nubla en un instante. El viento congrega las nubes a toda velocidad y a toda velocidad las dispersa. Aquel día, mientras Miryam subía hacia la entrada del Templo, el cielo cambiaba de luz y color tan deprisa que las sombras de las nubes se encendían y se apagaban sobre el mármol blanco de la escalera.

Miryam llegó arriba, se paró con los brazos caídos sobre la túnica y se quedó inmóvil. No sé qué miraba, si el cielo o el Templo. Si estaba extasiada ante la grandeza de aquello que se abría a sus ojos o era otro el motivo, pero Hanna, la sierva que la seguía unos pasos por detrás, tuvo que llamarla varias veces. Al fin la alcanzó y sacudió sus hombros mientras decía:

—Vamos, ven por aquí.

Entonces Miryam se recobró y la siguió. Desaparecieron juntas, entrando en el dormitorio.

Los días siguientes me olvidé de ella. No la vi ni mezclada entre las otras jóvenes que se inclinaban sobre las pilas para lavar las vestiduras y los paramentos ni entre los mendigos, ocupada en vendar manos y pies comidos por la lepra.

Luego, un día como cualquier otro, la descubrí bajo el pórtico, escondida detrás de la columna. Allí no estaban admitidas las mujeres, pero se hacía una excepción con aquellas que se dedicaban a algún tipo de limpieza. Y ella no era ni siquiera una mujer, todavía era una niña. Podía ver sus pies descalzos y la escoba. No la eché y continué con la lección.

Les estaba preguntando a mis discípulos:

—¿Qué puede compararse con una rosa?

—La comunidad de Israel es una rosa entre las espinas. Una rosa roja o blanca —respondían al unísono.

—¿Y por qué roja o blanca? —pregunté sin perder de vista sus pies.

—Es la doble dimensión del divino: el juicio y la misericordia —esta vez respondió solo el más despierto—. Israel vive a veces en el juicio, a veces en la misericordia —concluyó seguro de sí mismo mientras los demás le miraban, unos con admiración, otros con envidia.

Seguí hablando hasta que hube terminado. Miryam se había quedado inmóvil durante todo el tiempo, hasta que, poco antes de que despidiera a los estudiantes, se fue

sin hacer ruido.

Desde ese instante me di cuenta de que aparecía a menudo por donde yo estaba enseñando, de rodillas con un trapo, con los pies descalzos y la escoba, con dos cubos de agua colgados de una barra sobre los hombros.

No era más que una sombra con una túnica vieja. Nadie le hacía caso si, una vez terminada la faena, se sentaba detrás de la columna del pórtico para escuchar.

No sé por qué le permitía estar ahí en contra de las enseñanzas que yo mismo había recibido.

Una niña no debe aprender. De mujer no tendrá que seguir todos los preceptos de la Ley porque estará eximida de ellos como los idiotas, los cojos, los enfermos, los sordos. Lo único que debe aprender una mujer es a emplear el huso para la lana. Y yo siempre he pensado que sería mejor destruir en el fuego las palabras de la Torah antes que enseñárselas a las mujeres.

Y sin embargo aquel día la dejé, y también en las ocasiones sucesivas. Más aún, a lo largo del tiempo, una vez que mis discípulos se iban, no era raro que intercambiara con ella alguna palabra rápida.

En compensación, ella lo escuchaba todo. Las lecturas de los cinco libros de la Torah, las glosas de los escritos y de los profetas. Meses y meses oyendo mis palabras y las de los estudiantes más expertos y seguros.

Un día, cuando todavía era pequeña, mientras llevaba a los sacerdotes los panes de la ofrenda cubiertos por un paño de lino, me vio estudiar en una sala. Entró y dejó los panes sobre la mesa. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarla.

—¿Qué quieres?

—He hecho los panes de la ofrenda. Los he amasado yo por primera vez.

—Bien, llévalos a los sacerdotes.

—De acuerdo —respondió sin moverse de allí.

—Vamos, puedes irte —le dije para que se retirase y yo pudiera continuar leyendo en paz el rollo que tenía delante.

Pero Miryam se quedó allí.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿No me has oído? Puedes irte.

—Tengo una pregunta —dijo, en cambio, dando un paso hacia delante—. Durante todo el tiempo que he estado amasando la harina, me he preguntado: “¿Cómo puede el sumo sacerdote conocer la voluntad de Dios?”.

Naturalmente, no tendría que haberle respondido y echarla de inmediato. Creo que mis maestros habrían hecho eso. Sin embargo, respondí.

—Estudiando la Ley día y noche —dije sin mirarla.

—¿Y si eso no fuera suficiente para comprender lo que Dios quiere? —añadió.

—Su experiencia y el espíritu recibido por medio de la unción le ayudarán —dije, inclinándome sobre el rollo con intención de continuar con el estudio.

—¿Y si eso tampoco fuera suficiente?

Dejé el rollo y la miré. Tenía el rostro serio, una expresión concentrada y atenta.

—En ese caso, tira las suertes.

—¿Cómo se hace? —preguntó acercándoseme, tanto que podía sentir el olor de sus cabellos sueltos sobre los hombros. Si hubiera sido mi hija, la habría puesto sobre mis rodillas. Permanecí sentado y le expliqué cómo se realiza la extracción del *urim* y el *tummin*, las suertes empleadas por el sumo sacerdote para dirimir las cuestiones más difíciles.

—El sacerdote toma dos discos. Cada uno tiene un lado negro y uno blanco. Los mete en una caja que lleva en el pectoral, en el que hay incrustadas doce piedras preciosas y los nombres de las doce tribus de Israel. Luego los agita y los tira. Dependiendo de los colores que aparecen en los discos, el sacerdote interpreta el deseo de Dios: si los dos son blancos quiere decir que “sí”, si son negros quiere decir que “no”.

—¿Y si son uno blanco y uno negro?

Esbocé una sonrisa.

—Tienes razón, eso también puede suceder. Entonces, si uno es blanco y otro es negro, quiere decir “espera”.

Miryam me observaba con la boca entreabierta, los ojos abiertos sin pestañear.

—¿Es como si el sacerdote hiciera una pregunta a Dios y Dios le diera una respuesta?

—Sí —contesté, un momento antes de sentirme incómodo ante su mirada de alumna sin ninguna posibilidad de serlo realmente—. Ahora vete.

Miryam hizo un gesto breve con la cabeza y salió por la galería, que enseguida se tragó sus pasos.

Otro día le hablé de su nombre. A veces me daba la impresión de que era lo único que tenía. Iba y venía a la llamada de aquel nombre sin dejar en el Templo ningún rastro de su paso. Salvo en mí.

Miryam fue creciendo. Entretanto, además de escuchar secretamente, aprendió a tejer junto a las otras jóvenes y decían que se le daba muy bien.

Cuando llegó el momento de pensar en alguien que tejiera la cortina rojo púrpura del Templo, nos reunimos en consejo.

La cortina tenía que ser sustituida al año siguiente y el trabajo era uno de los más costosos. Se trataba también de una cuestión de prestigio. Entre las muchachas de Hanna siempre había exigencias, celos y maquinaciones para ganarse el privilegio de tejer la púrpura.

Yo mostré mi preferencia por otra para no sentirme demasiado implicado en la decisión, pero ella fue igualmente elegida.

Desgraciadamente, unos meses después de que iniciara la labor, Miryam se hizo mujer.

Hanna nos informó de que su primera sangre había manchado la túnica y debimos proceder a devolverla a su aldea.

Algunas muchachas del Templo se casaban con hombres de Jerusalén, otras regresaban a sus casas. Solo las viudas que ya no tenían flujo menstrual podían quedarse entre los muros del Templo.

Miryam no tenía a nadie en Jerusalén. Sí que tenía un pariente en los alrededores, en

Ein Karen, un sacerdote llamado Zacarías que de vez en cuando se interesaba por ella. Me informé y averigüé que, a causa de una desgracia, llevaba tiempo sin aparecer por el Templo. No podía hablar con él y ella ya no debía quedarse entre nosotros.

Por eso, Hanna se tomó la molestia de buscar por toda la explanada del Templo, entre los puestos de los comerciantes de palomas y de los cambistas, algún peregrino de las proximidades de Nazaret que, al volver a casa, se la llevase con él.

El consejo, mientras tanto, decidió permitir que Miryam terminase la cortina púrpura y me designaron para acordar con ella el modo de restituirla una vez acabada.

Fui al dormitorio y la encontré recogiendo sus escasas pertenencias.

Le di la espuerta que guardaba la tarea iniciada y un saco grande con el hilo teñido de rojo que necesitaría para completar la cortina. Estaba pálida, con los ojos hundidos. Creo que se hallaba turbada por lo que estaba sucediendo. La menstruación, sí, pero también lo que la esperaba fuera del Templo. Miryam escuchó, cogió la tela de mis manos y volvió junto a su equipaje al lado del jergón.

—Pero, *rabbi* Aron, ¿cómo podrá Miryam tejer para el Santo de los Santos entre la chusma de su aldea? —me preguntó algo después Rachel, una viuda que estaba sentada en la esquina opuesta de la estancia.

Hanna le dijo que cerrara la boca delante de mí, pero también ella me miró con expresión interrogativa.

Silenciosamente, Miryam se volvió y levantó la mirada como si aguardara.

Entonces relaté una anécdota.

—Escucha, Rachel. Un día un hombre, un pagano, fue a ver a un *rabbi* y le preguntó: “¿Por qué vuestro Dios habló a Moisés desde una zarza?”. Y el *rabbi* respondió: “Para enseñar que no existe un lugar privado de la divina presencia, aunque sea humilde como una zarza”.

Miryam cogió al vuelo el significado y esbozó una sonrisa. Rachel comprendió exclusivamente que no obtendría la púrpura.

—Vuelve cuando la hayas acabado —le dije.

Luego Hanna cogió a Miryam por la muñeca y la sacó fuera ayudándola a llevar sus fardos.

Mientras la observaba irse, rogué en mi interior poder verla de nuevo. No sabía qué le ocurriría, quién se tomaría allí fuera la responsabilidad de llevarla junto a sus padres. No sabíamos ni siquiera si vivían todavía. ¿Qué destino tendría Miryam?

¿Qué destino tendrían las palabras de la Torah que le había enseñado?

Entonces pensé que la púrpura que le había confiado a mí sí me servía de algo: me la traería al menos una vez para verificar que no hubiera crecido ningún fruto amargo a causa de mi imprudencia.

Miryam

Me llamo Miryam, tengo trece años.

Cuando tenía seis, con la escoba con la que había barrido el pórtico del Templo todavía entre las manos, una vez que los estudiantes se hubieron marchado ya, *rabbi* Aron me explicó que mi nombre es aún más profundo que la cisterna donde tiraron a José, el hijo predilecto de nuestro patriarca Jacob. Porque por mucho que se excave siempre hay un poco de tierra que cede y uno comprende que puede ir más abajo.

El *rabbi* dijo que podría tratarse de un nombre compuesto y entonces significaría “mar amargo”, “gota del mar” o “mirra del mar”, o podría ser un nombre simple y significar “esperanza”, o también “altura”, o “señora” o “iluminadora”. Y además puede significar “ser fuerte, bien nutrida, hermosa”. O puede que su origen sea extranjero en nuestra tierra y venga de Egipto: en ese caso querría decir “querida”, “predilecta”.

Pero no solo eso. Porque *rabbi* Aron dice que hay más ciencia en las letras que en la primera de las formaciones celestes y un día cogió la tablilla de cera y lo escribió. Escribió mi nombre: *Miryam*.

—La primera y la última letra se pronuncian de la misma manera, cerrando los labios —dijo. Luego selló los labios, hasta entonces abiertos y perdidos entre su barba espesa, y emitió el sonido de la primera letra de mi nombre—. Pero al escribirlas son distintas. Una, la del principio, está abierta por abajo, ¿la ves? —dijo indicando la base de la letra con el punzón con el que había escrito el nombre—. La otra, en cambio, la del final, está cerrada. Así es en las palabras de nuestra lengua, las letras que están al final de las palabras pueden tener una forma diferente —añadió posando el punzón en la última letra de mi nombre, que era en efecto un signo cerrado, sin ninguna apertura^u—. No es una cuestión de azar, *Miryam*. Estudia. El alfabeto es una ciencia altísima, uno de los caminos más complicados y sutiles para llegar a Dios, bendito sea su nombre.

Yo asentí pero no sabía qué quería decir y me parecía increíble que toda la sabiduría con la que *rabbi* Aron cautivaba todos los días a sus discípulos estuviera en las veintidós letras del alfabeto.

Pero él continuó:

—La letra *mem*, con sus dos formas abierta y cerrada, nos enseña que Dios es el Revelado y el Oculto. La forma abierta indica que la gloria de Dios se revela de sus acciones y que el hombre puede admirarla en el maravilloso funcionamiento del universo. Al mismo tiempo, la cerrada indica las reglas celestes que están ocultas al

hombre y enseña que Dios permanece ignoto a los hombres, invisible. El reino de nuestro Dios es “revelado” y “oculto” al mismo tiempo.

—Revelado y oculto —repetí concentrada sin pestañear ni una vez.

—Sí, Miryam. Revelado como Moisés, oculto como el Mesías que debe venir. En tu nombre está también esta enseñanza.

Ese día, cuando regresé al dormitorio y me eché sobre el jergón, pensé que *rabbi* Aron había dicho aquello para consolarme.

¿Mi nombre no era el mismo que el de la hermana de Moisés? Su vivencia estaba grabada en la mente del pueblo porque osó hablar en contra de Moisés. Por eso fue castigada por Dios con la lepra, y se volvió blanca como la nieve y se convirtió en un despojo para toda la comunidad.

Entonces, ¿por qué mi padre y mi madre eligieron este nombre? Yo creo que fue a causa de la tremenda desilusión que les produjo haber tenido una hembra. Después de todos esos años de esperar un hijo, un heredero para la casa de mi padre, nació yo. Y conmigo, el nombre de mi padre desaparecería. Quedaría para siempre solo yo, una hija, una preocupación, una boca inútil que alimentar, y por eso fui señalada con este nombre amargo.

Eso es lo que pensé antes de dormirme.

Cuando mi madre Hanna y mi padre Yoachim me dejaron en el Templo de Jerusalén, pidieron que fuera instruida en todo lo relacionado con el culto a Dios, bendito sea su nombre, y con su casa. Que aprendiera a tejer junto con las otras vírgenes, que supiera criar una descendencia digna de la historia de mi pueblo y que no manchara su nombre una vez que murieran. Les recuerdo hablar con Hanna, la sierva del Templo. Entonces no sabía que se llamaba igual que mi madre. Los vi depositar en sus manos una ofrenda en dinero y luego, en las de un levita, una becerra para sacrificar.

Mi padre me besó en los ojos, mi madre me apretó fuerte contra su cuerpo e inmediatamente me alejó tensando con rigidez sus brazos, ramas nudosas y firmes. El siervo me apartó de ella como un fruto.

Así los dejé, era evidente que no creían que volverían a verme.

Me giré hacia el Templo y comencé a subir los peldaños de la primera escalera que conducía a la amplia explanada del patio de las mujeres. Recuerdo que dentro de mí creció la idea de que me abandonaban en el Templo como los pescadores tiran el peso que mantiene sus barcas ancladas en el fondo del lago de Genesaret.

Estuve una vez en la ribera del lago y vi a los pescadores, las colinas verdes y azules, la brisa que encrespaba la superficie del agua.

Aquel día, al llegar arriba, no me di la vuelta para mirarlos marchar. Los imaginé irse de espaldas, uno pegado a la otra con los bordes de sus mantos ondeando. Y me vino a la mente precisamente eso: que eran una barca empujada por el viento, una barca liviana liviana, y que yo era el ancla que acababa en el fondo y la mantenía sujeta.

O puede que fuese un anzuelo, uno de esos hierros retorcidos que horadan la carne de la boca del pez. Nací como una especie de prodigio, fui la respuesta a sus numerosas plegarias, pero fui una señal que no entendieron. Y me dejaron en el Templo, en el

corazón de Jerusalén, para que fuera un anzuelo en la carne de Dios.

Crucé el patio, a mi espalda estaba Hanna, la sierva que me instruiría en mis tareas; ante mí, otra escalera, la que llevaba al patio reservado a los sacerdotes, al que se accedía pasando bajo un arco de mármol revestido de oro. La boca abierta del gran pez que iba a tragarme.

Pero a mí no me ocurrió como a Jonás, que pasó tres días y tres noches en el vientre de la ballena. Yo pasé años. Hasta que ayer vi mi primera sangre y comprendí que saldría del Templo muy pronto. Hoy mismo tengo que estar fuera. Las reglas de pureza me impiden quedarme.

Me duele la tripa, abajo, siento una dentellada en las entrañas, la cabeza me pesa tanto como el corazón al pensar que estoy a punto de abandonar el Templo. Este Templo donde bullen las tareas y que cada día que pasa se torna más majestuoso, el espacio inmenso de la explanada, el patio de las mujeres, el pórtico que cruzaba al alba antes de que llegasen los *rabbi* a prodigar sus enseñanzas. No oiré más el cuerno del *shophar* en las celebraciones solemnes, ni la música de las cítaras. Y tampoco llevaré los panes de la ofrenda a los sacerdotes que ofician ni prepararé el incienso en granos cuyo perfume me aturdiría con tan solo frotar dos entre mis dedos. No lavaré más los paños blancos de los levitas ni la púrpura y el lino de las cortinas.

Sin embargo, hoy, mientras me preparaba para irme, ha llegado *rabbi* Aron para entregarme el hilo púrpura guardado en un saco y el trabajo que he hecho hasta ahora. Si lo he entendido bien, me ha pedido que me llevara la púrpura para continuar tejiendo la cortina del Santo de los Santos.

Rachel ha protestado pero *rabbi* Aron ha dicho que podía hacerlo. Que todo el mundo es de Dios y que podré tejer en la aldea de Nazaret como si estuviera aquí, en su presencia.

Luego, todo ha ido muy deprisa.

Hanna me ha obligado a levantarme y me ha llevado afuera, a la plaza, y enseguida se ha puesto a buscar una caravana que me devolviese a Galilea.

Ahora el gran pez me vomitará en la tierra.

Jonás, ya a salvo, siguió el mandato que Dios le había asignado desde el principio y fue a Nínive.

¿Y yo? ¿Qué tarea se me ha asignado?

¿Qué será de mí una vez que esté fuera?

Yoseph
el carpintero

Estoy en Jerusalén, en el patio del Templo. He venido para ofrecer un sacrificio y para ver la gran obra de Herodes, el rey que se halla bajo el dominio de los romanos. La construcción es majestuosa, brilla bajo el sol a causa del color blanco del mármol y de las láminas de oro que revisten los capiteles de las columnas.

Regresaré con una caravana que parte hoy mismo. Estoy aquí, entre los cambistas, cuando oigo a gritos el nombre de mi aldea.

Me adelanto. La mujer que grita el nombre de Nazaret es una vieja sierva que sujeta a una chiquilla por la muñeca.

—¿Buscas a alguien de Nazaret? —pregunto.

—¡Me vienes como llovido del cielo! Ten, devuelve esta virgen a su padre, si todavía está vivo. Si no, ponla bajo la tutela de un justo que conozcas —me dice ofreciéndome un puñado de monedas de bronce que equivalen a una jornada de trabajo.

Estoy a punto de marcharme. ¿Qué voy a hacer con una muchacha a la que cuidar durante todo el viaje? Estoy acostumbrado a ir solo por la vida.

Miro a la chica, que tiene los ojos fijos en el suelo. Está delgada, es ligeramente más baja que la anciana. Tiene el pelo largo, suelto sobre los hombros.

—¿Quién es? —pregunto sin interés.

—Se llama Miryam.

¿Miryam? El nombre resuena en mi boca sin que lo pronuncie realmente.

¿La hija de Yoachim? ¿Cuántos años han pasado?, me pregunto mientras la sierva insiste en entregarme la espuerta y un saco grande lleno de hilo. La recordaba niña, con una túnica corta hasta las rodillas. Venía a contemplar el trabajo de la tienda, se sentaba en el escalón de piedra y se quedaba ahí toda la mañana.

—¿Quién es tu padre? —le pregunto.

Ella dice:

—Yoachim de Nazaret —y levanta la mirada. Una mirada herida, temerosa.

No me reconoce. Baja de nuevo la vista y yo me doy tiempo para observarla mejor. Sí, es ella. Aunque ha cambiado. Tiene los mismos ojos grandes, negros y profundos. Ahora las cejas le dibujan una línea delicada sobre la frente, como las alas de un pájaro. La nariz es recta; los labios, de un color hermoso, que recuerda la pulpa de un higo. Tiene la piel blanca de quien nunca está al sol. Juguetea con el borde de la túnica. Ahora me mira a hurtadillas mientras la sierva me da indicaciones e insiste en entregarme la recompensa.

De pronto, Miryam dobla la cabeza hacia un lado arqueando una ceja.

—¿Yoseph? —musita incrédula.

Me ha reconocido.

Me mira de nuevo y esta vez siento que algo se rompe. Llevo toda una vida trabajando la madera. La parto, la corto. Sierro y clavo tablas para construir. Cuando Miryam pronuncia mi nombre, mirándome directamente a los ojos, siento con precisión el ruido de una madera quebrada. Una rama seca. Como yo.

—Ten, mujer, no quiero nada. Regreso a Nazaret, parto hoy mismo con una caravana. Yo la llevaré a la aldea. Entrega el dinero al tesoro del Templo como dádiva para los pobres —le respondo.

La anciana deposita la mano de Miryam en la mía.

Avanzo entre la gente que compra palomas, corderos, que contrata y cuenta monedas.

Ella me sigue.

Caminando hacia la caravana me atraviesa un pensamiento rápido. Un recuerdo de ella de pequeña en la aldea, que me ofrece la palma para que le saque una astilla de madera clavada en su piel clara.

Mientras recuerdo, ella me aprieta la mano.

Aquella astilla que le saqué aquel día lejano es hoy una espina sutil para mí.

Yoachim

el padre

Nunca pensé que volvería a ver a mi hija. En parte porque, ahora que ha vuelto, mis ojos están casi apagados y necesito un bastón para moverme.

La trajo Yoseph, el carpintero, de regreso de Jerusalén.

—Se ha hecho una mujer y ya no puede estar en el Templo —me dijo brevemente.

Me la llevé conmigo y le di las gracias a Yoseph. Le ofrecí dinero, pero él negó con la cabeza y se marchó.

—Miryam en Nazaret —me repetía esforzándome por ver algo en la penumbra en la que vivo.

Creí verla de pie en medio del cuarto con la espuerta entre los brazos, esperando algo de mí.

Vino Lia y dijo que tenía los pies sucios, la cara cansada a causa del viaje y la túnica gastada y rota por abajo.

Es toda mi descendencia y ahora que ha vuelto no consigo ni siquiera verla y no sé qué decirle.

Será extraño tenerla en casa, somos viejos, hace años que somos viejos y nos disponemos a regresar al seno de Abraham con nuestros antepasados; ella, en cambio, es una muchacha en la flor de la vida.

¿Qué haré con esta hija?

Hanna

la madre

No hablo. Apenas me muevo.

No sé cuánto tiempo llevo así. Todas las jornadas son iguales desde hace días y días. Tal vez desde hace años. No sabría decirlo.

De vez en cuando es como si me apagara y no siento nada. Hambre, frío, calor, dolor. Palabras. Un vacío del que emerjo cada vez más débil, pero a ratos todavía consciente. No sé si Lia y Yoachim llegan a darse cuenta de que soy todavía Hanna dentro de un cuerpo bloqueado, adormecido. Pero están ahí.

Como ahora. Antes de que llegue esa ola, de que la marea crezca, cubra mis pensamientos y se lleve todo por delante con su espuma, ahora estoy consciente, presente.

Lia viene, me cepilla el pelo, me habla de la verdura que ha encontrado en el mercado, me alisa la túnica. Me lava la cara. Está muy excitada. No comprendo por qué. Habla rápidamente, quisiera decirle que vaya más lenta porque, de otro modo, no voy a entender nada.

De todas formas, ella me habla para darse fuerzas, para sentirse acompañada, y no creo que sepa verdaderamente que yo puedo oír, comprender. A veces. Todavía por un tiempo.

Coge mi mano, que se me ha resbalado hacia un lado y oscila rozando la silla, y me la coloca en el regazo sobre la otra.

Me dice:

—Querida Hanna, hoy es un día especial, agradéceselo a Dios, hay una persona que ha venido a verte —le tiembla la voz, se seca los ojos.

¿Quién puede venir a verme? ¿Rebeca, la modista? ¿Y Lia llora por eso?

Lia me besa en las mejillas y me susurra al oído:

—Es Miryam, tu Miryam —y luego sale con paso decidido de la habitación.

Miryam.

Tu Miryam.

Repito esas palabras dentro de mí como si fueran las de un salmo penitencial, de esos que hay que rezar con fe para que el dolor de la culpa pueda brotar del corazón. Repito Miryam, Miryam, con la esperanza de que surja un recuerdo. Que de las profundidades de este mar negro de la memoria salga a flote un rostro.

¿Mi Miryam? ¿Mi hija?

Sí, Miryam, mi niña, me digo. Claro.

Trato de evocar su imagen. Veo la cara de una niña de ojos negros.

Inmediatamente después oigo unos pasos ligeros que se aproximan. Llega una

joven, se pone delante de mí, se inclina y apoya sus manos sobre mis rodillas. Luego me aprieta las manos.

La miro a los ojos. Es ella, ha crecido.

—Madre —dice—, soy yo.

En ese instante llega Lia, se pone una mano sobre los labios y llora silenciosamente.

Dentro de mí se forma un tumulto.

Sí, Miryam, eres realmente tú.

Pero de mi boca no ha salido ni un sonido. Quisiera llamarla con toda la voz, quisiera levantarme, quisiera decirle cuánto me ha faltado, cuántas lágrimas lloré tras dejarla aquel día en el Templo, quisiera contarle el temor que me infundía su presencia sin comprender el motivo, quisiera abrazarla con fuerza, quisiera agarrarme a ella como a una roca ahora que estoy a punto de zozobrar, quisiera, quisiera, quisiera, quisiera...

Pero estoy prisionera de mi cuerpo enfermo, débil, de mi cara sin expresión.

Y además siento que llega. El vacío que borra. Está llegando, me aturde, sube como una niebla. Dentro de poco no seré ya capaz de pensar como ahora. Dentro de poco será todo incomprensible.

Miro a Miryam por espacio de un tiempo más hasta que a mis ojos no es más que un rostro como tantos.

¿Quién es esta joven que está delante mí?

¿Por qué la mujer que se pasa el día en casa continúa repitiéndome que es Miryam, mi hija?

Sí, yo tenía una hija, pero la perdí.

No sé dónde.

Un día estaba aquí, al día siguiente ya no.

¿Quién se la llevó? ¿No fue aquella mujer, el ama de cría, quien me la escondió?

Rut *la amiga*

Apenas supe que Miryam había regresado, corrí a su casa.

Me lo contó mi madre al regresar de casa de Yoachim cuando terminó la jornada. Debía de venir corriendo por la calle, porque jadeaba cuando apartó la cortina que cierra la puerta, entró y me dijo:

—¡Rut! ¡Miryam ha vuelto a la aldea!

Ahora nuestras casas ya no están juntas. Ahora mi familia vive en la otra parte de la aldea. Durante el día mi madre cuida a la anciana Hanna, por la noche vuelve a casa con nosotros. Yo la espero cocinando la sopa al fuego, ayudo a mi padre a llevar al parral los aperos que emplea en el campo y le preparo el agua para lavarse, atiendo a mis hermanos.

Aquella noche, a pesar de que estaba a punto de oscurecer, mi madre Lia me dejó que fuera enseguida a verla.

—Ya me encargo yo de la sopa, ve con Miryam —dijo cogiendo en brazos a Yacov, mi hermano pequeño, que lloriqueaba agarrado a mi túnica.

Salí corriendo, la túnica me impedía moverme tan deprisa como quería y me la subí un poco. Me reía a causa de la carrera, que me recordaba un tiempo lejano, pasado, cuando Miryam y yo jugábamos a perseguirnos en medio del campo con las espigas que nos arañaban las piernas desnudas.

Seguía con la risa en la garganta cuando, al llegar cerca de su casa, la llamé tan alto que las mujeres de las casas de alrededor se asomaron a las puertas o a las ventanas pensando que había sucedido algo. Habría querido decirles: “¡Sí, sí, ha pasado algo! ¡Venid, vedlo todas! ¡Miryam ha vuelto conmigo!”.

—¡Miryam! ¡Soy yo, Rut! —le grité entrando en el huerto de Yoachim.

La cortina de la entrada se movió y salió una mujer joven, guapísima, con una sonrisa que la iluminaba por entero, los ojos grandes y abiertos, fijos en mí.

Vino a mi encuentro corriendo y nos abrazamos en medio del huerto. Ninguna de las dos esperaba unos brazos tan fuertes.

—¡Amiga mía! —me susurró.

—Hemos crecido —le dije apretándole las manos.

Nos sentamos en el banco de piedra sin dejar de entrelazar los dedos, como dos niñas. Aguardamos a que oscureciera. La luz cálida del sol encendía la arcilla de las casas, coloreaba de rojo los campos en lontananza.

Habría querido hablar, contarle, cubrirla de palabras, pero nos dijimos pocas cosas, tímidamente. Nada podría coser el desgarró y decir el tiempo que habíamos pasado una lejos de la otra. Sin embargo, estábamos de nuevo cerca, asidas de la mano.

La miraba, su rostro me parecía de oro en el atardecer, el reflejo de una llama danzaba en sus ojos.

Lia
el ama de cría

Hoy es shabbat y Hanna se levantará de la cama. Está enferma, no recuerda casi nada. Pero, cuando se halla lúcida, el día de *shabbat* quiere levantarse.

Hasta hace unos meses decía en un suspiro: “Si el Mesías viene en el día de *shabbat*, me encontrará levantada”.

Desde que Miryam volvió, Yoachim quiere que sea ella quien se ocupe de las luces del sábado. Es una tarea de la mujer en todas las casas de Israel. Lo aprendí de mi madre. Adán fue creado como una luz para el mundo y Eva apagó esa luz en la tierra del Edén. Por eso la mujer debe recordar cada *shabbat* que su vocación es la de encender la luz llevando dentro de sí la vida y engendrando a los hijos. En estos últimos años, lo he hecho yo en casa de Yoachim, pero ahora lo justo es que sea Miryam quien se encargue.

Me siento feliz de que haya regresado. ¡Por fin una cara, una voz joven en esta casa!

Me he purificado con el agua del cántaro, luego he lavado a Hanna junto con Miryam.

Ya es casi de noche, el sol descende en el horizonte y cuando desaparezca detrás de las casas bajas que hay al extremo de la aldea, justo en ese instante comenzará el *shabbat*. Llevo a la mesa los panes trenzados, el vino está en la jarra; el pescado asado, en el plato junto a las legumbres. Hay fruta preparada en un cesto.

Yoachim ya está sentado. No sé qué es lo que pueden ver sus ojos, por eso le digo:

—Le he dado a Miryam una túnica nueva, blanca, y un viejo cinturón de seda rosa que era de su madre. También le he dado unos pendientes y le he dicho que se lavara el pelo.

El anciano Yoachim asiente.

Miryam viene a la mesa acompañando a su madre Hanna, que camina lenta pero orgullosa como siempre.

—*Shalom*, padre —dice Miryam y va a besar a su padre en el hombro, como signo de respeto y sumisión. Lleva el pelo suelto sobre los hombros, negro, algo mojado, brillante por el aceite perfumado con el que se lo he friccionado yo misma.

—*Shalom*, la paz sea contigo, Miryam. Enciende tú las luces del sábado —le dice él sin levantarse.

Miryam coge la orza del aceite, vierte un poco en las lámparas que están sobre la mesa. Coge el fuego del brasero y enciende las dos luces.

Luego extiende las manos y, con voz firme, sin balbuceos ni timidez, dice:

—Bendito seas, Señor, que nos has ordenado encender las luces.

La luz reluce sobre sus palmas claras y cuando Miryam cierra las manos parece difundirse sobre la mesa.

Yoachim pronuncia la bendición del vino, luego la del pan y comienza a comer. Nosotras las mujeres lo hacemos después.

Miryam está callada. De vez en cuando se vuelve hacia su madre y le ofrece algo, la ayuda.

Está aquí pero es como si estuviera lejísimos.

Lejos del Templo, lejos de su madre que no la ha reconocido, de su padre que logra verle el rostro a duras penas, de mí que ya no soy su ama de cría como antes.

Yoachim

el padre

Hoy es shabbat. Toda la aldea se ha detenido. Tras la comida, salimos para ir a la sinagoga y leer la Torah.

Miryam camina detrás de mí. Entro en la sinagoga, nos separamos y ella se queda con las mujeres.

El rabino coge el rollo guardado en el armario labrado en el muro, a su espalda. Comienza a leer, escucho sus palabras, cantamos un salmo y me olvido casi de que tengo una hija. Al final, la asamblea se dispersa y, mientras avanzo con mi bastón, me reencuentro con ella en el atrio de la sinagoga. Me sigue hasta casa como una sombra.

¿Qué será de ella?

Al regresar de la oración, nos reunimos de nuevo y concluimos el *shabbat* con las cuatro bendiciones. La primera es al vino, la segunda al perfume. Lo ha preparado Miryam, está hecho con mirra, nardo y canela.

—Que el perfume del *shabbat* pueda perfumar cada día de la semana —digo pasándole la vasija a Miryam.

—Amén —responden Lia y Miryam, y ofrecen la vasija a Hanna para que ella también la huela.

En la tercera bendición bendigo a Dios por la luz.

En la cuarta, siguiendo el ejemplo de mis padres, digo:

—Te doy las gracias, oh Dios, bendito sea tu nombre, por haber separado lo sagrado de lo profano, la luz de la tiniebla, Israel de las naciones y el *shabbat* de los otros días de la semana.

—Amén —ha respondido Miryam de nuevo, también ella separada, dejada aparte, destinada a algo que no conozco y que tal vez sea demasiado viejo para llegar a ver.

Yoel
el casamentero

Si el casamentero de una aldea pequeña quiere salir adelante, tiene que estar con los oídos muy atentos.

Oí que Miryam, la hija de Yoachim, había regresado e inmediatamente me puse en movimiento.

Fui a ver al anciano Yoachim a su casa.

Me pidió que me sentara bajo la parra, pero estaba más bien remiso. Sin embargo, bastaron unas pocas preguntas para darme cuenta de que me hallaba en lo cierto.

—¿Qué harás de esta hija tuya, Yoachim? —le pregunté.

—El Señor proveerá —me respondió.

—Si me lo permites, ¿has encontrado ya un marido para ella? —pregunté rozando los nuevos brotes de la vid que colgaban sobre nuestras cabezas.

—No, todavía no.

—¿Cómo está Hanna, tu mujer?

—Como de costumbre.

—¿Y tú? ¿Cómo andan tus ojos?

—Como ves, necesito un bastón.

—¿Y cuántos años tienes?

—Soy lo bastante viejo como para comprender adónde quieres llegar, Yoel —me dijo levantándose bruscamente—, y, ahora, si quieres irte...

—Escucha, Yoachim, no seas así. No podrás atender a tu hija mucho más tiempo. Ya sabes cómo son los jóvenes y, ahora que Miryam ha vuelto, ni tú ni tu mujer estaréis tranquilos hasta que vuestra hija haya hecho una buena boda.

Yoachim me miró largo rato, en silencio.

—¿Qué tienes en la cabeza? ¿Hay alguien que te haya preguntado por mi hija? —preguntó finalmente.

—No, pero tu hija es guapa. Podré encontrarle un marido antes de que llegue el verano.

—¿Qué quieres a cambio?

—Me fío de tu generosidad.

Yoachim asintió.

Yo me marché porque la mecha ya estaba prendida. Ahora bastaba con observar lo que sucedía a mi alrededor y estar atento a las chácharas del mercado, y pronto encontraría el marido para Miryam.

Pero no sabía que iba a ser tan fácil.

Esta mañana me he encontrado a Yoseph delante de mi casa; dormía apoyado en el

tronco de un árbol, tapado únicamente por su manto.

—¡Por el amor del cielo! ¿Qué haces, Yoseph? ¿Estás bien? —lo he cogido por los hombros creyendo que se sentía mal. También llevaba una mano vendada y, tirado en el suelo de esa manera, parecía un mendigo. Él se ha pasado la mano por la cara y ha respondido:

—Sí, Yoel, estoy bien. Tengo que hablar contigo. Esperaba a que te despertaras.

Hemos entrado en casa y le he ofrecido un poco de leche ácida que mi mujer acababa de preparar. Pero Yoseph no ha querido nada y, al mirarlo detenidamente, me he dado cuenta de que había recuperado las fuerzas y mostraba una actitud seria.

—Escucha, estoy aquí por Miryam.

—¿Quién? ¿La hija de Yoachim? —he preguntado haciéndome el distraído.

—Sí.

—Me estás pidiendo que sea tu casamentero con Miryam...

—Así es.

—Miryam es joven —le he dicho sin vacilar.

—Lo sé, pero yo puedo esperar.

—Su padre, Yoachim, no es un necio, querrá una dote decente.

—Lo sé, pero tengo suficiente y puedo trabajar más.

—Tal vez sería mejor otro para ella.

—Yo la respetaré.

—No eres un buen partido —le he dicho al final.

Aunque sea en un lugar olvidado de la mano de Dios como Nazaret, la gente no ve con buenos ojos la estirpe de la que proviene Yoseph. Sí, es descendencia de David, pero, ¿qué descendencia? Una estirpe en decadencia, desaparecida en el polvo.

—Deja que sea su padre quien lo juzgue —me ha respondido sin bajar la mirada.

—De acuerdo, Yoseph, un día de estos trasladaré tu petición a Yoachim y veremos qué...

—No, no lo has entendido... —me ha interrumpido levantándose y dando un puñetazo sobre la mesa—. He dormido delante de tu casa para que fueras inmediatamente a casa de Yoachim —ha dicho acercando su rostro al mío.

Yoseph temía que otros llegaran primero y estaba perdiendo la paciencia a causa de mis dudas.

—¡Hoy mismo! —ha exigido con voz sibilante.

Todos saben que Yoseph se irrita con rapidez. ¿Su padre no fue un rebelde? Era mejor tener cuidado y no tensar demasiado la cuerda. Así que, retrocediendo un poco, me he apresurado a acceder a su demanda y le he dicho:

—¡Cuánta prisa, Yoseph! Pareces un chiquillo... Bueno, iré, pero no te prometo nada.

Pero Yoseph todavía no estaba contento. No me ha dejado tranquilo hasta que he cogido el manto y me he encaminado a casa de Yoachim.

Me he girado varias veces y siempre lo he visto unos pasos por detrás de mí. Caminaba con los puños cerrados y la mirada torva. He atravesado la aldea con Yoseph

pisándome los talones. Todos nos miraban; no podía dejar de pensar qué le había sucedido para que hiciera el ridículo de tal modo.

Estaba convencido de que no iba a conseguir nada y saldría de casa de Yoachim diciendo: “Lo siento, Yoseph”, pero estaba igualmente convencido de que la cosa acabaría muy mal para mí si ni siquiera lo intentaba.

Por eso he llamado a la puerta de Yoachim y he entrado.

Miryam ha abandonado la estancia enseguida y yo me he sentado frente a su padre.

Yoseph *el carpintero*

El casamentero ha entrado en casa del viejo Yoachim. Podría ser mi padre, sin embargo tiene una hija jovencísima, Miryam.

Me he quedado bajo la parra, esperando. Me duele la espalda más que al final de una jornada de trabajo y tengo una herida en la mano. He dormido al raso apoyado en la higuera de Yoel y ahora estoy aquí y cada instante me parece una eternidad.

¿Qué me pasa?

¿Qué hago aquí pidiendo a esa chiquilla por esposa?

Debo de haber perdido la razón. Más de uno lo pensará viéndome aquí aguardar a Yoel el casamentero, que ha concertado la mitad de los matrimonios de la aldea.

“¡Yoseph busca esposa! –dirán–. ¡Yoseph el vagabundo está pensando en establecerse!”. Eso es lo que pensarán. Porque yo no me quedo nunca más que unos días en Nazaret. No soporto morirme de hambre aquí y, por eso, cargo y descargo mi asno y voy a buscar trabajo. Me deslomo recorriendo los senderos de Galilea, atravieso Samaría como un ladrón, voy a Judea y hago todo lo que me permiten hacer. Mientras, observo a mi alrededor y lo que veo no me gusta. Crece el número de pobres, los *anawim*, crece el poder de los romanos, crece la rabia de los rebeldes.

Regreso siempre con el corazón alterado y en Nazaret no tengo a nadie que me espere. Tras un largo viaje, me echo en el jergón y duermo profundamente y sin sueños hasta que me despierta el hambre. Entonces me levanto y voy a buscar algo para comer. Nunca he tenido otra cosa.

Entonces, ¿por qué estoy aquí aguardando al casamentero?

Es increíble, pero es así.

La calidez de sus dedos en mi mano, el recuerdo de ella niña y esta nueva imagen ante mis ojos, ella mayor, apenas una mujer, han hecho que temblaran mis rodillas.

¿Qué puedo hacer?

La hice montar en la caravana, le cedí mi sitio. Le ofrecí agua, pan, un poco de fruta, no llevaba nada más. Cuando se durmió, puse bajo su cabeza mi manto enrollado. Yo, en cambio, no pude dormir.

“Miryam, Miryam, hija de Yoachim”, me repetía, y me zumbaban los oídos y me daba vueltas la cabeza. “¿Qué me ocurre?”, me preguntaba mientras sentía una fuerza nueva, poderosa. No hallaba la paz. Miraba a Miryam a cada instante y sabía que, si continuaba así, iba a dar que hablar a toda la caravana. Si sus ojos se fijaban en mí, sentía que la sangre latía en mis venas. Me sentía perdido, más que un muchacho que se enamora por primera vez.

Entonces me enfadé conmigo mismo, me dije que había hecho muy mal al aceptar el encargo e hice el resto del viaje con la cara vuelta al otro lado. No veía la hora de llegar a la aldea y entregarla a su padre.

Cuando bajamos del carro se apoyó en mí, pero aparté la mano. Basta, quería

regresar a casa y olvidarme de aquella embriaguez.

La entregué a su padre como si devolviera un odre prestado y me fui deprisa, convencido de que podría olvidarlo todo y regresar a mi vida.

No fue así. Continué pensando en Miryam a cada instante y el día que la vi entrar en la sinagoga para celebrar el *shabbat*, vestida con la túnica blanca y un cinturón rosa, con la cabeza cubierta por un velo a través del que se entreveía el brillo de dos pequeños pendientes en las orejas, tuve que apoyar la espalda en una columna a causa del temblor de mis rodillas. Como el primer día, cuando la cogí de la mano.

No escuché ni una palabra del rabino y me marché el primero para no cruzarme con ella a la salida. Pasé el peor de los *shabbat*. Tumbado en la cama, mirando las vigas del techo.

“¿Qué me está pasando?”, continuaba preguntándome mientras el sol recorría su camino habitual, el día transcurría y yo no sentía ni hambre ni sed.

Ayer, antes de que se hiciese de noche, vinieron dos hombres para comprarme unas tablas de madera de hilo con las que construir un establo. Eran más jóvenes que yo y hablaban entre ellos, y les oí decir que Yoel buscaba un marido para la hija de Yoachim. Se me cayeron las tablas. Me herí en una mano.

Los despedí con prisa y fui a lavarme. La sangre corría por la palma de mi mano. Me la vendé. Deambulé por la casa sin comer y, más tarde, aún de noche, me fui frente a la casa de Yoel.

Ahora estoy aquí bajo la parra a la vista de las mujeres, que seguro que me están mirando desde las ventanas de sus casas. A la vista de todos espero que Yoel, el casamentero, me diga si mi propuesta de noviazgo ha sido aceptada.

La puerta se abre, Yoel sale, me llama.

—¡Yoseph!

Me pongo en pie para acudir a su encuentro. Estoy tenso, me falla una rodilla, me recobro y camino hacia él enderezando la espalda. Pero tengo un nudo en la garganta y no sé en absoluto qué haré si Yoel me dice que las cosas no han ido bien.

Yoel está quieto, se mete una mano en el bolsillo y saca un puñado de pistachos.

—¿Quieres? —dice ofreciéndome.

—No.

Se mete uno entre los dientes, lo casca, escupe la cáscara al suelo y mastica ruidosamente.

No aguanto más, tenso la mano vendada y de repente una mancha rosa se extiende sobre la palma.

Yoel sonrío.

—¡Yoseph, viejo zorro! —me dice—. Parece que has hecho bien durmiendo a la entrada de mi casa... Demasiado guapa la muchacha para dejarla sola en este nido de zafios. Yoachim es viejo y debe haber pensado que es mejor dártela a ti, que has prometido respetarla, que vivir temiendo que alguien la haga suya sin pedir permiso... Ha aceptado tu propuesta. Pronto te prometerás con Miryam.

SEGUNDA PARTE

Rut la amiga

Hoy Miryam se promete con Yoseph, el carpintero. Cuando me lo dijo mi madre, Lia, ¡no quería creerlo!

¡Y pensar que Miryam decía que no iba a tener nunca un marido! Sí, así mismo. ¡De niña decía que a ella no iba a ocurrirle y yo la creía! ¡Qué boba era! ¡Cuántas horas pasé sentada en los escalones de Yoseph para contentarla!

Es que me habría tirado a un pozo si ella me lo hubiera pedido. Por eso, cuando decía que solo quería mirarle trabajar, yo no ponía objeciones y, cuando afirmaba que no iba a unirse a ningún hombre, ¡yo la creía igualmente! Me decía: “Por qué no, a Miryam le pasan cosas raras, podría pasarle eso también”.

Un día se lo comenté a mi madre Lia. Estaba amasando la harina para hacer el pan del sábado y me reprendió en el acto.

—¿Qué andas diciendo, Rut? —dijo limpiándose las manos con un trapo viejo.

—Me lo ha dicho Miryam. Ella no se casará —repetí, contenta de haber suscitado tanto interés—. Y a lo mejor yo tampoco quiero casarme —lo dije por decir, para disfrutar de un poco de atención. En realidad, sentía que iba a casarme y a tener hijos como les sucedía a todas las chicas de la aldea, una tras otra.

Mi madre había apoyado las manos en los costados y me examinaba con la mirada. Comprendió que la estaba provocando y cambió de tono:

—¿No sabes que Dios, bendito sea su nombre, ordenó a Adán y Eva que se unieran, engendraran hijos y poblaran la tierra?

—Sí, madre, pero Miryam dice que a ella no le ocurrirá.

—Tal vez nadie le haya dicho a Miryam que un hombre sin una mujer es medio hombre y una mujer sin hijos está maldita... —dijo con severidad, y se puso a amasar de nuevo—. Tú no prestes demasiada atención a sus palabras. Nuestra Miryam... crecerá y cambiará de idea —concluyó golpeando la masa sobre la superficie de la mesa.

Así que no hablamos más.

He preparado un cesto lleno de cosas para llevarle por su compromiso: aceite de nardo para el pelo, un velo finísimo, piezas de lino y *kohl*, ese polvo verde para los ojos. Quiero ser yo la que me ocupe de ella hoy. Tiene razón mi madre. Miryam no tiene prácticamente a nadie, ni amigas ni hermanas. Salvo yo.

Llamo con los nudillos a la puerta. Me viene a abrir mi madre, que está allí desde el alba.

—¡Rut! ¡Por fin! —dice dejándome entrar—. ¡Miryam, ven! ¡Ha llegado Rut! —grita.

Nos abrazamos en la puerta, luego Miryam tira de mi brazo y me invita a pasar. Vamos tras la cortina que cuelga de un lado a otro de la estancia y la ayudo a probarse el

vestido para hoy.

Es el primer día del mes de *Adar*, un mes propicio para unir a unos novios. Me lo enseñó mi madre.

Miryam y yo oímos que, mientras hace las faenas de la casa, mi madre no deja de repetir con entusiasmo el proverbio:

—¡En *Adar* Israel cosecha la alegría!

Mi madre cocina y cuece en el horno la carne y el pan. Yo he traído verdura y fruta de nuestro huerto y he hecho pastelillos de miel y nueces.

Preparo el baño caliente para Miryam. Cuando sale de la tina de madera, la envuelvo en un lienzo de lino blanco y le digo que se tienda sobre la estera. La rocío con aceite de nardo y le ayudo a ponerse la túnica nueva. Le pongo un cinturón, le ato los zapatos. Luego le peino sus cabellos negros, los froto con aceite aromático para que brillen y los divido en dos gruesas trenzas que recojo detrás de la nuca con un pasador.

Le pongo una corona de hojas de olivo que he entrelazado esta misma mañana. Paso el dedo índice por el polvo verde y pinto sus párpados. Al terminar, soplo sobre sus ojos cerrados, ella ríe, frunce la nariz.

Entretanto, mi madre ha preparado grandes ramos de flores con los que decora la casa. Algunos los ponemos en las paredes, otros en jarrones de loza. Yoachim ha mandado traer frascas de vino y jarras con vino de palma. Hanna está todavía en la cama y no se levantará hasta que se haga de noche y comience a llegar la gente. Nos remangamos y acabamos de preparar la comida.

Falta poco. Busco a Miryam pero no la encuentro. La casa es pequeña, entro y salgo pero no la veo.

—¿Dónde está Miryam? —pregunto a mi madre, que está levantando a Hanna de la cama.

—Estaba aquí hasta hace un momento —me dice.

Salgo otra vez pero sigo sin verla. Luego, conociendo a Miryam, se me viene a la cabeza una posibilidad. Subo las escaleras de tierra batida y voy al tejado.

Miryam está allí, de espaldas. De pie, con la túnica ligeramente subida, como cuando se parte de viaje o se hace alguna tarea.

—Miryam, ¿qué haces aquí? —le digo.

Ella se vuelve sorprendida. Lentamente viene hacia mí.

—Ven, tenemos que bajar, la fiesta está a punto de comenzar —digo, y le bajo el borde de la túnica para que le cubra de nuevo los tobillos.

Cuando bajamos, una antorcha de juncos empapados en pez ya arde delante de la casa, es la señal de invitación para toda la aldea. Las lámparas llenas de aceite ya están encendidas. Hanna y Yoachim se sientan, también Miryam.

Poco a poco llega la gente de la aldea y también Yoseph, rodeado por algunos hombres de Nazaret con teas encendidas. Se sienta junto a Miryam y otros ancianos de la aldea. También llega el rabino.

Frente a dos testigos, Yoseph entrega a Miryam un anillo de bronce y le dice:

—Con este anillo tú me has sido consagrada según las leyes de Moisés y de Israel.

Se ve perfectamente que Yoseph está emocionado. No hace más que mirar a Miryam, se vuelve a cada momento como un muchacho inexperto, no puede evitarlo. ¡Y pensar que Miryam rondaba a su alrededor cuando todavía no llevaba la túnica hasta los pies! No puedo evitar que se me escape una risita.

Yoseph es mayor que Miryam, pero ahora no lo parece en absoluto. Limpio, con la ropa arreglada, sin herramientas en la mano, es hasta guapo, un hombre guapo al lado de ella. Y ella me parece más adulta.

El rabino bendice el vino y el compromiso. Luego las partes firman el contrato y al final el rabino le pide a Yoseph una prenda. Yoseph le ofrece su cinturón y el rabino lo pone en las manos blancas de Miryam.

Este gesto confirma que el pacto ha sido establecido. Se levantan las copas en honor de los novios. Hombres y mujeres se separan.

Yo comienzo a distribuir los pasteles de miel y las mujeres se ponen a bailar.

También yo. Enlazamos nuestros brazos en torno a las cinturas y hacemos un círculo.

Seguimos los pasos mientras damos vueltas y cantamos una canción nupcial en la que llamamos a Miryam “paloma”, “gacela”. El ritmo aumenta, nuestra alegría también. Giramos, miro cómo baila Miryam y quisiera saber si es feliz.

Ella se da la vuelta y sí, me parece que sí. Me pregunto qué hace para ser como es, para estar dentro de las cosas y fuera, cerca y lejos al mismo tiempo.

Hace una hora estaba en el tejado, imagino que dispuesta a seguir una voz que solo ella había oído. Ahora está aquí, ante mí, con el anillo de Yoseph en el dedo, la corona de hojas de olivo, cantando y bailando. La novia más hermosa que he visto nunca.

Miryam estuvo fuera durante años. En ese tiempo ha crecido, cambiado, pero para mí sigue siendo la misma criatura misteriosa de cuando éramos niñas. Iguales, idénticas y, sin embargo, tan distantes que me dolía el corazón con solo pensarlo.

Continúo girando, doblo la rodilla siguiendo la danza, Miryam se libera del corro y se mete dentro. La rodeamos, nos abrazamos a ella, la miro y quisiera saber más.

Qué sentía cuando oía que la llamaban.

Qué sintió estando en el Templo.

Por qué no quería casarse.

Qué siente ahora que es una mujer ante Yoseph.

Qué es eso que nos separa y la hace ser distinta a mí, tanto que siento, igual ahora que antes, este miedo de perderla en cualquier momento.

Estamos cerca, cerquísima, cuando el baile termina.

La observo, me da la impresión de intuir algo en su mirada profunda. Pero es solo un instante, luego el círculo se abre y Miryam se queda sola.

Yoseph se levanta, toma el velo, se aproxima a su prometida. Pone el velo sobre la cabeza de Miryam y lo hace descender sobre su rostro.

Ahora ya no la veo más.

Yoseph el carpintero

Desde que Miryam volvió, cada día, en cuanto sale el sol y la aldea se despierta, me apresuro a subir a la cima de la colina. Llevo el hacha y una cuerda gruesa como si tuviera intención de recoger leña, partirla y llevarla abajo. Sin embargo, llego aquí, clavo en la tierra la hoja del hacha y me siento en la hierba.

Espero.

Pasa algo de tiempo, el cielo se aclara del todo, las calles entre las casas se llenan, se oyen las voces de los niños, los hombres salen a los campos, con los carros, los animales.

Desde aquí veo la aldea. La distancia y las pocas plantas de la colina impiden que me descubran, puedo mirar sin ser molestado.

Ahí sale. Su túnica clara se aparta de la casa de Yoachim, tuerce por un callejón, desaparece, luego vuelvo a verla entre las casas, se dirige a la puerta de la aldea. Logro ver el gesto de su cabeza cuando saluda a alguien.

Es Miryam, que sale para ir a buscar agua, lleva el cántaro al hombro. Mi prometida.

Desde hace unos días, desde el día de la fiesta, un velo le cubre la cabeza porque ahora es mi novia. Está ligada a mí por medio de un pacto. Dentro de un tiempo seremos marido y mujer. Hace unos días le regalé un peine de madera que tallé para ella, pero por ahora solo podemos hablarnos, encontrarnos brevemente en presencia de otros. Por eso vengo a contemplarla desde aquí, todos los días, cuando va a buscar agua.

A veces pienso que me habría gustado encontrármela en el pozo. Como le sucedió a Jacob con la hermosa Raquel. El pozo es el lugar de los encuentros. Por eso van las mujeres, por eso va la hija mayor de cada casa si no se ha casado todavía. No se sabe nunca si se producirá un encuentro lícito, a la luz del sol, que después podrá sellarse con un pacto.

Pero el pozo de Jacob era distinto al que surte a nuestra aldea, era una de esas cisternas cuya boca cierra una gran piedra. Eran necesarios varios hombres para levantarla y abreviar a los animales. Pero Jacob la levantó él solo para saciar la sed de los animales de Raquel.

Así se conocieron. ¡Ah, sí! ¡Yo también levantaría esa piedra para Miryam! ¡Por una mirada suya haría mucho más!

Y Jacob se enamoró tanto que aceptó trabajar durante años para el padre de Raquel y obtener su permiso para desposarla. Le engañaron pero no se desanimó. Jacob trabajó y siguió esperando. Y al final pudo casarse con Raquel, su amor.

Yo también lo haré así. Trabajaré a conciencia, como un esclavo. Aguardaré años sin pestañear.

Por Miryam haría lo que fuera.

Ahora deja el cántaro en el suelo, se inclina y luego tira de la cuerda para levantar el

cubo. Llena el cántaro.

Pero, ¿qué sucede? El cubo se le resbala de las manos. Una distracción. Se sienta al borde del pozo. Descansa.

Quizá también esté pensando en mí.

Kad el cántaro

Un cántaro para contener agua, eso es lo que soy. De hechura tosca, loza que se cuece en los hornos. Solo tengo un brazo, una especie de anillo. De ahí me agarran las mujeres de la casa. Me apoyan en su costado. Lia me lleva así cuando va a buscar agua.

Miryam, en cambio, me pone al hombro, me balanceo ahí arriba a merced de sus pasos ligeros.

Desde que regresó, es ella la que viene conmigo a buscar agua al inicio de la jornada.

Miryam lo hace a gusto, a veces la oigo canturrear con la boca cerrada o recitar la oración de la mañana. Vamos y volvemos con los versos de un salmo, sin perder tiempo.

Sin embargo, hoy ha ocurrido algo nuevo.

Miryam acababa de subir el agua del pozo con el cubo y la vertía dentro de mí cuando he oído algo.

No había nadie por allí. Pero he oído una voz que ha dicho: *¡Miryam!*

El cubo se le ha resbalado de las manos y se ha caído al pozo. Miryam me ha agarrado y se ha puesto de pie manteniéndome pegado a su cuerpo.

—Aquí estoy —ha respondido.

A nuestro alrededor, solo la sombra de los olivos, el chirrido de los grillos, las piedras del suelo yermo.

La voz ha dicho: *Miryam, estás llena como el cántaro que tienes en la mano.*

Llena como yo, eso ha dicho la voz.

Luego, nada más.

Miryam ha esperado con las piernas temblándole bajo la túnica y finalmente se ha sentado de nuevo al borde del pozo.

Tras un rato, que me parecía que no iba a terminar nunca, me ha levantado otra vez para apoyarme en su hombro y hemos regresado.

Miryam

A veces siento que alguien me llama. Que dice mi nombre, que me pide que me levante como si tuviera que marcharme. Entonces me quedo atenta, me levanto, doy unos pasos, pero la voz parece llegar de todas partes y de ninguna en particular. Por eso no sé dónde ir y me quedo quieta hasta que la voz deja de llamarme.

Desde que puedo recordar siempre me ha sucedido así.

Cuando estaba en el Templo, apenas lo sentía me levantaba e iba a rezar en el patio de las mujeres, así estaba segura de que Hanna y los levitas no me encargaban tareas nuevas.

Pero nadie se preocupaba de mí, me decían solo que no era necesario que rezara tanto ni estuviera tanto tiempo en el patio de las mujeres con el rostro vuelto hacia el altar de las ofrendas.

No sabían que la voz no me dejaba y que yo no quería dejarla tampoco. En realidad no rezaba mucho, bastaba que recitara el verso de un salmo o una bendición y la voz volvía a llamarme. Yo no hacía más que escuchar aquella voz que decía mi nombre, latía y latía, como un corazón.

Desde que volví solo me ha sucedido una vez, la noche de mi desposorio. Estaba tan contenta de que la voz no me hubiese olvidado en Nazaret que, para continuar escuchándola, salí de casa y subí al tejado para estar sola.

Y ayer sucedió de nuevo, esta vez cerca del pozo de la aldea.

Una voz me llamó y luego, por primera vez, me habló de verdad. No dijo solo mi nombre, sino que añadió: *Estás llena como el cántaro*.

Se me cayó el cubo al pozo, me temblaban las piernas y tuve que sentarme en el borde de piedra para no caerme. Luego miré abajo. El ojo oscuro del pozo me observaba, dentro estaba yo, mi reflejo. Esperé a que la voz volviera. Pero no volvió.

Estás llena como el cántaro, había dicho.

Pero yo no me sentía llena, sino vacía, hueca y yerma, sola como cada vez que la voz me abandona.

Regresé a casa y no dije nada a nadie.

Hoy no he salido, ha sido Lia quien ha ido a buscar agua y, luego, al mercado, dejándome a mí la tarea de preparar la comida. Una vez que he avivado el fuego bajo una olla grande de agua, me he puesto a tejer en el telar. La cortina avanza, mis manos son veloces, empleo la lanzadera para pasar el hilo y luego, con el peine que Yoseph talló para mí, comprimo las hebras de la trama para que quede bien compacta.

Al rato, siento la llamada.

¡Miryam!

Pero la voz no suena difusa como de costumbre, como si viniera de todas partes, no. Esta vez viene de un punto preciso. A mis espaldas. Se me cae el peine.

Me doy la vuelta, hay un hombre.

¡Miryam!

Me llama por mi nombre aunque no sé quién es.

Pienso que tengo que abandonar la estancia, soy una muchacha, estoy comprometida y no me está permitido encontrarme con hombres a solas.

Voy a moverme, miro otra vez a ese hombre y su rostro cambia, parece un niño. No lo entiendo. Su rostro cambia una vez más. No sabría decir cómo son sus ojos o su boca. Ahora, por ejemplo, es un viejo. Parpadeo y es de nuevo joven, su rostro se vuelve radiante y me hace daño mirarlo con fijeza.

Alégrate, Miryam, favorita de Dios.

Me dice, y su voz de pronto se torna poderosa antes de que yo comprenda el significado de las palabras que acaba de pronunciar.

El Señor está contigo.

Ahora el sonido de su voz me llena la cabeza y me pregunto por qué no viene nadie. ¿Cómo es que el resto de la aldea no oye esta voz que retumba?

Soy Gabriel y estoy en presencia de Dios.

El suelo tiembla. Como cuando en la sinagoga se canta “¡Gloria, gloria, gloria!” golpeando con los pies para hacer notar toda la fuerza de Dios, bendito sea su nombre, todo su poder que zarandea el mundo desde sus cimientos.

Gabriel es uno de los tres ángeles de la más alta formación junto con Rafael y Miguel.

¿Qué era lo que les enseñaba *rabbi* Aron a sus estudiantes? ¿Qué les decía con respecto a los arcángeles y sus nombres?

Miguel: “¿Quién es como Dios?”.

Rafael: “Dios sana”.

Gabriel: “Dios es fuerte”.

Repaso los nombres de los arcángeles de las formaciones y me pregunto por qué Gabriel, la mano izquierda de Dios, ha bajado hasta la tierra de Nazaret.

Serás madre de un niño que se sentará en el trono del rey David.

Gabriel, el ángel que gobierna las aguas de todo el mundo, vuelve a hablarme, grita, su voz llega a mis oídos como en medio de una tempestad, entre el agua y el viento.

Salvará a su pueblo de sus pecados, será hijo del Dios Altísimo. Lo llamarás Yeshua.

—¿Cómo es posible? —la pregunta se escapa de mis labios. Quizá ni la haya dicho, quizá la haya pensado.

—¿Cómo es posible que yo conciba si estoy aquí, en casa de mi padre, y no me he unido a Yoseph?

Gabriel habla de nuevo, su voz ahora parece la de una mujer que canta, una voz

hermosa, llena de autoridad y sabiduría, una mujer que enseña, una madre atenta y fuerte.

No temas. Dios extenderá su sombra sobre ti, sobre ti hará descender a su espíritu, descenderá y serás madre. También Elisheba, tu pariente, a la que todos creían estéril, ha concebido y ahora espera un hijo.

Elisheba. Sí, Elisheba, la mujer de Zacarías, es pariente nuestra. Zacarías es un anciano sacerdote de la clase de Abdías y en alguna ocasión, cuando venía al Templo, hacía que la sierva me llamara para darme un pan que Elisheba había amasado expresamente para mí.

—¿Elisheba ha concebido? —pregunto.

Nada es imposible para Dios, responde Gabriel, y mientras lo dice su voz sube el tono, más, más y más, hasta volverse aguda, un silbido.

Entonces, bajo la cabeza para no oír el silbido que se vuelve cada vez más sutil y parece penetrar en mis huesos, y digo:

—Sea como has dicho, soy la esclava del Señor.

Y ya no hay nada más.

Ni la voz, ni su figura. No hay nada más. Me quedo de pie en medio de la estancia, el telar a mi espalda, el trabajo interrumpido, el hilo rojo en el suelo junto al peine.

En mi cabeza un silencio irreal. Tan solo resuena a ratos alguna que otra palabra como un guijarro que cayese por las escaleras.

Madre. Hijo del Altísimo. Nada es imposible.

Yeshua.

Reuven el carretero

Mientras estoy en casa del curtidor, se me acerca Yoachim, el ciego, junto con su hija, que lo sujeta del brazo.

La chica se para un paso por detrás de su padre y Yoachim me dice:

—Reuven, he oído que sales de viaje esta misma mañana, ¿es cierto?

Le respondo:

—Sí, Yoachim.

—¿Qué transportas?

—Las pieles curtidas de Eli, lana cardada y otras cosas directamente a Jerusalén.

—Reuven, esta es mi hija —dice—. Tiene que ir a Ein Karen, ¿puedes llevarla contigo?

—No lo sé, el carro es incómodo, no tengo mucho espacio —digo colocando un saco de lana sobre otro.

—Estaré bien, padre —susurra la hija a su espalda y sin dirigirse a mí.

—¿Podrías llevarla? —pregunta Yoachim otra vez—. Te daré dos denarios.

—No me paro mucho, es un viaje cansado.

Entonces la hija le dice algo que no comprendo.

—Nunca llevo a nadie —añado.

La hija insiste y Yoachim dice:

—Escucha, Reuven, mi hija debe reunirse con una pariente nuestra, te agradecería que la acompañaras. Puedo darte más.

Pienso en las tasas y en la última vez, cuando le tuve que dar incluso el mulo al recaudador. Solo me queda este viejo asno que tira del carro. Pienso en los denarios de Yoachim, me irían bien.

Acepto. Yoachim me paga de inmediato, me dice que conduzca a su hija hasta la casa de Elisheba y Zacarías en Ein Karen.

Asiento. Cambio algunos sacos de lugar, me subo al carro y acomodo un sitio para que se pueda sentar. A ella le parece bien. Sonríe y le da las gracias a su padre. Se monta, aprieta la espuerta que lleva consigo, se ajusta el velo.

Me pongo en camino. Dejamos a Yoachim de pie apoyado en su bastón. El asno tira del carro entre la gente de Nazaret, que ha salido a la calle para hacer las pocas compras de la jornada.

Oigo que alguien pregunta:

—¿Dónde va Miryam, la hija de Yoachim?

Otros murmuran:

—Mira, es la novia de Yoseph, se marcha con Reuven, el carretero.

Luego, mientras estamos a punto de salir de la aldea, se acerca alguien por detrás del carro, habla con ella a lo largo del camino. No me giro, no me interesa.

Por mí es como si fuera uno de los sacos. La llevaré a Ein Karen como me ha

pedido su padre, pero no quiero perder más tiempo detrás de una chiquilla caprichosa.

Rut la amiga

Hoy voy a casa de Yoachim, quiero saber si Miryam necesita algo para la nueva casa donde vivirá con Yoseph. Quiero hacerle un bonito regalo de bodas.

Mi madre me ve llegar desde la pequeña ventana y viene hacia mí.

—¿Dónde está Miryam? –le pregunto.

—Ya ha salido, tenía que buscar un carro para ir de viaje –me susurra en una oreja cogiéndome del brazo.

—¿Por qué?

—Por lo visto, una pariente suya de Ein Karen, ya muy mayor, está embarazada –continúa mientras entramos en la casa.

—Pero, ¿dónde está? ¿Puedo hablar con ella antes de que se vaya?

—Creo que ya se ha ido, Rut. Ha salido muy pronto con su padre –dice mi madre acariciándome.

Ella me conoce, sabe que mi corazón se ha acelerado. Miryam ni siquiera se ha despedido de mí.

—¿El viaje no es inapropiado? –le pregunto desasiéndome—. Está prometida, ¿no tendría que quedarse aquí y ocuparse de la ropa, de la lana y de lo que necesitará una vez que vaya a casa de Yoseph? ¿No sabe que la gente es mala? ¿No sabe que puede acabar repudiada por una bobada?

—Yo también lo pienso. Pero Miryam no es estúpida, ya lo habrá tenido en cuenta –me responde sentándose en la muela, al lado del horno de piedra donde se está cociendo el pan.

Me duele saber que se ha ido de nuevo.

Me aparto, me alejo de mi madre y voy al rincón donde hasta ayer Miryam se sentaba y tejía para el Templo.

El pequeño telar está vacío.

Mi madre permanece en silencio.

Toco la madera. Solo hay un hilo rojo que se ha quedado pillado en la lanzadera.

Lo cojo, le doy vueltas entre los dedos, hago un nudo, regreso junto a mi madre Lia, que sigue agachada sobre la muela, y lo tiro al fuego.

—Espero que Miryam sepa lo que está haciendo.

Yoseph el carpintero

—*M*iryam, Miryam, ¿adónde vas? ¿Qué haces en el carro de Reuven? —le pregunto en voz baja yendo tras ella a paso rápido.

La he visto subir mientras volvía con la leña, no me lo podía creer. Luego he visto al viejo Yoachim que se quedaba quieto en medio de la calle mientras el carro se marchaba, los sacos de lana, las pieles curtidas y enrolladas, y mi Miryam sentada como una niña con los pies basculando.

He soltado la leña para correr detrás del carro. Luego he ido ralentizando el paso hasta frenar a la fuerza. No quería mostrar mi desconcierto, no quería que se comprendiera que no sabía nada, que no tenía la mínima idea de adónde iba mi prometida.

La alcanzo, pongo una mano en el carro y ella coloca la suya sobre la mía. Tropiezo, recobro el paso.

—Miryam, ¿adónde vas?

—Voy a Ein Karen, a casa de Elisheba, mi pariente.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Espera un niño y ya es muy mayor, voy a ayudarla —me responde tranquila.

¿Y por qué tienes que ir precisamente tú? ¿Es posible que tu padre no se dé cuenta de que eres joven? Siempre has estado en el Templo, ¿qué sabes tú de los dolores del parto? ¿Y si te ocurriera algo durante el viaje? ¿Qué diría tu padre, que te deja ir así como así?

—No puedes ir sola —le digo molesto por que nadie me lo haya contado.

—Me lleva Reuven —replica.

—Sigue sin ser seguro, no puedes ir —le digo manteniendo el paso mientras continúo con la vista clavada en su rostro.

Ella aprieta los labios, no dice nada.

—No entiendo cómo te ha dejado tu padre subirte sola a este carro para un viaje tan largo —me acerco más, trato de adelantarme, hacia Reuven, para que se pare y la deje bajar y, por un instante, un instante tan solo, veo que una sombra pasa por sus ojos. Como si se sintiera confusa por mi desaprobación, atemorizada. Pero también hay un fuego, algo que arde en el fondo de sus ojos negros y me dice que irá de todas las maneras.

—Yoseph, te lo ruego, tengo que ir —me dice al fin cuando yo estoy casi de espaldas. Doy algún paso más, luego me detengo, el carro avanza, ella busca algo en una espuerta. Saca una madeja roja púrpura, toma una hebra entre los dedos. Rompe un cabo con los dientes.

—¡Yoseph! —me llama.

Camino de nuevo a grandes zancadas, sigo mirándola. Me hace un gesto para que

me acerque. Mientras ando, Miryam me agarra de la mano con rapidez y, tratando de zafarse de los tumbos del carro, ata el hilo en torno a mi muñeca.

Aprieta el nudo, sujeta mi mano algo más y dice:

—Regresaré, te lo prometo, todo irá bien —me mira con compasión, como si quisiera disculparse por la pena que me causa. Luego suelta mi mano.

Ahora entiendo por qué su padre la ha dejado subirse al carro a pesar de que no fuera prudente hacerlo. No es una cosa de su familia, ha sido ella quien lo ha querido, lo ha pedido ella, como ahora me lo está pidiendo a mí.

Comprendo de pronto que Miryam no es una chiquilla. O no solo. Es firme como la torre en medio de la viña, es una pared bien construida que aguanta las sacudidas, un muro de contención fuerte, una roca. Y, a pesar de ello, en las hendiduras de esa roca, se entrevé una blancura, algo ligero, plumas, ojos negros y lúcidos. Una paloma.

Miryam es la roca y la paloma.

Comienzo a andar de nuevo, pero lentamente.

Me paro en la puerta de Nazaret, dejo que el carro prosiga su camino y la veo alejarse. No hay nadie conmigo. El sendero sube en un punto para luego volver a bajar, dentro de poco el carro desaparecerá detrás de la loma rocosa y no se verá ya más.

Levanto el brazo en el que ella me ha anudado la hebra roja y muevo la mano para despedirme.

Y Miryam, que no ha dejado de mirarme ni un momento, hace algo típico de los niños: me sonrío llena de gratitud, se levanta, se quita el velo y lo agita en el aire.

Es algo que una novia no debería hacer, pero que torna más sólido mi corazón a pesar del desgarró de la partida, más amargo por la distancia que ya advierto, más amado por el amor que siento.

TERCERA PARTE

Miryam

Es el segundo día de viaje, he bajado del carro cubierto con una lona para protegernos del sol. Reuven repara una rueda.

Miro a mi alrededor. Estamos al principio de la primavera. En el Templo no podía ver nada de todo esto. El amarillo del azafrán puntea los campos, hay algún lirio salvaje en las zanjas, allá abajo veo un manzano en flor.

Pero, sobre todo, el cielo: grande, grandísimo por encima de mí y ya no constreñido por los altos muros del Templo o dentro del pequeño recuadro de las ventanas del dormitorio.

Fuera, estoy fuera. Fuera también de la casa de mi padre y de las callejas de la aldea. Fuera, bajo el cielo azul. Solo Dios es más grande que el cielo, y más grande que los cielos de los cielos.

Me siento, me quito las sandalias, la hierba me hace cosquillas en las plantas de los pies, cojo las briznas con los dedos. Luego me tumbo, de cara, los ojos cerrados a causa de la luz excesiva. Me quito el velo y me lo pongo delante del rostro.

La luz pasa a través de la trama: mil puntos de oro que se extienden por mis brazos y por la túnica.

Me pregunto cómo sería ser hierba del campo, un tronco, una flor. Tomar el sol, la lluvia, el viento. Tener todo lo que se necesita sin comprar ni vender, hilar o tejer. Sembrar y segar.

Sin ir y venir por los caminos, como yo ahora.

¿Por qué me marché? Solo sé que mis piernas no podían permanecer quietas, tenían que andar, partir a la fuerza. Se lo pedí a mi padre mientras las mejillas me ardían de vergüenza. Le dije que me había enterado de lo de Elisheba sin explicarle verdaderamente quién me lo había contado. Comentando que no recordaba el nombre del viajero que lo había dicho junto al pozo. Los pobres ojos de mi padre Yoachim no vieron las mejillas de su hija, brillantes y rojas como una fruta. Creyó en mis palabras, sufrió mi insistencia y me dejó marchar.

Tampoco mi Yoseph se opuso. Trató de detenerme, pero luego me permitió partir.

Até un hilo a su muñeca, de la misma madeja con la que yo trabajé. Él lo verá todos los días y pensará en mí.

Me faltarán sus pocas palabras, cruzármelo por las calles y mantener el aliento. Su amabilidad, el saber que está a pocos pasos de mí.

¿Qué voy a hacer en Ein Karen?

Voy a ver con mis propios ojos. Quiero ver a Elisheba y descubrir si es cierto lo que oí. Tan cierto como lo siento yo en el interior de mis entrañas.

—Sí —le dije a Gabriel—, sea como has dicho.

Esta última vez, cuando la voz cesó de hablar, no me sentí sola, abandonada, vacía. Se encendió un fuego en mí. Me mantuvo despierta de noche e imprimió en mis huesos una fiebre que no conocía.

Gabriel dijo que Elisheba esperaba un niño. Y que una virgen como yo también puede concebir en su seno porque nada es imposible para Dios.

También dijo otra cosa, que sonó a mis oídos nueva y peligrosa. Dijo que tendré un hijo que será santo, hijo del Altísimo. No hay nada parecido en la religión de mis padres. Dios es uno solo. Dice la oración de mi pueblo: “Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo”. *Ehad*, uno, único.

Conozco la oración, miles de veces ha resonado en mis oídos, en mi casa, en el Templo y en los patios, pero las mujeres no deben recitarla. Como sucede con casi todos los preceptos, el peso y el honor de esta oración pertenecen a los hombres.

Dios es uno solo. Pero, ¿no decimos que su nombre llena los cielos y la tierra? Desde mi pequeñez de hembra en Israel, pienso también que Dios, bendito sea su nombre, es tan grande que puede hacer algo nuevo. Igual que decidió crear el mundo del vacío de la nada.

¿Y qué hay más nuevo que un niño que sale de una mujer?

También por eso debo ir a ver. Porque en lo que oí resonaban las promesas hechas a Abraham y a su descendencia pero también palabras nuevas, inauditas. Solo de pensarlas me parece estar al borde de un precipicio. O sobre la cúspide del pináculo del Templo, el del pórtico de Salomón, el punto más alto de todo el edificio, bajo el que hay un desnivel hondísimo hasta el fondo del valle.

El ángel que custodia las aguas del mundo, tanto las superiores como las inferiores, el que llevó el agua a Dios para que moldease a Adán con la tierra del Edén, vino a mí. Vino a Nazaret junto al pozo del agua, vino a buscarme a mi casa para que Dios moldease un hijo en la tierra de mi seno.

¿Cómo salió Adán de las manos del Señor y del barro del Edén?

No lo sé.

¿Cómo puede salir un hijo de una virgen?

No lo sé.

¿Cómo puede salir de mí el hijo de Dios?

No sé tampoco esto.

Mi madre me enseñó que el nombre de Dios, bendito sea, no se pronuncia.

Rabbi Aron enseñaba a sus discípulos que el Nombre del Señor no se lee tampoco y que un buen israelita aprende pronto a taparse los ojos cuando lo ve escrito.

¿Y el hijo del Altísimo es menos que su santo Nombre? ¿Cómo logrará mi seno contener el hijo de aquel que no puede ser llamado por su nombre?

Pero es eso lo que oí y, por tanto, debo ir a casa de Elisheba a ver.

Reuven ha terminado, me llama. Me pongo de prisa el velo, me lo fijo en la nuca.

—¡Voy! —grito corriendo del campo al sendero donde Reuven ya me espera sentado en el carro, las riendas del asno sujetas entre las manos.

Debo ir a ver si Elisheba será madre.

Y a saber si yo también lo seré.

A comprender quién soy. A descubrir si es cierta la historia de mi nombre y si de verdad llevo dentro de mí algo oculto que será revelado.

Reuven el carretero

Es Nissan, el mes de la cosecha de la cebada. El tiempo está agradable, el viaje transcurre bien.

Hoy nos hemos parado para que descansara el asno cerca de un pozo donde había también unos temporeros. Tumbados en el suelo, a la sombra de una palmera, ahora están comiendo: pan, aceitunas desecadas, queso.

Algo más allá se encuentran las mujeres.

Miryam va a buscar agua para el asno. Coge agua también para ella. Se da la vuelta, mira a su alrededor. ¿Qué está buscando?

—¡Miryam! —la llamo—. ¿Qué pasa?

—Nada, Reuven —me responde regresando al carro.

Pero poco después se apea de nuevo llevando un fardo entre las manos. Uno de los temporeros la llama, pero ella camina hacia delante con paso decidido.

Ato el asno, dispuesto a intervenir. Al fin y al cabo su padre me la ha encomendado.

Los hombres, aunque el velo indique que se trata de una mujer ya prometida, siguen mirándola. Parece que ella va hacia las mujeres pero luego sigue, derecha a la que está sentada al borde del camino.

Debe de ser una espigadora. Una de tantos *anawhim*, los pobres. Una que no tiene marido ni amo, y solo puede recoger las espigas que los otros dejan en la tierra, los restos.

—¡Miryam! —llamo en voz alta. Ella se vuelve y me hace una señal para que la espere.

No quiero estar aquí más tiempo y me pregunto qué pretende de esa pobre mujer.

Se inclina hacia ella, le ofrece lo que tiene en la mano, vuelve hacia aquí.

Edna la espigadora

A veces me pregunto por qué no sucede nunca nada que alivie nuestras penurias, que nos alivie a nosotros, los *anawhim*. Me lo pregunto cuando estoy plegada sobre el suelo, sin zapatos siquiera, con los pies arañados y ensangrentados, me pregunto por qué. Por qué me tocó a mí quedarme viuda tan pronto.

Pienso en Rut, la moabita. Mi madre me contaba su historia antes de que me durmiera. Una pobre viuda, viuda y extranjera, obligada a trabajar de espigadora como yo. Rut al final se casó con Booz, el dueño del campo donde espigaba. Y de ella nació Obed y Obed engendró a Jesé y Jesé engendró a nuestro rey David.

“¿Y luego?”, me pregunto. ¿No tenía que nacer el Mesías de la descendencia de nuestro rey David? ¿Cuánto tiempo ha pasado de esta historia? ¿El brazo de Dios, bendito sea su nombre, se ha reducido quizá? ¿Dónde está el seno que traerá al hijo de David? ¿No ha rebotado ya el cáliz de la amargura para nuestro pueblo? ¿No ha llegado el momento de que venga nuestro defensor? ¿No es hora todavía de los dolores de parto que traerán al Mesías entre nosotros?

Pero estas son solo las preguntas de una mendiga, de una mujer que está al borde del campo, que no ve a ningún Booz en el horizonte que pueda rescatarla, una mujer que continúa siendo solamente la espigadora y que no tiene ni una hoz y debe despellejarse las manos para arrancar unas míseras espigas.

Pero ahora no quiero pensarlo. Tras toda la mañana trabajando, estoy en el suelo, descanso, estiro las piernas, dormito.

Unas voces suenan en mis oídos. Levanto la vista. Parece que ha llegado alguien al pozo, unos viajeros.

Luego sucede algo que no sé explicarme. Una muchacha que ha bajado del carro viene hacia mí.

No la conozco. Los temporeros y las mujeres la miran con curiosidad, pero ella viene justo hacia mí.

El sol me da en la cara y me cuesta mirarla.

Me ha pedido permiso para dejarme algo.

Apoya en el suelo, ante mis ojos, un fardo hecho con un paño.

No sé qué decir.

Cuando levanto la mirada, ella va ya en dirección al carro. Me decido a abrir el bulto solo cuando ya se ha marchado.

Es pan. Miro un poco más y encuentro monedas, que para mí son un pequeño tesoro. Hay algo más envuelto en un trapo gastado y atado con un lazo. Deshago el nudo y comienzo a desenrollar el trapo.

Unos zapatos de cuero.

Una sonrisa se extiende en mi rostro. ¿Desde cuándo no me sucedía?

Me los pruebo, pueden valer. Aunque la suela sea algo pequeña. Al anudármelos al tobillo, me doy cuenta de que los cordones llegan a duras penas para poder atarlos.

Comprendo que la muchacha me ha dado los suyos.

Miryam

Otro día de viaje. No estamos solos, delante de nosotros hay otro carro. Llevamos unos días en la depresión del río Jordán, por el camino que siguen todos para no atravesar Samaría, que considera enemigos a los judíos y a quienes se trasladan a la región de Judea. Sobre todo, a los que se dirigen a Jerusalén, al Templo. De hecho, los habitantes de Samaría tienen otro en el monte Garizim.

Nos paramos bajo un terebinto junto a un pequeño oasis. Descansamos a la sombra, con expresión huraña Reuven me pasa un trozo de su pan, le doy las gracias y me alejo un poco.

—Bendito seas tú que haces brotar el pan de la tierra —digo pronunciando la oración de bendición por el pan antes de comenzar a comerlo con los pies descalzos sobre la hierba.

Me he alejado porque Reuven está todavía enojado conmigo por el asunto de los zapatos. Se ha dado cuenta de que se los he dado a esa mujer y me lo ha reprochado con dureza.

Tal vez tenga razón al decir que no estamos en condiciones de dar nada a nadie, pero él no sabe cuántos pobres vi cuando estaba en el Templo. No es como ver un mendigo a la puerta de la aldea. Todos los días, bajo el sol o bajo la lluvia, los veía llegar, a los más pobres de la tierra. Cubiertos con harapos, sucios, enfermos. Con los ojos cerrados y vacíos, sordos, tullidos, leprosos. Hombres, mujeres, niños esperaban los restos de los peregrinos, la basura de los caminantes. Y nunca había bastante pan para la limosna, no había nunca bastantes vendas limpias para vendar manos y pies devorados por la enfermedad, agua para lavar, aceite para sanar.

Allí fue donde aprendí a vaciar mi bolsa delante de un pobre. Sin remordimiento y también sin gloria. *Rabbi* Aron decía que era sencillamente *zedekah*, justicia.

Veo pasar un carro, más grande que el nuestro, sólido, sus ruedas son más gruesas y hacen saltar los guijarros del camino. Va repleto, lleva un cargamento de sal. Vendrá del mar Muerto. La sal preciosa con la que salamos la carne para que no se pudra y cocinamos los alimentos. Pero no toda es buena. Una parte pierde sabor y ya no sirve, en ese caso no hay nadie que la compre. Esa la llevan al Templo de Jerusalén. Yo la he visto apilada en los almacenes en montones blancos y grises. A veces estaba completamente apelotonada por la humedad y era necesario triturarla a bastonazos.

Cuando en invierno llegaban las lluvias, los levitas la cargaban en carretas y la llevaban fuera; la esparcían por todos los patios de mármol para que los peregrinos no resbalasen. Al caminar sentía el crujido de los granos de aquella arena blancuzca bajo los zapatos y me daba una cierta pena pensar que hubiera perdido su valor, que hubiese hecho todo aquel trayecto para acabar bajo los pies de la gente.

Me debo de haber dormido sobre los sacos de lana. Reuven me despierta dándome en el hombro. Abro los ojos.

—Hemos llegado, estamos en Ein Karen.

Reuven me dice que ha preguntado y esa de enfrente es la casa de Elisheba y Zacarías.

Bajo del carro y, en cuanto poso los pies en el suelo, me siento en medio de una vorágine.

¿Y si ahora llamara a la puerta de Elisheba, si llamara y Elisheba viniese a abrirme y yo la viese vieja y estéril como la imaginaba en mis pensamientos hasta el día en que Gabriel me habló? ¿Si ella no estuviera encinta? ¿Qué sería de este viaje? ¿Qué sería de mí, Miryam?

Un mar amargo de sal. Una sal sacada del agua, seca pero sin sabor, solo es adecuada para que la pisen.

Mejor sería que se abriese la tierra bajo mis pies.

Cojo mis cosas, la espuerta y el manto.

Doy las gracias a Reuven.

Comienzo a caminar, descalza, entumecida por el tiempo que he pasado quieta en el carro, el velo se me resbala continuamente, se me cae al hombro y yo me lo subo de nuevo.

Aquí estoy, frente a la casa de Elisheba.

Elisheba

la pariente

— ¡**E**lisheba!

Estoy inclinada sobre el puré de lentejas cuando oigo una voz joven que me llama. Pero no es la voz de Maaca, mi criada.

Creo que la conozco. Dejo el palo con el que estoy removiendo el puré y voy a abrir la puerta.

Me encuentro con una muchacha de ojos oscuros, descalza. Es un momento. Reconozco a Miryam, hija de Hanna, mi prima. Hace años que no la veo pero es ella, estoy segura.

—¿Miryam? ¿Eres tú? —mientras lo digo noto un movimiento en la tripa, apoyo la mano donde he sentido que mi hijo se sacudía y daba patadas—. ¿Y cómo es que la madre del Señor viene a mi casa? —lo digo así, así mismo, como si alguien sacara mis palabras desde lo más profundo de mi garganta sin que yo quisiese.

—¡Elisheba! —dice emocionada—. ¡Soy Miryam, hija de Yoachim y Hanna!

—Querida Miryam, te he reconocido, ¡entra!

—¡Estás esperando un niño!

—Sí, Dios sea loado, y, ¡me ha dado una patada en cuanto he dicho tu nombre! ¡Ven! —le cojo la mano, que es pequeña y está caliente, y la poso sobre mi vientre. Aprieto para que note los pies de mi hijo que se mueven y dan patadas como los de un corderito. Esperamos juntas conteniendo el aliento.

El bebé se mueve otra vez y yo muevo la mano de Miryam para que ella lo advierta también.

Miryam se arrodilla, está en el suelo y se tapa la boca con la mano, ríe y llora a la vez. Se levanta, me abraza con fuerza.

Ahora mi tripa toca la suya, Miryam me abraza, pone su cara bajo mi barbilla, casi se esconde bajo mi velo y no para de repetir que Dios es grande, que levanta al que cae, que ayuda a los pobres, que tiende su brazo potente y colma de bienes a los menesterosos, que ha hecho lo que prometió a Abraham y a su descendencia, que su nombre llena la tierra, que su nombre es santo, santo, santo.

—Es verdad, Miryam, es así, ha visto la humildad de su esclava —le respondo.

Su arrojo me contrae las entrañas, sus palabras me llegan a lo más hondo, a la parte que no ha dejado nunca de esperar que un día tendría un hijo, y le respondo otra vez:

—¡Bienaventurada aquella que ha creído en las palabras del Señor! —y por un instante no sé si estoy hablando de mí, al final henchida por un hijo, o de ella, que ha llegado hasta aquí impulsada por no sé qué llamada.

Le doy agua y algo de comer.

Ya está cayendo la tarde, dejo que se lave, le hago ponerse una túnica limpia mientras le preparo un jergón.

Ya es de noche cuando se tiende en el lecho. Me dice que ha sabido que esperaba un hijo y ha querido venir para ayudarme, se quedará hasta que yo quiera.

—Ya falta poco —le respondo acariciando su cabello negro extendido sobre la estera—. Estarás bien con nosotros y me harás compañía.

—Eres guapa —me dice mirándome.

—No soy guapa, soy feliz, Miryam. He esperado este niño como los centinelas esperan el alba —le digo—. El Señor va a lavar mi mancha —suspiro contemplando la plenitud de mi seno—. Ya soy vieja, y sin embargo el bebé crece y da patadas... ¡Si pienso en el tiempo que ha pasado! —me coge la mano y la lleva a su mejilla—. Pero mírate, ¡te has transformado en una mujer!

Nos quedamos en silencio.

Un rato después, oigo un crujido, también Miryam lo oye y se incorpora para ver. Pasa una sombra por detrás de su espalda.

Sé quién es pero no me muevo.

—¿Quién era? —me pregunta Miryam adormilada—. ¿Era el bueno de Zacarías? No lo he saludado aún —añade con intención de levantarse del lecho.

—No es él, no está en casa —le respondo con rapidez—. Quédate aquí, no está ahora —digo deteniéndola con mi mano, marcada por las arrugas pero todavía fuerte.

Miryam está sorprendida, busca algo en mi mirada. Obedece y se tiende de nuevo. Permanezco a su lado para asegurarme de que no se levante. Espero a que se le cierren

los ojos por el cansancio.

Duerme, Miryam, que has venido hasta aquí para ver lo que nadie se esperaba, para ver a Elisheba la estéril engendrando un hijo. Duerme, hay tiempo para hablar de Zacarías. No hoy. Y quizá tampoco mañana ni ningún otro día.

No quiero sombras sobre este niño y tampoco demasiada luz. No hay nada más que entender.

Duerme, no es necesario que sepas de Zacarías.

Zacarías el sacerdote

Hoy ha llegado a nuestra casa Miryam, la hija de Hanna, nuestra pariente. Yo la creía todavía en el Templo. Sin embargo, volvió a su aldea y se prometió.

Ha llegado poco antes de que anocheciera, pero Elisheba no ha querido que la viese. Me he ocultado en la oscuridad y he escuchado lo que decían. Cuando Miryam ha preguntado por mí, Elisheba le ha dicho que no estaba en casa. No quiere que la joven conozca mi historia.

Por mí seguro que no la sabrá porque mi lengua enmudeció cuando tuve la visión en el Templo, junto al altar del incienso.

Nosotros los sacerdotes somos una multitud, por eso observamos una rotación rígida. Desde que se recuerda, ningún sacerdote ha oficiado en el altar del incienso dos veces en su vida. Por eso, cuando aquel día oí mi nombre me preparé como si fuera el cometido más importante de todo mi servicio en el Templo a lo largo de los años.

En mi vida de sacerdote he hecho todo como prescribe la Ley; del mismo modo, aquella tarde, observé minuciosamente cada precepto para ofrecer dignamente el incienso. Ese fue el motivo de que, una vez que me llamaran, subiera con extrema seguridad las escaleras que conducen al altar del incienso situado en el Santuario.

Pero nada de lo que sucedió allí estaba escrito en la Ley y ningún precepto que conociera me había advertido jamás de todo lo que estaba por llegar.

Ofrecí el incienso, los granos ardieron en las brasas hasta transformarse en semillas incandescentes. Emitieron su aroma, que subió formando volutas de humo claro. Bajé la cabeza para rezar y, cuando la levanté de nuevo, vi ante mí a Gabriel, el ángel de Dios. Todo fue muy rápido y no tuve tiempo de frenar mis pensamientos.

Yo, un sacerdote timorato de la clase de Abdías, rechacé cada una de las palabras que Gabriel, con su aspecto fulgurante, me iba diciendo en la nube del incienso.

Sucedió así. Él habló y yo respondí en el interior de mi corazón.

Tu mujer concebirá y dará a luz un hijo.

Mi mujer es vieja.

Tu hijo será un profeta.

Pero hace ya tiempo que Israel no tiene profetas.

Un profeta con el celo de Elías.

Pero el profeta Elías, que subió a los cielos en un carro de fuego, regresará solo en los últimos tiempos, al final.

Reconducirá el corazón de los padres a aquel de los hijos.

¿Pero no son los hijos los que deben volver a los padres, a la Ley, a las costumbres de la tradición? ¿Por qué los padres tendrían que volverse hacia los hijos, hacia aquello

que debe venir todavía?

¿Qué debe venir?

Esto rebatí mientras Gabriel hablaba y no creí en ninguna de sus palabras.

Entonces Gabriel tronó con su voz, dispersó el humo, apagó las brasas y me ató la lengua. Me dijo que no hablaría hasta que sucediera aquello que me había anunciado.

No había creído y permanecería mudo durante todos los meses de la gestación.

Cuando salí del Templo, la gente comprendió que había tenido una visión. Todos hablaban con gran temor. Me miraban como si fuera un muerto caminando. Tanto en Jerusalén como en mi aldea dijeron:

—¡Zacarías ha tenido una visión!

—¡El sacerdote Zacarías ha visto a un mensajero de Dios y no está muerto!

—¡Ha sido tocado y no hablará más! ¡Permanecerá mudo como nuestro padre Yacov permaneció cojo después de que el ángel del Señor le golpeará en la cadera!

Por eso, cuando Elisheba se dio cuenta de que esperaba un hijo, quiso acallar los rumores en torno a mí.

Dice que todas estas cosas, mi lengua muda y las miradas de la gente, proyectan una sombra sobre este hijo, un presagio, una señal que ella no desea. Me ha pedido que no me encuentre con nadie, que me quede escondido en casa.

Entretanto, por expiar la culpa de no haber creído, me visto con un sayal, llevo ceniza en la cabeza, pero nada, ni la oración ni el ayuno, me da tregua.

Paso el tiempo entre las paredes de esta estancia, medito sobre las promesas hechas a nuestros padres, leo y releo las palabras de los profetas y aguardo con temor aquello que Dios hará surgir de mi semilla.

Yoseph el carpintero

Miryam se marchó hace días, ya debe de estar en Ein Karen.

Cuando me prometí a Miryam, decidí también ingresar entre los *zadik*, los justos. Observaré la Ley más de lo que lo he hecho hasta ahora.

Pero evito hacer como quienes dicen que son perfectos. Evito rezar en voz alta y con una riada de palabras como hacen los fariseos, que se cubren con el chal más rico, alargan los flecos hasta que tocan el suelo y están muy derechos en la sinagoga para que todos los miren. Son los mismos que tiran en el cepillo sus monedas una a una para que suenen en el fondo y llenen los oídos de la gente con su tintineo. Yo no quiero ser así. Pero, desde que me prometí a Miryam, rezo con más intensidad.

Rezo en la sinagoga, voy y me quedo más rato que antes, rezo en casa, rezo cuando estoy fuera y, sobre todo, rezo cuando subo a la colina y me siento sin poder mirar ya a Miryam que va al pozo, porque Miryam no está.

Rezo con el hacha clavada en la tierra porque también yo, que antes iba y venía sin tregua, estoy enraizado aquí, en la tierra de esta aldea. Ella se fue pero yo decidí quedarme. Ella se marchó a pocos meses de la boda; yo, en cambio, sigo aquí. Por los dos.

Y cada día haré lo que debo hacer; es decir, trabajaré en casa. Así acabarán las habladurías en la aldea, al ver que Yoseph no se marcha, que prepara su casa y, cuando Miryam regrese, le darán importancia. Ahora, para todos, no es más que una muchacha que ha venido a parar a la aldea tras años lejos de ella. Una muchacha sin suerte, teniendo en cuenta el panorama que se encontró en su casa, o una mujer desvergonzada, teniendo en cuenta su partida imprevista. Algunos la juzgan una presuntuosa. Lo he oído en el mercado. Una mujer decía que se había enterado de que Miryam tejía para el Templo.

¿Y si fuera así?

A mí me gustaría que trabajara en la cortina para el Templo. Le haría un telar nuevo, sólido. Sí, creo que se lo haré enseguida, antes incluso de arreglar el tejado de la casa.

Sé cómo se hace un telar. He hecho con mis propias manos el telar de todas las mujeres de la aldea. Son horizontales, se apoyan en el suelo. La pieza que se necesita debe tener una extensión igual a la de los brazos abiertos. De esa manera, para hacer una túnica se hacen dos piezas y luego se cosen juntas.

Pero la última vez que estuve en Jerusalén vi telares nuevos. Son grandes, se mantienen de pie y la mujer puede moverse ante ellos. Tienen una pieza más larga y se puede hacer una túnica de hombre entera, sin costuras. Como las que vi en Jerusalén, bonitas, teñidas de rojo.

Emplearé madera buena, hay que hacer un arco cuadrado, sólido, que se sostenga de pie. Hay que colgar los hilos de la urdimbre de la barra horizontal y tensarlos con pesas.

Por algún lado tendré unas hechas de arcilla, ya agujereadas. O, también, abajo, en lugar de las pesas, podría poner un rodillo para enrollar el tejido ya terminado.

Sí, lo haré así. Será mi regalo para cuando ella regrese.

Miryam

Ya hace días que estoy en el hogar de Elisheba. Me tratan bien. Su casa es espaciosa y está arreglada con esmero. Tengo un lecho cómodo, un manto nuevo, las porciones son abundantes y como con apetito.

Todavía no he podido hablar con Zacarías, solo un saludo breve. Fue Elisheba la que me llevó a su estancia.

—*Shalom*, Zacarías –le dije.

Él asintió con la cabeza y me hizo señas para que me acercara. Me abrazó como a una hija.

Pero Elisheba dijo enseguida:

—Ahora es mejor que salgamos, dejémosle descansar.

Así que obedecí. Aunque no entiendo el motivo, Zacarías no parece enfermo. Y, sin embargo, está siempre encerrado en ese cuarto, come solo. Elisheba se encarga de todo. No lo he visto salir nunca.

Ayudo a Elisheba con la casa pero no hay mucho que hacer. Elisheba tiene una criada experta y a mí no me quedan más que pocas tareas.

De vez en cuando voy al mercado a comprar algo. Me paro en el puesto de la verdura y me atiende una niña que se llama Bila y tiene muchas pecas. Sigue las órdenes bruscas de su padre, un joven que está sentado detrás de la mercancía.

Y todos los días acompaño a Elisheba a pasear porque le viene bien moverse, ahora que se aproxima el momento de que dé a luz al niño. El resto del tiempo está vacío, pasa lento y silencioso sobre todo cuando Elisheba duerme, en las horas de más calor.

El otro día decidí pedirle el telar para poder acabar la cortina del Templo. Traje conmigo la lana color púrpura y las piezas ya terminadas.

Aireé el trabajo ya tejido. Luego lo doblé con cuidado, lo envolví de nuevo con los paños de lino.

Preparé las madejas para tejer.

—Aquí tienes el telar, Miryam –me dijo Maaca, la criada.

—Gracias, lo pondré aquí –respondí, y me puse al lado de una ventana para tener más luz.

También hoy, tras hacer las tareas del hogar, me pongo a trabajar en el telar. Me siento y comienzo a pasar el hilo, lo traigo de vuelta, lo entrelazo.

Me gusta trabajar y sentir el hilo entre los dedos, pasarlo con la lanzadera por la urdimbre y ver cómo crece la trama. Mientras compacto el hilo que acabo de tejer con el peine que me regaló Yoseph, pienso que Dios también teje. Teje a los niños en el seno de sus madres. Lo dice el salmo que más me gusta de todos.

Me tejí a mí en las entrañas de mi madre. Está tejiendo al niño de Elisheba.

Y al que se está gestando en mí.

Sí, porque este mes no he tenido la menstruación.

La esperaba, pero no me vino.

Cuando todavía no estaba en el Templo, un día como otro cualquiera, encontré un huevo minúsculo. Mi padre me dijo que era de un pájaro, un gorrión. Lo puse de nuevo en el nido. Me habría gustado quedármelo para ver lo que pasaba. Me resultaba imposible que dentro de aquello que parecía una pequeña piedra estuviera preparándose para nacer un animal que acabaría volando en el cielo por encima de mí.

Sentía igual fascinación por las semillas. Recuerdo las que mi amiga Rut y yo metíamos dentro de los agujeros que hacíamos en el suelo con un palo y luego nacían plantitas de todo tipo: calabazas, lentejas, judías. Las de mostaza eran un granito tan pequeño que se perdía en las líneas de nuestras palmas.

Y también el puñado de levadura que el ama de cría Lia me daba para amasar junto con la harina. Un puñado de mi mano de niña bastaba para que la pasta se hinchara tanto que podíamos hacer diez tortas grandes.

Quién sabe lo pequeño que será el bebé ahora. Dejo el peine y el hilo de púrpura.

Meto una mano bajo la túnica y me toco el vientre. Está igual que siempre, idéntico. Siento el calor de mi cuerpo y la sangre que late bajo la piel, cerca del ombligo.

Mi niño. Aunque nadie lo vea, yo sé que está ahí. Como la levadura en la masa. Siento que mis mejillas se encienden con el solo pensamiento de verme como madre.

Reempiendo la labor, tomo el peine y me pongo a trabajar.

Quién sabe cómo será el niño una vez que nazca de mí. Me tiembla la mano, el trabajo me sale desigual.

Estoy asustada porque no sé nada de niños. No sé cómo se vuelve una madre y no sé qué sucederá en mi cuerpo. Pero me siento orgullosa de este huésped misterioso, de este secreto que me pertenece solo a mí, aunque no lo comprenda por completo.

Al fin y al cabo tengo algo ligado a mí y de lo que no puedo separarme.

¿Y el niño de Elisheba?

Me gustaría saber más. Fue Gabriel el que me habló de este niño. ¿Es posible que Elisheba también haya visto a Gabriel? ¿Que Elisheba esté al tanto de lo mío, de lo del niño que llevo en mi seno? Cuando me saludó, me pareció por sus palabras que lo sabía todo. Pero luego no dijo nada más.

Ayer intenté hablarle, preguntarle algo de su hijo. Ella solo dice que pronto la gente de Ein Karen tendrá que taparse la boca y lavarse su propia lengua por todas las maldades que ha dicho sobre ella en estos años.

Mientras tejo el hilo de púrpura, me digo que falta algo. Sí, es verdad, Elisheba está encinta como dijo Gabriel, pero me falta algo.

Yo no soy vieja, mi vientre no está yermo como el de Elisheba. Lo que me sucede a mí es distinto. Imposible como en el caso de Elisheba, pero distinto.

Pero, ¿por qué?

¿Por qué yo precisamente?

¿Quién es el bebé de Elisheba y quién es el bebé que crecerá dentro de mí?

Las preguntas me llenan la boca. Todas las que no le hice a Gabriel y todas las que no le puedo hacer a Elisheba.

Quisiera hablar con Zacarías. Fue Gabriel el que me envió aquí y siento que mi historia está ligada con un hilo a la del niño que lleva Elisheba en su seno. Sé que, contra la voluntad de Elisheba, el hijo que ella va a parir no será un hijo cualquiera. Ni tampoco el mío.

El hilo que tejo me enseña que, nudo tras nudo, acaba haciéndose un dibujo. Estoy segura de que si pudiera hablar con Zacarías podría vislumbrar algo del dibujo que Dios está tejiendo en torno a mí.

Maaca la criada

La muchacha empieza a darme pena. Pone voluntad, limpia y ordena. Hace compañía a Elisheba, la lleva a caminar tomándola del brazo. El resto del tiempo, hasta que los brazos se le agotan, está doblada sobre el telar sin parar de tejer. Ahora que ha terminado las piezas, solo tiene que coser, unir las todas en una única cortina grande.

Pero está cada vez más inquieta, sé que querría hablar con Zacarías. A veces me la encuentro parada delante de la puerta del cuarto donde está encerrado mi patrón. Desea entrar, pero renuncia cada vez. Sabe que Elisheba no quiere. Zacarías come solo, duerme ahí, no sale nunca. Únicamente Elisheba va a verle, y alguna vez yo para llevarle la comida.

Me parece que Miryam se está consumiendo con la espera. No sé por qué. Pero en los últimos días creo que, además, está enferma. Tiene la cara pálida, ojeras. Hoy ha ido a tender la ropa y se ha mareado. La he visto tambalearse en el patio y he ido a ayudarla. Le salía sangre de la nariz. Se la he taponado con un trozo de tela.

Me ha dicho:

—No es nada.

Pero la he sujetado, y la he obligado a comer y beber aunque no era hora. No tenía fiebre, pero parecía turbada.

—¿Qué tienes, Miryam? —le he preguntado.

—Nada —me ha respondido.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Solo quiero hablar con Zacarías —me ha dicho con un hilo de voz mirando la mancha de sangre en la tela.

Yo no le he contestado. Eso es lo que quiere Elisheba. Miryam no sabe a qué casa ha ido a parar. Aquí estaremos callados como muertos hasta que Elisheba dé a luz ese bendito niño. Nadie debe hablar, y menos de su marido.

—Si la gente quiere cotillear —dice Elisheba— que lo haga de mi vientre cada vez más abultado, de mis tobillos hinchados y de mi pecho que se prepara para dar leche. Como en las otras mujeres, nada más.

Eso es lo que dice Elisheba.

Elisheba la pariente

Ya hace tiempo que Miryam está con nosotros.

Hoy la he mandado al *mikvé* para el baño ritual. Es el lugar donde van a purificarse cada mes todas las mujeres de Ein Karen al final de su menstruación. Miryam no me lo ha preguntado jamás, como si no tuviera necesidad.

Por otro lado, yo misma, la primera vez que la vi, la creí encinta pero sin comprender el motivo de esa sensación. Un impulso dentro de mí me hizo alegrarme y saludarla como si estuviera henchida de un hijo, un hijo especial.

También mientras la abrazaba me sentí como en trance, prisionera, amordazada con un nudo que no me permitía moverme, y no podía dejar de bendecirla a ella y al Señor al mismo tiempo. Como si fueran a llegar de un momento a otro los días del Mesías.

Pero cuanto más pasaba el tiempo, más me decía que la mujer que tenía delante no era más que Miryam, la hija de Yoachim y Hanna. Y no lo pensé más. Ya tenía bastante que pensar con este hijo que crece dentro de mí, con Zacarías que no habla y con las voces de la visión que él tuvo en el Templo.

Por eso, cuando ayer vi que lavaba sobre la piedra una prenda de lino roja de sangre, comprendí que estaba en lo cierto.

Le dije que, si habían terminado sus días de impureza, debía ir al *mikvé* como todas las mujeres de Ein Karen.

Miryam estaba avergonzada. Temí que fuera su primera vez, pero luego consintió y dijo que iría.

Le di una túnica limpia y un paño para secarse. Llamé a Maaca para que la acompañara, pero luego Miryam quiso ir sola.

Bila la niña

— ¡Llega alguien! —grita mi madre—. ¡Bila, ve tú y se amable! —me dice empujándome hacia la entrada.

Es Miryam, la pariente de Elisheba, la chica que viene a comprar al puesto de mi padre.

—Bienvenida, es por aquí —le digo indicándole la entrada al *mikvé* del que mi madre es la encargada.

Mis padres saben que gracias a mi continuo parloteo consigo llevar a casa alguna propina.

—¡Tu hija está apilando el grano en nuestro granero! —bromea mi padre con mi madre cada vez que le llevo alguna moneda con la que no contaba.

Haré lo mismo con ella.

—Puedo llevarte el paño si quieres —le digo.

—Gracias, no pesa —me responde con aire ausente.

—Si quieres tenemos aceite de nardo para cuando salgas del agua.

—No, gracias.

Está taciturna. Da lo mismo, le acerco un taburete, corro una cortina para que se pueda desnudar.

Antes de irme le ofrezco unas almendras dulces y un poco de torta que ha hecho mi madre, pero ella niega con la cabeza.

No quiere nada.

¿Cómo lograré que me dé una propina?

La dejo sola para que se dé su baño ritual y regreso con mi madre.

—¿Y bien?

—No ha querido nada —respondo desilusionada.

—¿Es posible que tú no hayas logrado sacarle unas monedas? —murmura mi madre entre dientes, ni siquiera se levanta del asiento de piedra y me manda que lo haga todo yo.

Vuelvo con la joven sin que se dé cuenta de mi presencia, veo que se ha quitado la túnica. Veo cosas que no debería ver. Por ejemplo, que su vientre parece el de una mujer embarazada. En los primeros meses, sí, en los meses en los que hay que ensanchar un poco la túnica y cubrir las caderas aproximando al cuerpo los bordes del mantón.

—Alguien en Nazaret se ha querido comer los higos antes de que estuvieran maduros —digo en voz baja repitiendo el proverbio que empleamos para las mujeres a las que les pasa lo que a ella.

Vuelvo con mi madre para decírselo, a lo mejor saca provecho del asunto.

Cuando la joven aparece de nuevo, corro a ayudarla a vestirse y la lleno de cumplidos y piropos sin que ella los escuche siquiera. Noto que no se ha bañado. Pero no lo digo. Hablo de otras cosas, hablo y hablo para llenar el vacío y hacerle compañía, le digo que espero que vuelva a nuestro *mikvé*, que somos muy conocidos y se nos quiere, que aquí vienen todas las mujeres de la aldea, una y otra y la de más allá, que les ofrecemos lo que necesitan a cambio de una pequeña propina, que aquí puede encontrar en cada ocasión lo que necesita... Pero de improvisto ella me hace callar y, mirándome con atención, me dice:

—Sí hay una cosa...

—Dime —le contesto saboreando ya el tintineo de las monedas sobre la palma de mi mano.

Ella pasa su brazo por mi hombro y me dice:

—Consigue que pueda hablar con Zacarías, el marido de Elisheba, fuera de su casa.

Le digo la cantidad. Ella está de acuerdo. Siento que un escalofrío recorre mi espalda. Jamás he hecho algo así. No sé qué quiere de Zacarías. Pero mi madre me ha enseñado a pensar mal de la gente. Dice que así seré más astuta.

Lograré que se encuentre con Zacarías en la viña de mi padre y luego saldré corriendo. La gente dice cosas raras sobre él, toda la aldea está al corriente.

Y ella, una joven prometida, quiere verlo a solas. ¿Por qué quiere encontrarse con él en secreto?

¿Y por qué tiene aspecto de estar embarazada y permanece lejos de su esposo?

¿Por qué quiere que las cosas se le compliquen, por qué quiere arriesgar su vida?

¿No conoce el destino que aguarda a las adúlteras?

Pero no es asunto mío.

La cojo de la mano y nos vamos.

Miryam

Elisheba me mandó al *mikvé*. Vio que lavaba el paño sucio de la sangre que me salió de la nariz y pensó que estaba lavando mi impureza, la sangre de mi menstruación.

Es lo que pensaba, Elisheba no sabe que Gabriel habló conmigo. Si tenía alguna sospecha, se ha olvidado. No se ha dado cuenta de que no he tenido el período ni una vez desde que estoy aquí. Cuando me dijo “Si se han acabado tus días de impureza, ve al *mikvé*”, quise contarle todo, confiarme a ella. No quería mentir de ninguna de las maneras.

Pero ella insistió y quizá fuera bueno que fuese aunque no tuviera sangre que lavar.

Llegué y me encontré con la chiquilla de las pecas, que me acompañó hasta el recinto.

Está excavado en la roca. Aunque hacía sol, tanto como cuando hace unos días casi me cegó y me hizo caer al suelo mareada; y a pesar del calor de fuera, dentro de la cueva, en la penumbra de la roca, el aire era frío.

Tras mil preguntas, la niña me dejó en paz. Estaba sola en el *mikvé*, no había nadie salvo yo.

La poza del agua se hallaba frente a mí. Me quité el velo, la túnica y los zapatos. Estaba desnuda.

Las escaleras que descendían al agua estaban delante de mí.

Miré el agua y vi los peldaños que bajaban y que el agua se hacía más oscura. La alberca del *mikvé* es así. Estrecha y profunda. Debe estar excavada en el suelo y el agua es pluvial. No corre. Es un agua estanca, recogida en ese lugar. La mujer que está al final de la menstruación entra de pie, baja hasta que el agua la cubre por entero, hasta más arriba de la cabeza. Ni un solo cabello puede quedar fuera. Se baña tres veces sumergiéndose completamente.

Pero yo no me metí. Me quedé mirando el agua no sé por cuánto tiempo. Antes de entrar en el agua, tenía que hacer otra cosa.

Me vestí y la chiquilla vino de nuevo. Seguía hablando, a toda costa quería hacer algo por mí para que le pagara unas monedas. Es una niña muy despierta. Parece conocer a toda la aldea.

“Y si se lo sabe todo –me dije– tal vez pueda ayudarme”.

Al final me decidí y le pedí la única cosa que me interesaba de verdad. Le pedí que consiguiera que yo hablara con Zacarías en secreto, fuera de su casa.

Zacarías el sacerdote

Mientras Elisheba y Maaca están fuera en el huerto, noto que alguien entra en casa.

No puede ser Miryam porque he oído que iba al *mikvé*. Permanezco en el cuarto.

Pero alguien llama a la puerta. Me levanto. Entra una niña. Es Bila, la del *mikvé*.

—Zacarías, ven, hay una persona que quiere hablar contigo. Es importante.

Temo que haya pasado algo grave. No puedo hablar ni hacer preguntas, seguirla es la única posibilidad que me queda.

Salimos. La niña pasa por callejones estrechos, nos rozamos con los muros, es tan rápida que me cuesta ir tras ella. Me lleva fuera de la aldea, a la viña de su padre. Sigue derecho hasta un emparrado. Mientras miro alrededor, la niña se da la vuelta y sale corriendo. Ahora estoy absolutamente solo.

Tras unos instantes, veo que Miryam sale de detrás del emparrado.

No imagino lo que quiere de mí.

¿Por qué se ha querido encontrar aquí conmigo?

—Sé que viste a Gabriel —dice Miryam en voz baja—. Tuviste que verlo —continúa diciendo mientras se acerca.

Al oír esas palabras, estoy a punto de caer al suelo. Retrocedo hasta sentir las vides a mi espalda. Me agarro al palo por el que se encarama una vid añosa. Ella me alcanza, se acerca más.

—Zacarías, si Gabriel te habló, te ruego, te imploro que me cuentes lo que te dijo.

Está pálida, tiene los labios tensos.

Intento hacerle comprender por gestos que no puedo hablar. Al principio no lo entiende, entonces le muestro que no salen sonidos de mi garganta, tan solo un estertor ronco y sibilante.

Ella arquea sus cejas negras.

Meto una mano en el saquito que cuelga de mi cintura y le muestro la tablilla untada de cera sobre la que escribo algunas palabras para hacerme entender a lo largo del día.

Entonces ella se acerca más, mira alrededor como si buscara algo. Luego se arrodilla en el suelo, rebusca por la hierba y coge un palito, un pequeño sarmiento seco. Lo limpia con esmero. Se levanta.

—Te lo ruego, Zacarías, dime lo que te dijo Gabriel —me implora poniéndome el palo en la mano—. Escribe, dime quién es el niño que Elisheba lleva en su seno.

Nadie me ha hecho la pregunta que ahora me está haciendo Miryam.

Tras entender que tuve una visión, todos se mantenían apartados de mí, de mi lengua muda que había sido castigada. Nadie comprendió que Dios me había tapado la boca y había abierto el regazo de Elisheba al mismo tiempo. Que los dos

acontecimientos estaban ligados por un secreto que tiene relación con el niño que está a punto de nacer.

Entonces escribo lo que escuché de la voz potente de Gabriel, lo que aquel día sepulté en lo más profundo de mi corazón, aquello que nunca nadie ha querido escuchar.

Por primera vez se lo confío a alguien que no teme el mensaje de un ángel.

Será un profeta de Dios. Como Elías, abrirá camino al Mesías que está a punto de venir al mundo.

Mi mano escribe eso, temblorosa, y los ojos se me llenan de lágrimas.

Cuando termino, le muestro la tablilla.

Miryam la coge y se la acerca a la cara. Por lo que parece, sabe leer. La veo mover los labios letra tras letra.

Cuando levanta la vista, veo que ha entendido todo lo que he escrito trazando las letras sobre la cera. Tiene la tablilla apretada contra el pecho, me da la impresión de que se halla agitada; busca una piedra en el suelo y por fin encuentra una astillada cuyo borde semeja el de una cuchilla.

Sujeta la piedra con su mano pequeña y blanca y, con un solo movimiento, rasca toda la cera. Borra todas las palabras. Me devuelve la tablilla. En sus ojos hay una luz vivísima.

Huye de regreso a la aldea.

CUARTA PARTE

Maim el agua

Es casi de noche cuando Miryam vuelve una segunda vez para el baño ritual.

Yo la esperaba aquí. Soy el agua del *mikvé*, un agua antigua y siempre nueva. Llovida, subida de nuevo al cielo y caída desde las nubes a los prados, a la tierra y bajo la tierra, he bajado los montes del Líbano por el lecho de los arroyos, he desembocado en el lago de Genesaret ininidad de veces.

Miryam baja a la alberca y entra dentro de mí, que estoy fría y oscura. Baja y yo acojo su vientre algo más mórbido. Una especie de media luna bajo el ombligo, una curva suave.

Miryam posa las manos sobre ese seno que nadie ha conocido y que oculta al hijo del Altísimo.

Yo lo sé.

Yo estaba antes que nada, antes aún de la creación. ¿Acaso no está escrito que al principio, cuando todavía nada había sido creado, el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas?

¿Qué diferencia hay entre la extensión de las aguas antes que se iniciara el tiempo y las aguas recogidas en el pequeño seno de Miryam?

Miryam parece habituarse al frío y baja más. Yo subo hasta su pecho, hasta su cuello, luego a la altura de los labios.

Miryam se sumerge manteniendo la respiración, tiene los ojos cerrados. Ahora que la rodeo puedo sentir todos sus pensamientos y puedo hablarle como desde el fondo del abismo.

Le digo:

—El agua del *mikvé* purifica.

Ella habla dentro de sí misma y me pregunta:

—Pero, ¿de qué? Este mes no he tenido el período. ¿Qué mancha tendría que lavar en el agua del *mikvé*?

Emerge y luego se mete de nuevo.

Yo le respondo:

—El agua del *mikvé* regenera. Toda el agua del mundo proviene de los cuatro ríos que atravesaban el magnífico jardín del Edén. Estos ríos son la única conexión que queda entre este mundo y el mundo en el que nacieron Adán y Eva.

El agua del *mikvé* está ligada al agua de los ríos del Edén. Sumergiéndose en las aguas del *mikvé*, al término del ciclo menstrual, la mujer renace. Es una nueva creación, y está preparada para recibir de nuevo la vida.

—Pero yo ya tengo una vida que crece dentro de mí —responde Miryam.

Emerge y se mete de nuevo.

Entonces le digo:

—El agua del *mikvé* es un seno.

Y ella responde:

—Cómo quisiera estar ahora en un seno materno. Segura, estrechada en la calidez. Protegida de cualquier cosa. Pero aquí hace frío y mi madre se halla lejos, en Nazaret.

Entonces continúo y le desvelo el último significado:

—Miryam, el agua del *mikvé* también es una tumba.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque la mujer que se mete en el *mikvé* deja de respirar y se queda, por poco tiempo, sin aliento, sin vida. La inmersión en el *mikvé* es un sexagésimo de la muerte.

Miryam

La muerte. El riesgo de morir. Tal vez sea esto lo que he venido a comprender en el fondo de este *mikvé*.

Y en ese instante, mientras todavía estoy sumergida en el agua negra y fría, abro los ojos y no veo más que oscuridad.

Me pongo en lo peor. Pienso lo que podría sucederme ahora que sé que todo es verdad. Que Zacarías vio realmente a Gabriel como yo y que fue Dios el que abrió el seno de Elisheba. Que el niño de Elisheba está ligado al mío, que será él el que abra camino al Mesías que está a punto de llegar.

Que vendrá y vendrá a través de mí.

Mientras esta agua fría y negra que me rodea parece responder a mis pensamientos, pienso que nadie podrá creerme.

Un niño anunciado por los profetas, un niño real, un niño santo como santo es solo Dios.

¿Quién va a creerme? Tengo un niño dentro, un niño que no sé explicar y que no explicaré.

Pienso en las acusaciones, en el rechazo de Yoseph, en la vergüenza lanzada sobre mi casa, en el proceso, en la lapidación que espera a las adúlteras. Pienso en la muerte.

Pero luego, como toda mujer, como siempre que una mujer entra en el *mikvé* y desaparece bajo el agua por unos instantes, al final, también yo emerjo de nuevo.

Tomo aire para mí, tomo aire para Yeshua.

Elisheba la pariente

Hace días que Miryam no me pregunta ya por Zacarías. He hablado con Maaca, la criada, y tampoco a ella le ha preguntado nada. Mejor así, quiere decir que se ha cansado. En contrapartida, se ha puesto a trabajar con más ímpetu en la cortina y ha terminado la labor.

Hoy la he ayudado. Ha terminado de coser todas las piezas hechas en el telar y tenía que doblar la cortina resultante.

He entrado en casa y la he visto inclinada con su túnica clara sobre esa inmensa tela púrpura.

Alisaba las arrugas con las palmas, extendía el tejido para comprobar que no hubiera nudos o imprecisiones a la vista.

Cuando ha terminado, la he ayudado cogiendo los bordes de la cortina. No bastaban nuestros brazos y hemos tenido que llamar a Maaca. Pero el espacio no era suficiente y nos hemos visto obligadas a salir.

Hemos tirado de los bordes y la cortina se ha abierto, extendida al sol. Se mecía a causa de la brisa.

—Es una verdadera belleza —ha dicho Maaca.

—Sí, Miryam, está impecablemente hecha —he admitido yo.

—¿No tenías miedo mientras la tejías? —ha preguntado Maaca arqueando las cejas.

—¿Por qué? —se ha sorprendido Miryam.

—Por lo que se dice del Santo de los Santos... Que es la parte más santa del Templo, la más pura...

—Y es cierto —ha replicado ella.

—¿Y entonces? ¿No temías que al tejer pudieras equivocarte o contaminar la cortina? ¿No has pensado que estabas tejiendo la cortina que ve el rostro del Santo de los Santos como solo hace el sumo sacerdote? A mí me da miedo incluso doblarla... —ha dicho Maaca sujetando los bordes de la cortina como si fueran tizones ardientes.

Maaca tiene razón, no es una tarea sin importancia.

Yo lo sé bien. Me lo contó Zacarías. Un día me dijo que al sumo sacerdote, el único al que le está permitido el acceso al Santo de los Santos, más allá de la cortina, se le ata una cuerda al tobillo. Porque podría encontrarse mal, morir incluso, y ni siquiera en ese caso autorizarían traspasar la cortina. En el supuesto de que sucediera una desgracia, los otros sacerdotes tirarían de la cuerda para recuperar el cuerpo.

Me ha dado la impresión de que Miryam no oía a Maaca, estaba completamente inmersa en el examen de su trabajo.

Cuando hemos terminado de doblar la tela, la hemos guardado en una caja de

madera. Mientras atábamos la caja con una cuerda, le he dicho a Miryam:

—Has terminado tu trabajo, estaría bien que llevaras la cortina a los levitas.

—¿Estás segura? —me ha preguntado asombrada.

—Sí, ve a Jerusalén. Solo está a media jornada de camino de aquí. Ve y ruega por mí. Yo no pariré, todavía no, no tengo dolores y el bebé no da muestras aún de querer salir. Te dará tiempo a volver.

Miryam me ha dado las gracias. Se ha sorprendido de que la dejase ir a menos de un mes del parto.

Le he pedido a Maaca que saliera inmediatamente a buscar un carro, alguien con quien poder ir. Poco después han venido a buscarla y yo misma la he hecho subir al vehículo, y he pagado. La he visto irse, con una mano apoyada sobre la caja donde hemos puesto la cortina.

Miryam, tan sabia y tan ingenua al mismo tiempo, ha tejido la cortina del Santo de los Santos como si fueran las vendas para fajar a un niño.

Longinus el soldado

Acabábamos de salir de la fortaleza Antonia para escoltar al rey Herodes, que quería ver con sus propios ojos el estado de las obras en el Templo de los Judíos.

Apenas habíamos dado la vuelta a la esquina para poder entrar en el barrio de los gentiles cuando la he visto.

Llevaba una caja sobre los hombros, atada con una cuerda, parecía pesada. Ella también subía hacia el Templo, pero iba directa al patio de las mujeres.

De pronto un soldado de los nuestros ha reconocido entre el gentío el rostro de un rebelde, un zelote que, hace unos días, se zafó de ser capturado. Los dos han cruzado sus miradas, el rebelde ha comprendido y ha huido mezclándose entre la gente que salía del Templo. También el soldado ha empezado a correr lanzando un grito. En cambio, todos nosotros hemos cerrado filas en torno al rey Herodes para que no le sucediese nada.

Pero la gente ha comenzado a chillar, las mujeres corrían detrás de los niños, los mercaderes se agazapaban tras sus cestas, las jaulas de los pájaros se han caído al suelo y se ha armado una gran confusión. Un hombre que quería cambiar de lugar sus sacos de cereales ha empujado a la joven. Todos corrían tratando de apartarse lo antes posible de nuestro camino, la calle se había vuelto peligrosa.

Por el rabillo del ojo he visto que la joven acababa en el suelo con la caja. La madera se ha roto por una parte, luego la caja ha rodado pendiente abajo y por el agujero astillado ha salido una tela roja oscura que se ha esparcido por la calle como un reguero de vino que saliera de un tonel. Entretanto, han alcanzado al rebelde.

Entre el gentío he visto que la muchacha arrastraba la caja hasta el borde de la calle y recuperaba la tela para que no la pisaran.

Cuando el soldado ha regresado, tiraba del rebelde por una cuerda anudada a sus muñecas mientras lo amenazaba con su lanza afilada. Hemos aflojado el cerco en torno a Herodes y el propio rey ha querido ver al hombre. Lo ha examinado con mordacidad.

Luego le ha ordenado al soldado que se lo llevara a la prisión.

—Si es uno de ellos, mañana estará crucificado —ha dicho en voz alta mirando hacia la gente.

En ese instante su mirada ha ido a parar a la muchacha que estaba tratando de guardar la tela con cierta dificultad.

El rey me ha preguntado asustado:

—¿Qué pasa ahí? ¿Qué pasa?

—Solo es una chiquilla —he respondido yo, que estaba al tanto de toda la escena.

—¿Qué esconde? —ha preguntado con la voz marcada por la rabia.

—Parece una cortina —he contestado.

—¡Ve enseguida a ver quién es y pregúntale lo que tiene en esa caja! —me ha ordenado girando los ojos de esa manera que provoca escalofríos y no promete nunca nada bueno.

Me he acercado y le he ordenado que se levantara.

—¿Quién eres? —le he preguntado.

—Miryam de Nazaret.

—¿Qué llevas en la caja?

—Una cortina.

—¿A quién se la llevas?

—La llevo al Templo —me ha respondido.

Me he agachado para tocar la cortina pero ella se me ha adelantado levantando la mano.

—Es para el Santo de los Santos —ha precisado poniendo también la otra mano sobre la caja y dándome a entender que no debía tocarla. Además yo no soy judío, soy de los *goim*, los paganos.

La he dejado allí, he vuelto junto al rey y le he contado todo. Herodes me ha escuchado y luego le ha dicho a la tropa que siguiéramos porque quería ir a ver las obras, como era su intención desde el principio.

Sin embargo, había cambiado de idea; quería verlas desde arriba, desde el viaducto. Pero antes de que nos pusiéramos en marcha me ha ordenado que siguiera a la chica, que la vigilara desde la distancia.

He renunciado ya a entender las extravagancias del rey. Siempre es peligroso hacerse demasiadas preguntas.

La muchacha ha terminado de meter la cortina en la caja, ha arreglado las tablas de madera como buenamente podía y lo ha atado todo con la cuerda. Luego ha cargado con la caja y ha subido hacia el Templo.

He comenzado a seguirla y me he detenido en el patio de los paganos. Más allá no puedo ir, está prohibido. Hay carteles con inscripciones que me prohíben seguir bajo pena de muerte. Herodes me ha dicho que la vigilase y que luego volviese para referirle lo que hacía. La miro desde aquí sin perderla de vista.

He renunciado también a entender a este pueblo. Llevo aquí tiempo pero no comprendo sus costumbres, todos sus detallados preceptos y todavía menos lo de su único Dios. Para no ofenderlo no rinden culto al emperador, no quieren tampoco que las enseñas imperiales entren en la ciudad.

¿Y qué decir de este Templo? Tan grande y cada día más hermoso; sin embargo, dicen que dentro no hay estatuas, ni ídolos. Ninguna imagen. ¿Será posible?

Entonces, ¿a quién adoran?

¿Qué rostro tiene su Dios?

¿Quién es?

Aron el maestro

Hacía días que no salía al patio del Templo. Evitaba cruzar todas las puertas que me conducían afuera. Hacía los recorridos más tortuosos, los giros más intrincados para ir de una parte a otra de este Templo en el que arrecian las obras, las tremendas obras de ampliación promovidas por Herodes.

Cada día que pasa me parece ver desvanecerse mis esperanzas. No quiero estar bajo el sol. La luz del sol, cruda, deslumbrante, me da una imagen de este país, un rostro que no quiero ver.

¿Dónde han ido a parar las promesas de Abraham?

¿Dónde las esperanzas de Moisés, la grandeza de David? ¿Por qué no surgen más profetas del dedo de Dios?

Pero hoy me han llamado. No quería ir, pero el levita que ha venido a buscarme me ha dicho que era importante y que debía salir enseguida al patio de las mujeres.

He salido y me ha deslumbrado el resplandor del sol. He tenido que ponerme una mano delante de los ojos, tanta era la luz que se reflejaba en el blanco del mármol.

El levita me ha señalado a una mujer joven.

—¿Quién es? —he preguntado yo.

La joven se ha acercado más y he reconocido a Miryam. Me despedí de ella hace unos meses, una chiquilla delgada y asustada ante todo lo que había fuera del Templo y que ella no conocía o no recordaba ya.

Ahora es una mujer joven, más alta, su cara apenas ha cambiado, pero es más madura.

Para mí la Ley es una red, una gran red de trama espesa. Todo lo coge, todo lo abarca. Sujeta a nuestro pueblo, que de otra manera estaría disperso y sería irreconocible en medio de los paganos. Los preceptos, los seiscientos trece preceptos que debemos respetar, no son más que la trama de esta red de la que todo buen judío debe desear no salir nunca.

En mi estudio de la Torah he visto que a veces la malla se ensancha. Que algunas celdillas ceden para permitir a Dios, bendito sea su nombre, hacer algo nuevo.

¿Qué decir del espíritu del Señor que descendió sobre los setenta ancianos alcanzando también a Eldad y Medad, los dos que se quedaron en el campamento en lugar de ir a la tienda de la reunión? ¿Y de la elección de Jacob en lugar de la del primogénito Esaú? Y Rut, una extranjera, ¿no fue madre de aquel del que descendía el rey David? Y la misma unción del futuro rey, ¿no le correspondió al hijo más pequeño de Jesé, un niño que pastoreaba cabras?

Dejar que Miryam escuchara, se quedara con alguna brizna de las enseñanzas a mis

discípulos, ha sido dejar que una celdilla de la red cediese. ¿Qué ha provocado? Creo que nada. Miryam no es más que una pobre chica que terminará sus días en la aldea de su familia. Nada más.

Esto es lo que me repetía para atenuar mi ánimo cuando Miryam estaba en el Templo y escuchaba a escondidas mis enseñanzas.

Esto es lo que trato de repetirme ahora que está de nuevo delante de mí.

—Miryam, ¿eres tú?

—Sí, *rabbi*, soy yo. He venido a traer la cortina para el Santo de los Santos —ha dicho señalándome una caja medio rota que estaba en el suelo, junto a sus pies.

—Bien, bien —he respondido mientras seguía mirándola como si hubiera algo más en su figura, algo nuevo que se me escapaba. Por otra parte, no podía pasar mucho tiempo contemplándola. En mi interior le he dado las gracias al hilo de púrpura que ha hecho lo que esperaba cuando le confié la tarea de tejer la cortina. A lo largo de estos meses me he imaginado muchas veces este largo hilo que atravesaba la tierra de Israel de una parte a otra, de Jerusalén a Nazaret y que, enrollándose, me la ha traído una última vez.

Al levita que permanecía a mi espalda le he ordenado:

—Deprisa, lleva dentro la caja, me reuniré contigo para examinar la cortina, la precisión con la que está realizada.

El levita se ha agachado, ha tomado la caja y se ha alejado hacia la entrada del Templo.

Miryam no se ha movido.

—Ven, vamos bajo el pórtico —le he dicho.

Nos hemos sentado en un rincón, dando la espalda a la gente que se agolpaba para escuchar las enseñanzas de los jóvenes maestros sentados a la sombra.

—*Rabbi*... —me ha dicho Miryam.

—¿Sí?

—Háblame del Mesías, de la hora del Mesías.

—Son muchos los que se han dedicado a calcular la hora de la llegada del Mesías, pero el tiempo establecido es un secreto que Dios, bendito sea su nombre, custodia más que a su pupila. Nadie sabe cuándo sucederá. Aunque si...

—¿Si...?

—Miryam, ve tú también lo que yo veo. Fue dicho: *Si ves los reinos confrontarse entre ellos, entonces busca los pies del Mesías*. La hora de su venida estará precedida de luchas, luchas encarnizadas. ¿Y no es esto lo que hoy sucede? Estamos bajo el dominio de una nación pagana que oprime al pueblo con sus tasas y vuelve impura a nuestra tierra. Nos alejamos del culto y de las tradiciones mientras cualquiera que ultraja el nombre de César es condenado, crece el número de rebeldes y aumentan las crucifixiones fuera de los muros de la ciudad...

Miryam, confusa, se mordía el labio inferior.

—¿Y qué decir de este Templo que crece bajo las órdenes de un falso rey como Herodes? —he murmurado temiendo que alguien me escuchara.

—¿Un falso rey?

—Sí, Miryam. Un impostor. Según la Torah un extranjero como Herodes no puede ser rey de Israel. Bien, cuando él lo supo preguntó quiénes serían los que le explicarían al pueblo ese pasaje de la Escritura. En cuanto localizó a todos los rabinos que podían interpretarlo de forma desfavorable para él los hizo matar como a perros. Y cuando se apoderó del reino hizo matar a cuarenta y cinco miembros del sanedrín y a los demás les confiscó los bienes para que quedara claro quién mandaba... —he explicado a Miryam, que seguía cada una de mis palabras arqueando una ceja—. Igual que ordenó matar a todos sus posibles contrincantes al trono.

—Pero, ¿entonces? ¿Qué ocurrirá?

—No lo sé. Es como si hubiera llegado el momento y al mismo tiempo se escurriera entre los dedos, hora tras hora... Si Dios suscitara de nuevo un profeta —he dicho— como en los tiempos antiguos... Si regresase nuestro profeta Elías, con su espíritu y su celo para indicarnos el camino, entonces, entonces tal vez el Mesías vendría...

—*Rabbi*, ¿qué dices? —me ha preguntado Miryam levantándose de repente—. Elías regresará, me lo has enseñado tú, Elías vendrá y vendrá el Mesías. Y por muy tarde que suceda no podemos desesperar y debemos aguardarlo como si pudiera llegar en cualquier momento, también ahora mismo... También aquí, entre tú y yo.

Miryam estaba de pie, ante mí, el rostro turbado; a su espalda el sol, ya alto en el cielo, me dañaba los ojos.

—Sí, Miryam, tienes razón, es así. Solo estoy cansado. Ven, ayúdame a entrar, aquí hay demasiada luz.

Miryam me ha acompañado sujetándome del brazo. Ya en la puerta, yo he entrado, ella no podía seguirme. Así que la he dejado en el umbral y he vuelto a la penumbra, dentro de las frías salas del Templo.

Al volverme, ella se estaba marchando ya; he dejado que se fuera.

No logro explicarme qué ha sucedido y por qué he dejado que fuera ella la que me recordara que el Mesías vendrá y que no debo desesperar.

¿Es posible que después de todo, de los millares de palabras estudiadas, de los sacrificios quemados en los altares, de la sangre que he visto correr desde la garganta de los corderos, de los chivos expiatorios que mi pueblo ha mandado a la muerte en el desierto, cargados de pecados, hoy, después de todo eso, la esperanza haya tenido que llegarme de Miryam?

¿Una muchacha de Nazaret, una de las aldeas más pobres, dispersas en el norte herético de nuestra tierra, receptáculo de rebeldes, en esa mezcla impura de razas y religiones que es Galilea? ¿Miryam, una mujer que no tenía que haber aprendido nada?

Me pregunto esto y siento que han terminado para mí los días de magisterio. No podré enseñar nada más a nadie.

Herodes el rey

Aquí llega Longinus.

Estamos en el viaducto que atraviesa la ciudad y conduce al Templo de los Judíos. Desde aquí veo el rebullir de las obras, el mármol que llega en grandes bloques, el oro en lastras finas. Veo cómo se levanta y se amplía el Templo que he deseado para que estos miserables me lo agradezcan el resto de sus días. Este Templo que pagan día a día con unas tasas cada vez más onerosas, pobres ilusos.

Longinus me dice que la chica ha dejado la caja, tal como dijo. Puedo quedarme tranquilo. Solo era una cortina para el Templo. Bueno, una preocupación menos.

Al ver ese tejido rojo púrpura, he pensado de inmediato en el emperador. En la púrpura de las togas, en el color del poder imperial. Es un color real, el color más digno para un rey.

“¿A qué viene tanta tela púrpura? Quién sabe si están preparando algo”, he pensado. “Algún acto que mantienen en secreto para un rey al que poner en mi lugar. Un nuevo rey. Al que reverenciar con todos los honores”, me he dicho estremeciéndome a causa del desprecio y la rabia.

Sí, porque eso es lo que quieren los rebeldes. Eso es lo que susurran todos los días a escondidas en las plazas, lo que traman en sus tugurios, en la espesura donde preparan la revuelta.

Por orden de los romanos, los sacamos de sus cubiles uno a uno para que acaben sus días en las aspas de la cruz o se pudran yendo a galeras, pero ellos continúan diciéndolo.

Un nuevo rey. Lo decían también algunos escribas que esperaban un rey legítimo y no me querían a mí. Ahora están bajo tierra y no hablan más. Y ese hijo de David, esa semilla de la casa real, nadie sabe dónde para ni dónde podría nacer. Pero cuando nazca, si es en mis tiempos, estaré preparado para sofocar sus primeros hálitos de vida antes de que los zelotes se entusiasmen demasiado.

Yo soy el rey y lo seguiré siendo.

No hice matar a mis contrincantes uno a uno para nada. El sumo sacerdote Aristóbulo III. Demasiado joven, demasiado aclamado el día de su ingreso en el Templo. Mi cuñado Yoseph. Mi mujer Mariamme. Su madre. Todos mis posibles sucesores.

Sí, es cierto, no se libraron ni mis hijos para que se supiese lo mucho que me importa el trono y qué fin tendría todo aquel que quisiera hacerse con mi puesto.

Hice que un hermano mayor y más fuerte estrangulara a dos de mis hijos. Luego le envenené para que no pudiera testificar en mí contra algún día.

No he hecho todo esto para nada. Para que un día llegue cualquier otro a quitarme el trono.

Este es el motivo de que no pueda dejar pasar nada, nada que ocurra en esta ciudad, en esta tierra que está bajo mi dominio por deseo expreso de los romanos. Por eso he mandado a Longinus para que siguiera los pasos de esa muchacha. Para que no se me escape nada.

Yo soy el rey. No hay nadie más.

No será fácil que me echen aunque de vez en cuando haya alguien que se empeñe en recordarme que voy a morir. Pero también he pensado ya en ese día. Daré disposición para que el día de mi muerte sean arrestados y asesinados hombres en toda Judea. Para que en todas las familias se llore. Aunque no quieran llorar por mí, ¡obtendré un luto gigantesco ese día!

—¡Ahí está! —me dice Longinus sacándome de mis tenebrosos pensamientos. Me señala a la chica que sale del patio de las mujeres y se dirige hacia la Puerta Bella.

La miro de nuevo y decido dejarla ir, que regrese al lugar de donde ha venido.

Sí, no debo bajar la guardia pero tampoco perder la calma y la lucidez. La chica es solo una sierva que ha llevado una cortina al Templo, dejaré que se marche. ¿Qué peligro puede traerme alguien como ella?

Ahí está, en medio de cientos de mujeres, ya se ha perdido entre las demás, igual a ellas, insignificante.

Veriah la cortina

El levita deja la caja, quita la tabla partida y me saca fuera. Parece sorprendido de la perfección y delicadeza de mi textura.

Llama a otro siervo. Me desenvuelven juntos, me dejan en el suelo gélido de una de las salas del Templo y abren cada uno de mis pliegues.

Intercambian opiniones y deciden que me sustituirán por la vieja cortina, montándome en los soportes, el próximo Yom Kippur.

Ese día el sumo sacerdote entrará en el Santo de los Santos apartando uno de mis bordes para después cerrarlo de inmediato tras su espalda.

Se presentará con sus paramentos sagrados: el turbante morado; la lámina de oro sobre la frente con la escritura “consagrado al Señor”; la larga túnica blanca, sobre la que llevará el *efod*, la túnica corta tejida con los cuatro colores sagrados mezclados con hilo de oro; el pectoral con las doce gemas encastradas, cada una de ellas tocante a una de las tribus de Israel; el manto morado; los pies descalzos.

El sonido de las campanillas de oro cosidas al borde de la túnica me anunciará su llegada.

Estaremos solos, el sumo sacerdote y yo. Sí, porque en el Santo de los Santos no hay nada. Ni siquiera el Arca de la Alianza con las Tablas del Pacto, que se perdió, fue robada. Desde hace decenios, en su lugar, tan solo hay un vacío que hace resaltar todavía más la grandeza de la unicidad del Señor Dios.

De la boca del sacerdote escucharé el nombre impronunciable, el nombre Santo de Dios. El sumo sacerdote es el único que lo conoce ya que solo es transmitido secretamente a aquel que accede a este prestigioso encargo.

El nombre de Dios se pronuncia una sola vez al año en el día de Yom Kippur, cuando Dios juzga a todos los hombres.

El juicio se realiza de la siguiente manera: Dios, bendito sea su nombre, juzga a cada hombre individualmente. Ve todas las acciones que ha realizado durante el año anterior y decide en ese momento el castigo o el perdón. Son días terribles para los israelitas porque saben que Dios puede elegir sentarse en el trono del Juicio o en el de la Misericordia.

De eso depende su salvación. Y mientras mandan a un chivo expiatorio a morir en el desierto, atan un hilo de púrpura a la puerta del Templo, un hilo cuyo color se atenúa con el tiempo y se decolora, signo del perdón concedido.

No saben que está a punto de llegar un nuevo día. Y que Dios ha mandado ya a su Mesías, oculto en el seno de una joven virgen, y será indefenso como un recién nacido, crecerá como un pobre, será humilde como un siervo. El Mesías estará en manos de los

hombres y ellos deberán juzgarle. A causa de su suerte, los corazones se dividirán, todos tendrán que pronunciarse.

Habrà un veredicto que entre los àngeles del cielo parece inadmisibile pero que Dios no impedirà.

Èl serà el sacrificio y el bautismo.

Yo, la cortina que separa el Santo de los Santos, tejida por Miryam de Nazaret, madre de Yeshua, no tengo voz y ese día no podré hablar.

Pero mi tela se desgarrará como un grito.

Por su sangre derramada, me desteñiré.

QUINTA PARTE

Maaca la criada

La muchacha solo ha estado un día fuera pero la he echado en falta. Creo que Elisheba también: me la he encontrado más de una vez sentada delante del telar vacío de Miryam mientras tocaba el armazón sin decir una palabra.

Ya era de noche cuando Miryam ha regresado de Jerusalén.

Estaba cansada del viaje. Apenas la he visto llegar, he corrido a su encuentro y la he ayudado a entrar. Le he desabrochado los zapatos y le he dado de beber. Le he preguntado por qué no se había quedado en la ciudad por la noche, en vez de volver enseguida.

Me ha respondido que quería regresar junto a Elisheba.

—¿Has llevado la cortina al Santo de los Santos? —le he preguntado.

—Sí, lo he hecho —ha respondido ella permaneciendo sentada.

Cuando ha llegado Elisheba, bamboleándose a causa del peso, se ha sorprendido al verla ya aquí y la ha abrazado contra su cuerpo como si hiciera semanas que no la viese.

Miryam le ha preguntado si iba todo bien.

Elisheba le ha respondido que sí y con una caricia le ha colocado bien el cabello que le salía por debajo del velo y le tapaba los ojos. He visto que Miryam cerraba los ojos y acompañaba con el rostro la caricia de Elisheba.

Entonces mi ama me ha pedido que me la llevara y la ayudara a tenderse en el jergón porque necesitaba dormir.

Así que he tomado a Miryam por el brazo y la he llevado hasta su jergón. Pero antes de que me fuera, Miryam me ha dicho que tenía hambre.

—¿Tienes un trozo de pan? —me ha pedido con los ojos ya cerrados.

Le he llevado la comida, unas sobras. En casa de Elisheba no falta nunca nada y, por eso, le he preparado una escudilla de sopa de legumbres, pan, un resto del pescado que hemos comido, fruta.

Miryam se ha incorporado para sentarse y se lo ha comido todo, una cosa tras otra. Ha bebido tomando el cáliz con las dos manos y se ha puesto a comer nuevamente untando la escudilla con el pan.

—Te pareces a... —le digo divertida mientras la miro comer con tanto apetito.

—Dime, Maaca, ¿a quién me parezco?

—A un zorrillo voraz en medio de una viña —le he dicho—. O a una pobre mujer que se ha estado todo el día dando vueltas a la rueda del molino.

Miryam ríe recogiendo y masticando las migajas, las cortezas caídas sobre su túnica.

—Mejor dicho, ¡te diré que me recuerdas a Elisheba en los primeros meses de su

embarazo! –le digo al final, pensando con cuánto apetito se abalanzaba sobre la comida mi ama.

Miryam traga el último mordisco, se pasa la manga de la túnica por los labios y se tiende sin decir ni una palabra.

Yoseph el carpintero

¿Cuánto hace que Miryam se marchó?

Me levanto haciéndome esta pregunta todas las mañanas. Como si pudiera olvidarlo. En la pared al lado de la cama he ido dibujando signos con mi cuchillo. Los he puesto en series de diez. Cojo el cuchillo que tengo bajo el jergón y, sin levantarme, clavo la punta de la hoja sobre la arcilla seca del muro.

Es el último signo de la octava fila. Hoy hace ochenta noches y ochenta días que Miryam no está en Nazaret. Ochenta.

Cuando compro o vendo, hago la cuenta y señalo los números con las letras. *Aleph* es uno, *he* es cinco, *iod* es diez, *kaf* es veinte... La letra que significa ochenta es la *peh*. *Peh* quiere decir boca y, en efecto, el signo que la representa parece una boca abierta. Hay gente que dice que es el signo del peligro, peligro de mentira y de cotilleo. Ochenta días. Una boca abierta de la que salen palabras malignas como las que ya van de boca en boca en la aldea.

—La hija de Yoachim no vuelve.

—Miryam se ha ido.

—¡Todo antes que estar con Yoseph!

Sé que la gente comenta ese tipo de cosas.

Me levanto, me pongo los zapatos y empiezo a trabajar. Hoy tengo que prepararlo todo, es día de mercado: escabeles, sillas, mesas bajas, cajas, telares, ruedas para carros y lo demás.

La mañana transcurre lentamente. Vendo pocas cosas, arreglo otras por unas pocas monedas.

Me siento en el suelo y, como algo que saliera de las profundidades, vuelve a mis ojos el sueño que he tenido esta noche. Miryam y yo que nos casábamos, bajo la *khuppa*, la cortina abierta sujeta por cuatro palos dispuesta bajo las estrellas. Las estrellas. Dios le prometió a Abraham que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del firmamento; se lo prometió justo en el momento en el que Abraham desesperaba ya de tener descendencia. Abraham creía y creer en la promesa fue su justicia, su mérito más grande.

En el sueño he visto a Miryam girar siete veces en torno a mí, como debe hacer la esposa. Lentamente, con gracia, Miryam giraba mirando hacia mí a través del velo fino que le cubría la cara. Siete veces. Como cuando Yosué giró en torno a la ciudad enemiga con su ejército tocando las trompetas y al séptimo giro se derrumbaron las murallas. En el sueño Miryam no era un caudillo, no tenía un ejército, no había trompetas. Pero en el

séptimo giro, he oído que en mí todo se derrumbaba y no quedaba nada en pie. Me habían vencido.

También ahora, con el solo recuerdo del sueño, en pleno día y en medio del mercado, soy una ciudad en ruinas asediada por la belleza de mi prometida lejana.

Cuando el sol está alto en el cielo y la gente comienza a marcharse, recojo mis cosas. Antes de ir a comer un trozo de pan, decido acercarme a ver a Saúl, un anciano artesano de la aldea. Trabaja el metal con sus hijos. Llevo todo el día mirando la llama que arde en su horno. Alimentan el fuego todo el tiempo y hacen aire con grandes fuelles. Sus pieles están curtidas por el sol y el calor, tienen las manos negras. Funden metales: cobre, hierro, plata y oro.

Me aproximo al viejo, inclinado sobre un pequeño crisol de piedra. Levanta la cabeza, me mira y esboza una sonrisa mostrando los pocos dientes que le quedan.

—¡Es oro! —dice orgulloso con un hilo de voz.

El metal comienza a fundirse. El crisol desprende calor, el hombre está muy próximo, no sé cómo logra no quemarse.

Pienso en Miryam, en el anillo de bronce que lleva en el dedo. Me pregunto cuántas sillas y cuántas ruedas tendría que vender para poder comprarle un anillo de oro.

¿Cuándo regresará Miryam?

¿Qué está haciendo?

Este período de tiempo ha sido un crisol.

Ha deshecho, ha fundido, disuelto todo lo que yo había imaginado. No la quería y sin embargo fue ella la que se adueñó de mí con una sola mirada en el Templo, la que me atrapó el corazón aquel día en el carro que nos conducía a Nazaret. No buscaba una mujer, pero desde el día que la volví a ver todo cambió.

Luego, cuando la pedí por esposa, ella se fue lejos.

Mientras el viejo saca las impurezas que parecen flotar en el oro reluciente del crisol, me arde el pecho. Saúl quita grumos, trocitos de piedra, pajitas, con gestos precisos y ligeros. El oro que quedará al final será puro.

Siento por primera vez el dedo de Dios sobre mí. Me doy cuenta de que, día a día, el Señor Dios ha ido tomando de mi noviazgo todo aquello que yo había imaginado y lo ha tratado como sobrante. Ha quitado, ha separado. No sé qué quedará, no sé siquiera si quedará algo.

Este tiempo de espera en el que Miryam está lejos ha sido mi crisol.

Dios me ha puesto a prueba con el fuego, con el amor que no esperaba, me ha probado en el crisol de la espera y del no saber.

Mientras todo arde, para mi sorpresa queda algo. Mi corazón, que late fuerte en mi pecho mientras permanezco de pie delante del viejo Saúl que trabaja.

Un corazón líquido, brillante como el oro que el artesano ha terminado de purificar y que ahora vierte con atención en un molde.

Un corazón hirviendo que se enfriará, tomará una forma que no conozco todavía.

Quiero volver a verla.

Maaca la criada

Los dolores de parto le han llegado a Elisheba en pleno día. La he oído llamar mientras daba de comer a los animales. Lo he dejado todo para ir con ella y me he encontrado con que Miryam ya estaba a su lado.

—Maaca, Elisheba está de parto —me ha dicho tendiéndole la mano.

Elisheba tenía las piernas abiertas y se había tendido en el suelo apoyada sobre los codos.

—Quédate con ella, voy a encender el fuego —le he ordenado.

He prendido la leña y las brasas que había cubierto con ceniza dentro del horno. En cuanto se ha levantado la llama y ha empezado a crepitar entre la leña menuda y seca, he corrido fuera para coger agua. He hecho el camino dos veces para llenar dos jarros grandes y luego he ido a llamar a Zacarías y a la partera que trae al mundo a los niños de Ein Karen.

Al regresar, Elisheba sufría y se agitaba sobre la estera. La partera le ha levantado la túnica y ha dicho que todavía no había llegado el momento. Que debía soportar los dolores propios de Eva, que preparan el camino al niño. Miryam seguía a su lado, le mojaba la cara, le hablaba en voz baja, pero parecía asustada.

No le he preguntado si había visto alguna vez nacer a un niño. Aunque no fuera así, ha llegado el momento de que lo vea.

—Ánimo, Elisheba, ya verás como será un chico —le da fuerzas la partera. Inmediatamente después empieza a dar órdenes. Traer el agua hirviendo en una olla de cobre, ir a buscar paños de lino limpios, un cuchillo bien afilado, un taburete.

Ahora los dolores van y vienen. En las pausas largas Elisheba se limpia el sudor que le cae de las sienes.

Hacia la hora nona los dolores se hacen más moderados, hasta que desaparecen del todo. A Elisheba le da la impresión de que no va a suceder nada más.

Entonces la partera mete su mano bajo la túnica de Elisheba, trata de forzar el útero que parece que no quiere abrirse. Elisheba grita apretando los muslos y luego se pone de lado. Pero la partera nos dice:

—¡Incorporadla! —y nos ayuda a levantarla por las axilas.

La ponemos en pie para que el niño baje. Elisheba protesta, quiere tumbarse de nuevo, pero la partera se lo impide y le pregunta:

—¿Es que quieres morirte y que se muera el niño que tienes en tu seno?

Por fin Elisheba se convence y se queda de pie. Dobla las rodillas ligeramente, su rostro está surcado por unas arrugas como cortes que dan fe de todo su esfuerzo y su sufrimiento. Y casi de inmediato rompe aguas, su túnica se empapa y se forma un charco

sobre el suelo.

Un reguero de sangre se derrama por uno de sus muslos.

Desde este momento todas somos impuras. Todo aquel que toca la sangre del parto de una mujer permanece impuro durante siete días. La mujer lo será durante treinta y tres si pare un varón, el doble si es una hembra.

La partera nos dice que traigamos el agua hirviendo, que pasemos el cuchillo por la llama. Miryam va enseguida.

Pero antes de ir a buscar lo necesario, Miryam sale corriendo de la casa. Desde la ventana baja, la veo apoyarse en la higuera, doblarse en dos, vomitar, limpiarse la boca con la manga de la túnica.

Instantes después de que haya roto aguas, Elisheba comienza a tener dolores de nuevo, cada vez más intensos, tanto que no puede hablar, ni rogar. Su cuerpo está atenazado por el dolor que le hace tensar los músculos, tomar aire con fuerza y echarlo, gritar y apretar la mano y el brazo de Miryam como si fuera una soga que la mantiene sujeta al suelo mientras una tempestad trata de arrancarla de cuajo.

El sufrimiento dura todavía mucho más. Fuera va cambiando la luz y Miryam enciende una lámpara para iluminar la estancia. Elisheba está agotada cuando llega para ella el momento de empujar. La partera la hace sentarse en el taburete y se pone de rodillas, apoyada en los talones, justo delante de ella.

Miryam y yo sujetamos a Elisheba por ambos lados.

Ella resopla y grita cada vez que llega una contracción, su vientre se contrae bajo la túnica ya sucia de sangre, su pecho sube y baja siguiendo el ritmo afanoso de la respiración.

De pronto se ve la cabeza del niño. La partera grita y ordena a Elisheba que empuje con todas las fuerzas que le quedan. Elisheba estira los pies, aprieta nuestros brazos hasta clavarnos las uñas en la piel, emite un sonido hondo y lúgubre. Empuja tanto que sus rodillas empiezan a temblar. El bebé sale y llora con ese llanto que cura todos los dolores. Que exalta y encoge el corazón al mismo tiempo.

—Bienvenido, hijo de Israel, que tú puedas ver el día de nuestra redención y de nuestra liberación.

Así le dicen en voz baja a este hijo de Elisheba, a este hijo nuevo salido de un útero que estaba ya muerto.

La partera lo coge poniéndole una mano bajo la nuca y la otra en la espalda y las piernas todavía dobladas. Lo posa sobre las rodillas de Elisheba y dice:

—Elisheba, da gracias a Dios, ¡es un varón vigoroso y fuerte!

Luego limpia la cara del niño, la nariz, la boca.

Toma el cuchillo envuelto en paños de lino y corta el cordón con un gesto seguro.

—Ahora haz que se tumbe —me dice—. Y tú, muchacha, cógelo —ordena a Miryam poniéndole en los brazos al niño todavía manchado de sangre.

Miryam agarra un paño con rapidez y coge al niño en brazos. Lo aproxima a su pecho con ternura y miedo. Permanece en pie, mirándolo. Su cara sobre la del niño, cerquísima una de la otra. Dice algo que no entiendo.

Mi madre decía siempre que una niña se hace mujer cuando se casa y conoce a un hombre. Yo nunca lo creí. Cuando me tocó, conocí íntimamente a mi marido y seguí siendo la misma chiquilla que trepaba descalza a la higuera para coger sus frutos y perseguía a las hormigas en el muro.

Yo creo que si hay un momento en el que te haces mujer es cuando ves nacer a un niño.

Por eso, inclinada sobre Elisheba, aún necesitada de atención, observo durante mucho rato a Miryam venir al mundo como mujer.

Zacarías

el sacerdote

*F*uera del cuarto donde Elisheba está gritando a causa de los dolores del parto, espero que alguien me diga que ha nacido mi hijo.

Elisheba dice que será un niño como todos. Pero yo sé que no es así, me lo dijo Gabriel.

Temo a este niño que mi mujer ha llevado en su seno. Si es un profeta como dijo Gabriel, también me juzgará a mí. Lo veo, pequeño y desnudo, pero ya erguido, ya dotado de la palabra como un hombre hecho y derecho, lo oigo denunciar mis errores.

Este niño será fuego. Y yo no estoy seguro de estar preparado para pasar por el fuego.

Miryam

“*E*stoy aquí para esto –me repetía mientras Elisheba gritaba a causa de sus dolores–. Estoy aquí para esto”, me decía sin detener la carrera de mi corazón, que se había puesto a latir veloz en cuanto comprendí lo que estaba a punto de suceder.

Trataba de hacer lo que me pedían, asistir a Elisheba, seguir las órdenes de la partera, pero tenía la cabeza embotada y fuertes náuseas. He comprendido clarísimamente que eran los síntomas del embarazo. Estaban bien claros para mí. Pronto serían evidentes para todos. Me he ensanchado algo más la túnica y me he puesto a la tarea.

Pero cuando Elisheba ha roto aguas, al ver el suelo mojado, al notar el olor del sudor, de la sangre, he tenido que salir corriendo. La partera me había pedido que pasara la hoja del cuchillo por el fuego, pero antes he tenido que salir fuera de casa. Me he apoyado en la higuera, he doblado el cuerpo y por primera vez he vomitado todo lo que tenía en el estómago.

Me dolía el abdomen comprimido y sentía las piernas flojas, sin fuerza. Me he caído de rodillas y he dicho en broma:

—Mira, niño, mira a tu madre que se inclina como solo está permitido hacerlo delante de Dios.

A causa de los embates de mi cuerpo, que ya parece no querer obedecerme más, me inclino ante este niño misterioso, misterioso rey que ya tiene su dominio en mi seno.

Él está dentro de mí pero yo también me siento dentro de él. Como Azarías, Hananías y Misael, estoy dentro del fuego. Yeshua es mi horno, un fuego que me sostiene y no me consume. Una llama y una brisa juntas.

Mi niño es todo esto. Anunciado por un ángel, enviado al lugar más bajo de esta tierra dominada, a mi impura Galilea; formado en el punto más bajo de nuestro pueblo, en el seno de una mujer, y por si no fuera suficiente, en el seno de una muchacha sin marido todavía, expuesta a las calumnias y a las piedras.

Me he limpiado deprisa y he vuelto dentro.

Mientras Elisheba soportaba las vicisitudes del parto, he pensado en las suertes del sacerdote del Templo. Los discos con una cara negra y una blanca. *Rabbi* Aron me dijo que el sacerdote los consulta para tener una respuesta de Dios cuando no sabe, cuando necesita permiso para hacer algo, para tomar una decisión. Dos negros, “no”; uno blanco y uno negro, “espera”; dos blancos, “sí”.

Me parece tan extraño que Dios responda por medio de las suertes. Pero todavía es más increíble que haya mandado a Gabriel desde su trono hasta mí para que yo respondiese a su pregunta. ¿No es, como dice el salmo, toda la tierra de Dios? ¿Entonces

por qué mandó a Gabriel?

¿No podía hacer conmigo lo que quisiera de cualquier manera? Pero Gabriel se quedó hasta que dije sí. Mientras Elisheba sufre en su dolor pienso que, quién sabe, que quizá en el *tohu wa bohu*, en la oscuridad y la nada antes de la creación, Dios pidiera también permiso para hacer la luz.

Ahora Elisheba está sentada y empuja. Yo la miro a veces, a veces giro la cabeza. Luego, cuando el bebé sale, quiero mirar, es más fuerte que yo, también el miedo que siento. Oigo llorar al niño. El niño sucio y mojado. Veo la sangre.

Observo cómo se hace. El cuchillo corta el cordón denso. Las manos rojas de la partera toman los paños de lino blanco y limpian el rostro del niño.

Lo pone en mis brazos. Pesa poco más que un racimo de uva grande, está caliente, tiene los puños cerrados y llora con fuerza abriendo la boca de par en par y moviendo la lengua pequeña y rosa. Se calma unos instantes después. Por un momento abre los ojos, redondos, oscuros.

Este es el niño que Gabriel me ha ofrecido como prueba de lo que me sucederá a mí. Este es el niño salido del seno estéril de Elisheba, el que se transformará en un gran profeta como Elías, tal como oyó Zacarías con sus oídos sin creérselo con su corazón. Él mismo. Está aquí, vivo, entre mis brazos y significa que también yo seré madre, dentro de pocos meses, tal vez en *Kislev*, cuando haga frío. Y seré madre del hijo de Dios, el Altísimo, el Eterno.

El bebé continúa con los ojos abiertos fijos en mí. Veo en su ojo mi reflejo, como aquel día en el pozo de Nazaret.

Si Dios, bendito sea su nombre, quiso conocer mi voluntad, es esta. Que sea su deseo, que venga este niño que llevo ya en mi seno y borre todo este vacío, este espacio vacío dentro de mi corazón.

El vacío de mis ataduras rotas, de mi familia. El vacío del Templo sin el Arca de la Alianza. El vacío dejado por los profetas, a causa del rey legítimo que ya no tienen.

Sí, que venga Yeshua y sea lo que tiene que ser y aún no sé, que haga aquello para lo que sea mandado y que todavía no entiendo.

—Sí—digo de pie, en medio del cuarto—. Sí.

Dos discos blancos.

Lllaman a la puerta. Debe de ser Zacarías.

Elisheba la pariente

Hoy hace ocho días que nació mi hijo.

Aprieta la boca contra mi pecho, llora cuando tiene hambre, se duerme si lo mezo en la cuna que cuelga del techo junto a mi cama. Pero la mayor parte del tiempo está en mis brazos. Me gusta mirarlo, ver en su nariz, en la barbilla, el perfil de mi padre, en la frente y los ojos la cara de Zacarías.

Zacarías.

Desde que nació el niño no se aparta de mí. Parecemos dos tortolitos. Está siempre junto al cabecero de mi cama, nos mira absortos al niño y a mí, me colma de amabilidades. Pero no ha querido tocar al bebé, todavía no. Si se lo pido, sacude la cabeza.

Pero hoy tendrá que cogerlo en brazos porque va a venir el rabino para circuncidar a nuestro hijo como ocurre con todos los varones de nuestro pueblo. Un cuchillo rozará su cuerpo y esa será la señal de que el niño pertenece al Señor Dios como todo Israel. Es el *berit milá*, el pacto del corte.

Aquí están, ya vienen. La *milá* se realiza por la mañana porque es necesario estar despejado para seguir los preceptos.

Oigo a la gente entrar en casa, sus voces, sus saludos.

—¡Maaca! —llamo desde la cama.

Ella llega, está muy atareada. Ha preparado la comida para el festejo que celebraremos con vecinos y parientes después de la circuncisión.

—¡Aquí estoy! ¡Han llegado! —me dice. Con ella viene Miryam también.

—Ayúdame, quiero estar sentada.

Maaca me sostiene mientras Miryam me acomoda la almohada tras la espalda, luego me arregla el pelo y me sonrío.

La circuncisión se hará aquí, yo no puedo levantarme aún. Alargo una mano hacia la cuna, aparto la toquilla que cubre al niño. Duerme. Miryam lo coge en brazos con delicadeza y me lo acerca.

Le beso su cara sonrosada, lo abrazo.

Ya llegan.

—¡*Shalom*, Elisheba! —me dice el rabino—. ¡*Shalom, zakar*! bienvenido, hijo varón! —añade agachándose hacia el niño.

Detrás de él vienen Zacarías y otros parientes. Todos me saludan y se alegran por mí, tan mayor y sin embargo madre.

Zacarías, que los ha acompañado al cuarto, viene a buscar al niño. La circuncisión corresponde al padre.

Le paso al bebé, que acaba de abrir los ojos.

Zacarías alarga los brazos, veo que le tiemblan las manos.

—Arriba, arriba —le digo. Por fin lo coge, me sonrío a duras penas, luego se acerca

al rabino.

Rezamos. Zacarías posa al niño sobre las rodillas del rabino, que lo sostendrá mientras será circuncidado.

Lejos de mí, el bebé ya está llorando.

No me imaginaba que sentiría una emoción tan fuerte. Todo mi cuerpo se siente atraído por el bebé lloroso, siento los músculos tensos como la cuerda de un arco a punto de lanzar una flecha. Aprieto la manta entre las manos.

El cuchillo, Zacarías lo tiene en la mano. Le quitan las fajas al niño y el filo corta un trocito de piel.

El niño chilla, el rabino recita la bendición.

Siento el sabor de la sangre en la boca, debo de haberme mordido el labio ante el temor de que le hicieran daño. Pero ahora me siento orgullosa como la madre de un vencedor.

Maaca trae el cáliz del vino y, mientras fajan al niño de nuevo, Zacarías deja el cuchillo y levanta el cáliz. El rabino recita la bendición final y luego mete el dedo en el vino y moja los labios de nuestro hijo, que continúa chillando. Todos ríen y le desean una vida feliz al niño, a Zacarías, a nuestra familia. Todos quieren verlo. Finalmente me lo dan otra vez.

La *milá* tiene que concluir con la imposición del nombre.

Y, en efecto, el rabino pregunta:

—¿Cómo se llama vuestro hijo?

Zacarías me mira y yo pienso en lo que sucedió ayer por la noche.

Antes de dormirnos, Zacarías me escribió un nombre en la tablilla. Leí “Yohanan”. Entonces Zacarías señaló al niño que dormía. Comprendí que quería llamar así a su hijo.

—¿Por qué? —le pregunté.

Él me tomó las manos y las apretó entre las suyas, luego las llevó a su boca, muda desde hace meses.

En ese momento, entendí.

—Entonces es verdad —farfullé—, es verdad que viste un ángel del Señor en el Templo...

Él asintió.

—¿Fue él el que te quitó la voz? ¿Fue él el que te dijo que el niño tenía que llamarse así?

Zacarías asintió de nuevo.

Sentí una gran pena por mi marido y por primera vez vergüenza por haberlo alejado injustamente de todos.

Entonces le prometí que hoy diría ese nombre, Yohanan, para nuestro hijo.

Observo a Zacarías al lado del rabino. Me parece exhausto, como al final de un trabajo muy largo. Un trabajo extenuante. Estos meses deben de haber sido un tormento para él.

El rabino me apremia:

—¿Cómo se llama el niño?

Entonces digo:

—Yohanan, el niño se llama Yohanan.

Zacarías me sonrío, su frente surcada por las arrugas de la espera se serena por fin.

Uno de los parientes toma la palabra para preguntar:

—¿Por qué ese nombre? ¡No hay nadie en nuestra casa que se llame así! Zacarías, tú, ¿qué dices? ¿No es mejor ponerle el nombre de tu padre?

—Sí, un nombre de la casa –interviene otro tirando de la manga de su túnica.

Zacarías toma la tablilla que lleva en el bolsillo y escribe con un punzón, luego la muestra al rabino y a los demás.

El rabino lee en voz alta y dice:

—Yohanan es su nombre.

Todos me miran. Piensan que este nacimiento me ha turbado la mente y que he doblegado la voluntad de mi marido. Pero yo nunca he sido tan lúcida y al mismo tiempo tan dócil con respecto a los deseos de Zacarías.

Este niño ha crecido en mi seno yermo, un ángel sopló en el oído de su padre el sonido del nombre que teníamos que darle.

¿Qué podría decir yo?

¿Y ellos qué quieren? ¿Qué saben ellos?

Zacarías el sacerdote

Elisheba ha mantenido su palabra y ha dicho que se llamaría Yohanan.

Entonces la gente se ha alborotado y yo he escrito el nombre del niño tal como lo oí de la boca del ángel del Señor Dios en el Templo, delante del altar del incienso.

He sentido una alegría inmensa al escucharlo repetido por el rabino y los demás presentes. Habría querido bendecir a Dios, entonar una oración, cantar, bailar como David delante del arca.

Ha sido en ese instante cuando he oído que algo salía de mi garganta, algo que en un primer momento no he podido reconocer.

Una especie de sollozo, un golpe de tos y luego una voz ronca que se ha ido aclarando poco a poco. Mi voz, el sonido de la voz, un aliento de palabras que salía de mis labios.

He comprendido por fin que la profecía del ángel se había cumplido en todo. Elisheba había concebido, Yohanan había nacido, le habíamos impuesto el nombre, mi lengua se había soltado. Este era el sello. Todo se había cumplido según la palabra del ángel. Así que he dicho:

—¡Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo!
¡Bendito Dios, que no ha olvidado su alianza, el juramento hecho a nuestro padre Abraham!

Hablaba, podía hablar de nuevo. Como hielo que vuelve a derretirse en un reguero de agua, como un animal desatado, obligado a salir de la cuadra, así mi voz abandonaba mi cuerpo y llenaba el aire. La gente que estaba allí ha dado un paso atrás... ¡Era como si se hubiera encendido un fuego en medio de la estancia! Yo era el fuego y mi voz hacía palidecer el rostro de los que ya me pensaban mudo para siempre.

Entonces he ido donde Elisheba, he cogido en brazos a mi hijo Yohanan, esta vez sin temblar, lo he subido en alto y he dicho:

—¡Tú, niño, tú serás llamado profeta del Altísimo porque prepararás la llegada del Mesías! ¡Vendrá a visitarnos desde lo alto como un sol que surge, iluminará a quien esté en las tinieblas, guiará nuestros pasos por el camino de la paz!

Me impelía una fuerza y las palabras salían solas mientras la gente seguía mirándome sorprendida.

—¡Zacarías habla!

—¡Dios sea loado! ¡Zacarías ya no está mudo! —han gritado algunos ahogando mis palabras y mi voz reencontrada. Elisheba se ha levantado y ha sido necesaria la resolución de Maaca para obligarla a permanecer en la cama.

En los ojos de todos podía leer el estupor y un temor que les hacía mantenerse a

distancia. Como si yo estuviera más enfermo que antes, como si el prodigio pudiera contagiarles y hacer salir de sus gargantas una voz escondida, una voz de profecía que no quisieran tener jamás.

Sí, porque lo que he dicho es una profecía. Mi hijo Yohanan ha venido para abrirle camino al Mesías.

Miro a los ojos a la gente de Ein Karen, que ha venido para celebrar una circuncisión y ha acabado atrapada por una profecía que no se esperaba. Examino los rostros. Sombríos, asustados, atónitos.

Después, mi mirada se detiene en Miryam.

Quieta, radiante, para nada impresionada, me devuelve la mirada.

Parece que no esperaba otra cosa.

Miryam

Ya es de noche. La fiesta en honor del niño ha concluido. Maaca y yo nos hemos encargado de los platos y las provisiones. Ahora estoy fuera, en el huerto. Me siento en el banco de piedra y apoyo la espalda en la pared externa de la casa. Está caliente, devuelve el calor del sol que le ha estado dando durante todo el día.

Levanto la mirada y miro las estrellas clarísimas sobre mi cabeza. ¿Cómo ha dicho Zacarías? Ha dicho que Dios ha mantenido la promesa hecha a Abraham, que Dios, bendito sea su nombre, no se ha olvidado de su pueblo y enviará al Mesías a Israel.

Israel, su pueblo, la rosa entre espinas. Que vive a veces en el Juicio y a veces en la Misericordia. Pienso en los dos tronos, el del Juicio y el de la Misericordia, de los que depende nuestra suerte.

Un día oí decirle al *rabbi* Aron que hay doce horas en el día; en las primeras tres Dios, bendito sea, se dedica a la Torah; en las segundas tres juzga a todo el mundo y cuando ve que merecería la destrucción, se levanta del trono del Juicio y se sienta en el de la Misericordia.

Apoyo las manos en mi vientre.

—Yeshua, ¿ves las estrellas del cielo? —pregunto en voz baja—. Fue el Señor el que las fijó en la bóveda del firmamento. Y en la bóveda de mi vientre te fijó a ti.

Me imagino la oscuridad de mi vientre y me parece ver un centelleo, un resplandor. Llevo una luz en el vientre, un sol antes del amanecer.

Mañana mismo partiré para Nazaret. No puedo quedarme aquí más tiempo, cada día que pasa mi embarazo se hace más evidente. Solo se producirían rumores y no quiero que Elisheba los oiga y contaminen su casa.

Ahora sé que mi viaje ha terminado. Ha terminado este tiempo suspendido, que me ha sido regalado para que comprendiera todo lo que puedo comprender, para que comience a caminar en la fe como hicieron mis padres antes de mí. Para que no tema elegir un camino nuevo que ellos no conocieron.

Regreso a casa de mi padre y de mi madre. Regreso y deberé afrontar el tribunal de la aldea. Estarán el rabino, el casamentero, todas las mujeres y sus lenguas. Pero, sobre todo, estará Yoseph. Por cómo me mire comprenderé lo que encierra su corazón y la suerte que voy a correr.

Pero yo tengo confianza. Siento que no seré la tumba de este niño, Yeshua vivirá.

Hablo con Yeshua, hablo, hablo. Le digo que no debe tener miedo, que somos él y yo. Él y yo ligados en un mismo cuerpo, frágiles y fuertes a la vez.

Me saco del bolsillo el peine de Yoseph. Sonríó amargamente pensando que ha llegado el momento de que los nudos se deshagan. Las aguas de Elisheba, la lengua de Zacarías, el pacto entre Yoseph y yo.

Tal vez el nudo que nos ata se rescinda, tal vez el pacto con Yoseph se venga abajo y sea acusada. La Ley establece que sea él el primero en denunciar mi culpa. Pero yo confío en que Dios le participe su deseo como hizo conmigo. Y, sobre todo, que sepa que no tengo la culpa y que soy la misma que pidió por esposa.

—Sí, Yeshua, quizá, a pesar de todo, tengamos a Yoseph de nuestra parte. Quizá no nos abandone –digo metiendo el peine en el bolsillo y acariciando mi vientre–. Ha llegado el momento de regresar y ver lo que sucede.

Entro en casa para acostarme.

En el lecho recuerdo una historia del *rabbi* Aron. Aquella que habla del momento en que Dios, bendito sea su nombre, consideró de qué parte del hombre podría crear a la mujer.

Dios dijo a los ángeles:

—No la crearé de la cabeza para que no levante la cabeza con demasiado orgullo; tampoco del ojo, para que no sea demasiado curiosa; ni de la oreja, para que no se ponga a escuchar tras las puertas; ni de la boca, para que no sea demasiado charlatana; ni del corazón, para que no sea demasiado celosa; ni de la mano, para que no coja muchas cosas; lo haré de una parte del cuerpo que esté escondida, para que sea modesta.

Oculto como un hueso en el cuerpo; una costilla en lo más recóndito de las entrañas.

Regresaré a Nazaret y me comportaré así. Permaneceré secreta y oculta porque dentro de mí está escondido Yeshua. Aprenderé de él. Que ha venido a mí como la levadura, como la semilla.

Es la última noche que paso en casa de Elisheba. El silencio se quiebra continuamente por el llanto del niño. La lámpara siempre está encendida. No logro dormir, me despierto continuamente. Solo algo antes de que llegue el amanecer me abandono al sopor y sueño.

Sueño que rompo aguas como Elisheba.

Esta vez soy yo.

Las aguas se vierten al suelo y corren copiosas. Mis piernas se vuelven grandes, altas y blancas, son columnas, son las puertas del Templo.

Las aguas corren y ahora son un río, un río que sale del Templo como el que anunció el profeta Ezequiel. Un río sale del Templo y baña la ciudad, sale de la ciudad y baña todo lo que hay a su alrededor.

Donde llegan estas aguas la vegetación renace.

Las plantas se vigorizan, las yemas agujerean la corteza dura de las ramas, se abren las flores, las hojas son medicina para todos los males, las ramas se cargan de frutos y se renuevan los cultivos abandonados.

Las aguas abrevan a todo tipo de animales que vuelven a vivir juntos como en el Edén.

En la hierba verdísima, junto a las aguas que corren, el lobo duerme con la cabritilla, la gacela con el león, un niño mete la mano en el cubil de la serpiente sin correr ningún peligro.

Las aguas sanan a los hombres de sus enfermedades. Los cojos vuelven a caminar,

los ciegos a ver, los sordos a oír, los mudos a hablar.

Es un río creciente lo que sale de mí. Que no destruye sino que salva y apaga la sed.
Es una riada la que trae mi niño.

Me despierto cuando el sol está ya alto.

Creo que se ha iniciado ya la duodécima hora del largo día que comenzó con la Creación. Creo que Dios, bendito sea su nombre, se ha sentado en el trono de la Misericordia.

Yeshua vendrá como un perdón.

SEXTA PARTE

Rut la amiga

Cuando he oído gritar:

—¡Ha vuelto la hija de Yoachim! ¡Ha vuelto Miryam! —he salido de casa corriendo.

¡Estoy tan contenta de volver a ver a Miryam! ¡Por fin está aquí! ¡Todo ha ido bien!

Ya casi ha atardecido y bajo la luz rosa veo un carro en la calle y a Miryam que se está despidiendo de la pequeña caravana que la ha acompañado.

A su alrededor están los niños de la aldea y algunas mujeres que iban al pozo.

—¡Miryam! —grito levantándome un poco la túnica y me pongo a correr.

Ella se da la vuelta sonriente, agita la mano.

—¡Rut!

Corro a reunirme con ella.

—¡Has vuelto! —digo jadeando.

—Sí, Rut —me responde apretándome las manos.

—Ve con tu padre, estará feliz al ver que estás bien —dice una mujer con una jarra apoyada en la cintura.

—Sí, es verdad —responde mientras los niños giran a su alrededor y juegan con su túnica desgastada.

—Uno le coge la espuerta.

—¡Te la llevo yo! —dice orgulloso.

—Oh, gracias —responde Miryam divertida.

—Ven, te acompaño hasta tu casa —le digo cogiéndola del brazo.

—¿Te podemos acompañar también nosotras? —preguntan unas niñas descalzas con el pelo enmarañado.

Miryam asiente. Las madres las siguen con las jarras, camino de sus casas.

Miryam y yo nos reímos y comenzamos a andar, pero enseguida las niñas se pelean por quién de todas debe darle la mano.

—Dejadla tranquila, ha hecho un viaje largo —les digo mientras sigo agarrándola del brazo. Pero las pequeñas no se calman y enseguida comienzan a reñir. Todas quieren estar con Miryam, abrazan sus piernas.

—Quietas, esperad, esperad —dice Miryam con expresión de temor.

En un determinado momento la más pequeña, que se ha quedado atrás, se agarra a la túnica de Miryam y tira tan fuerte que tengo miedo de que se rasgue la tela.

—¡Parad! ¡Basta! —les dice al final Miryam, impaciente.

Solo entonces me doy cuenta de que el vientre de Miryam, cubierto por la túnica, es el de una mujer encinta. Oculto por los pliegues suaves de la túnica, no había reparado en ello.

Miryam aparta el borde de la túnica de la mano de la niña y me mira.

Miryam

Aparto el borde de la túnica de la mano de la niña y ella de pronto se pone a llorar.

Busco los ojos de Rut, que está mirando mi vientre.

Empalidece bruscamente. Lo ha comprendido todo.

Pero no es ella sola. Una de las mujeres deja caer la jarra al suelo y se hace añicos.

Me doy la vuelta, todas me están mirando con expresión pétrea.

—¡La hija de Yoachim está embarazada! —susurra una de ellas.

Los niños enmudecen. Rut se gira y se va con paso rápido y decidido.

—¡Rut! —grito y el aliento se niega a salir de mi garganta—. ¡Rut, espera!

Voy a seguirla pero ella se vuelve y me dice:

—Miryam, regresa a casa, no hay nada que decir —y se aleja envuelta en su manto.

La dejo marchar.

El niño que se había ofrecido a llevarme la espuerta la deja caer a mis pies, las mujeres avanzan sin mirarme a la cara y se llevan a sus hijos.

Veo en el suelo la jarra hecha añicos. Parece que la noche haya caído de golpe, no sé qué hacer.

Recojo mis cosas y me digo:

—El Señor es mi pastor, no temo ningún mal.

Yoel el casamentero

Me lo ha venido a decir Lia, la antigua ama de cría de Miryam. Estaba muy alterada. Yoseph no sabe que Miryam ha regresado hoy, poco antes de la puesta de sol, y ellas no saben cómo darle la noticia. Me despido de Lia, no le prometo nada, es más, le hago notar que la situación es muy difícil.

Ya es noche profunda. Pero fui yo el que arreglé el noviazgo de la hija de Yoachim y me toca a mí hablar con Yoseph. Así que corro a su casa.

Pobrecillo. Se ha deslomado para levantar una casa que no fuera como su covacha llena de trastos viejos y serrín. Una casa para Miryam y los niños que fueran a llegar. Y la muchacha va y se queda embarazada de otro hombre.

Le he despertado en plena noche, he entrado en su casa y se lo he dicho.

Él se ha derrumbado sobre una silla y ha ocultado el rostro entre las manos.

Sin darle demasiadas vueltas, le pregunto si violó el pacto del noviazgo y yació con Miryam antes de la boda.

—No —me responde adustamente, lúgubre.

—Entonces, Yoseph, sé valiente, compórtate como un hombre, ya sabes cómo son estas cosas. Concédete la paz y olvida lo antes posible toda esta historia.

Él no me responde. Parece una estatua de sal a punto de deshacerse de un momento a otro.

—Yo solo quería avisarte. Es a ti a quien toca decidir.

—¿Qué tengo que decidir? —me pregunta con una voz sin expresión y la cara todavía cubierta.

—Si la denuncias, Miryam será lapidada y salvarás tu honor.

Todavía no he terminado de hablar cuando oigo un rugido que sale del pecho de Yoseph, un sonido rabioso que no olvidaré fácilmente.

—¡Cálmate, cálmate! —digo protegiéndome la cara con las manos.

Yoseph se pone en pie de pronto, levanta la mesa y la lanza contra la pared.

Jadea, tiene la mirada fija en el vacío.

Sabía desde el principio que no era buena idea venir aquí, pero empiezo a tener miedo.

Retrocedo hacia la puerta.

—Siempre podrías, podrías repudiarla, devolverla en secreto... —digo mientras busco el cerrojo con la mano.

Yoseph no me responde.

Abro la puerta y me voy deprisa.

Yoseph el carpintero

El día siguiente Yoachim me manda llamar.

Voy a su casa y nos sentamos uno frente al otro.

Lia, la mujer que amamantó a Miryam y que ahora cuida de Hanna, está con él.

Les pregunto:

—¿Estáis seguros? ¿Es cierto lo que dice Yoel?

Lia me lo confirma con los ojos rojos por el llanto.

—No hay duda, Miryam está encinta.

El viejo Yoachim hace una mueca de dolor. Querría ser sordo además de ciego en este instante, o estar ya bajo tierra. No tiene palabras que decirme, pide perdón para su hija.

Luego dice:

—Tienes que saber, Yoseph, que comprenderé tu decisión, sea cual sea. Te pido solo que esperes un día. Piénsalo bien –dice con la voz temblorosa–. Miryam no es más que una chiquilla y tal vez la hayan tomado por la fuerza... Todo es culpa mía por haberla enviado lejos de casa –luego añade retorciéndose la barba gris–. Ella se niega a hablar con nosotros. Dice solo que ha respetado el pacto y no se ha unido a ningún hombre, pero comprende, Yoseph, tal vez le hicieran algo, tal vez mi hija haya perdido la razón...

Yoachim me ha llamado para hablar, pero, ¿qué podría decir? Un nudo atenaza mi garganta y dentro de mí hay un desierto, una extensión desolada, informe. No sé qué responder, qué preguntar, dónde buscar las palabras.

Miryam, embarazada. Solo sé esto y que he respetado el noviazgo, que no le he quitado su virginidad.

Yoachim me repite de nuevo que espere, por lo menos hasta mañana, luego hace llamar a Miryam.

—Quizá hable contigo –dice mientras siento que mi corazón se vuelve frío como una piedra.

Miryam llega pero yo no quiero mirarla. Observo el suelo de tierra y veo el borde de su túnica oscilar por encima de sus pies calzados con sandalias y luego detenerse a dos pasos de mí.

Yoachim le ordena que a mí por lo menos me diga la verdad.

Miryam repite lo mismo que le dijo a su padre:

—No he hecho nada, no he conocido hombre alguno.

Lo dice con voz firme.

Yo permanezco en silencio.

—Yoseph, he respetado el noviazgo –dice volviéndose hacia mí.

Me da rabia oírle decir eso que no es verdad. Más aún. Me duele, un dolor profundo.

Apenas levanto los ojos. Ella tiene los brazos doblados, los dedos de las manos entrelazados sobre el vientre ligeramente abultado.

Interviene Yoachim:

—Basta, Miryam, estas son tus últimas palabras, ¡basta! —se levanta impaciente, coge el bastón y le señala la puerta—. ¡Sal!

Miryam se queda.

Pero ahora soy yo el que no puede permanecer aquí más tiempo, delante de mi novia que ya nunca será mi esposa.

Bajo sus ojos trato de arrancar el hilo rojo que me ciñe la muñeca, aquel que Miryam me ató el día de su partida diciendo que todo iría bien. Quiero que vea mi rabia y mi desilusión. El desgarró que siento en el corazón. Tiro fuerte, el hilo marca mi piel pero no se rompe. Las venas en el dorso de mi mano se agrandan, lo intento de nuevo pero el hilo resiste, no cede a pesar de que emplee todas mis fuerzas. Me parece imposible pero ahí sigue, en torno a mi muñeca.

Tiro una vez más, me hago daño pero no se rompe.

Entonces digo:

—Dame el anillo —y la voz me sale dura como nunca imaginé.

Miryam aprieta el puño, se lo protege con la otra mano. No quiere. Resiste igual que el hilo sutil.

Entonces su padre la obliga:

—¡Haz lo que te dice!

Se lo quita con lentitud, lo deja sobre la mesa.

Tampoco ahora consigo mirarla. Veo su túnica moviéndose, los pies que giran y desaparecen. Ha salido de la habitación.

Cojo el anillo de bronce y me voy de casa de Yoachim como un ladrón.

Hanna la madre

He oído el portazo, el llanto de Lia y que Yoachim se encomienda a Dios con frustración.

“¿Qué pasa?”, pregunto sin voz, solo para mí, aquí tumbada en la cama, peleando con los recuerdos que afloran de vez en cuando para luego volverse a sumergir.

¿Qué sucede en mi casa?

Llega Miryam. Lia me habrá dicho que ha regresado de un largo viaje. Pero para mí todos los días son iguales y el tiempo es un estanque inmóvil. Ya no sé qué viene antes o después.

Miryam, hija, ven conmigo. Dos grandes lágrimas surcan su rostro.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —me susurra.

“Sí, hija mía”, le respondo dentro de mi corazón apenado. Ella parece oírme. Me besa y se acurruca a mi lado.

Quisiera preguntarle qué ocurre y quisiera que mis brazos me respondieran por una vez y la apretaran contra mi cuerpo esta noche. Pero no pasa. Es ella la que me abraza. La oigo llorar todavía, luego su respiración se calma lentamente.

Se queda aquí conmigo.

Yoseph el carpintero

Es de noche pero no me decido a acostarme, a apagar la luz de la lámpara. Temo que la oscuridad me borre, me trague. No logro no pensar en Miryam y al mismo tiempo trato de apartar el pensamiento de ella. En una mano tengo el anillo, en la otra un cáliz de vino. Pero no puedo ni beber. Solo tomo un sorbo que me quema la garganta y luego me da la impresión de que el vino cae en el vacío y no dentro de mi estómago.

Yo estoy vacío, me siento un agujero sin fondo.

Debo de haberme dormido sobre la mesa. Me despierta una punzada en la mano. Vuelvo en mí, la llama se ha consumido y a mi alrededor solo está la oscuridad de la noche. No veo nada pero me duele mucho la mano.

Es como si tuviera un cuchillo clavado en la palma.

Abro la mano y entreveo el anillo que Miryam me devolvió.

Trato de mover la mano, pero el anillo pesa tanto como una roca. Cierro la mano, la abro de nuevo. Ahora el anillo es de oro brillante, me deslumbra. Cierro los párpados. Ahora parece oro casi fundido. Me da la impresión de que mi mano arde bajo ese aro de fuego líquido.

En ese momento una voz resuena en mi casa:

Yoseph, no temas tomar a Miryam como esposa.

Saco el cuchillo de debajo del jergón.

Me doy la vuelta pero no consigo ver a nadie. Dejo el anillo sobre la mesa, me paro para prender las brasas bajo la ceniza del fuego ya apagado. Mientras trato de reencender la llama de la lámpara con un tizón, siento de nuevo la voz:

El niño que está en ella viene de Dios.

Cuando nazca, tú lo llamarás Yeshua, Dios-salva, porque salvará a su pueblo de sus pecados.

Soplo sobre el tizón, la mecha se enciende lentamente. Una luz débil ilumina el cuarto y brilla sobre la hoja del cuchillo. No hay nadie.

Miro sobre la mesa con aprensión. Pero solo veo un anillo de bronce, en todo igual al que me ha dado Miryam pocas horas antes.

No sé qué ha sucedido.

Abro el cerrojo de la puerta, salgo. La luz de la luna tiñe de blanco la aldea, levanto la mirada hacia las estrellas que puntean el cielo.

“El niño que está en ella viene de Dios –me digo a mí mismo–. Pero, ¿qué significa eso?”.

No lo sé, pero la voz ha dicho eso y también que no debo temer tomarla por esposa. Pienso en Abraham y en su fe en la promesa.

Yo también quiero creer. Quiero creer que a los ojos de Dios ella puede ser todavía mi esposa.

“¿Y cómo podrá ser mi esposa a los ojos de los hombres?”, me pregunto tratando de hallar una solución.

Entro, enciendo el fuego y decido quedarme despierto hasta saber qué hacer.

Pienso y pienso. Me levanto, camino por el cuarto sin parar. Vuelvo a sentarme.

Ya ha llegado el alba cuando decido lo que haré una vez salga de casa.

Hablaré con Yoachim y luego iré a ver al rabino, asumiré la responsabilidad de todo lo ocurrido, diré que el niño que Miryam lleva en su seno es hijo mío y que fui yo el que falté al pacto uniéndome a ella antes de la fecha acordada.

Nos costará la desaprobación de todos. Pero Miryam estará a salvo, podrá convertirse en mi esposa y el niño será mi hijo a los ojos de todos. Un hijo que no es mío pero del que ya conozco el nombre.

En cuanto se hace de día, voy a casa de Miryam. Me abre la puerta Yoachim. Tampoco él ha dormido.

Llama a Miryam.

Ella se reúne con nosotros.

La miro de nuevo a la cara, por primera vez desde que partió con el carro de Reuven.

Siento que la amo como aquel día.

Le digo dentro de mi corazón:

“No sé cuál es el lugar al que debes ir, no sé qué camino tienes que hacer, pero sé que yo he sido elegido para hacerlo contigo, para protegerte, para darte una casa”.

A ella le digo únicamente:

—Dame la mano.

Ella me la ofrece y yo le pongo el anillo y la estrecho con la mía. Sin vergüenza.

Le digo a Yoachim:

—Diremos que el niño es mi hijo y nos casaremos como estaba acordado.

Su padre se inclina profundamente hacia mí, abandona la habitación para ir a comunicárselo a Lia y Hanna.

Ahora estamos solos.

—Yeshua —digo.

Asombrada, Miryam abre la boca para decir algo, pero yo me adelanto:

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Quién soy yo para entrometerme entre Dios y tú? —me responde.

Entonces tiro de ella hacia mí y la abrazo por primera vez.

Turbado, atemorizado, con el corazón desbocado.

SÉPTIMA PARTE

Rut la amiga

Pocas semanas después de que volviera a Nazaret, Miryam se ha casado. No ha habido una fiesta, solo una ceremonia resuelta de manera bastante rápida para sellar el pacto establecido en el noviazgo.

Lo que había que hacer se ha hecho, por consiguiente Miryam y Yoseph se han unido en matrimonio bajo la *kuppah*, el baldaquino bajo el que han pasado las mujeres y los hombres de todo el pueblo. Miryam ha girado en torno a Yoseph, han bebido de la misma copa.

Ahora los acompañamos hasta la puerta de la nueva casa, en la que Yoseph estuvo trabajando mientras ella estaba en Ein Karen. Somos pocos porque la aldea no ha participado. Tampoco yo quería ir, pero mi madre Lia me obligó. Me dijo:

—¿No sabes que bendecir a los esposos es una de las obras de misericordia?

Iba a responderle: “¿Como sepultar a los muertos?”, pero me mordí la lengua. Porque eso es lo que Miryam es para mí, eso es lo que voy a hacer.

Tanto ella como Yoseph están ya marcados para toda la aldea. Se les permitirá vivir, pero serán despojados.

Y heme aquí, con una antorcha en la mano, en este afligido cortejo de parientes. Me siento traicionada por Miryam, que hizo todo en secreto. La imaginaba destinada a cosas grandes y, en vez de eso, violó el noviazgo o peor todavía.

Ella, ¡que decía que no iba a casarse!

Me río mientras una lágrima me moja la mejilla.

Ya hemos llegado.

Miryam besa a su padre, saluda a Lia. Viene también hacia mí y me abraza. No la rechazo, pero soy una piedra que lleva una antorcha en la mano. Ya no sé abrazarla pero la miro a los ojos.

La llama de la antorcha le ilumina el rostro.

A pesar de todo, su mirada es orgullosa.

Se reúne con Yoseph. Abren la puerta, entrarán para pasar su primera noche en casa.

Si fueran puros, todos estaríamos cantando y bailando. También celebraríamos una fiesta mañana y pasado.

Pero, ¿qué hay que festejar? Ya es mucho que Miryam siga viva.

La puerta se cierra.

Apagamos la llama de la antorcha y todos volvemos a nuestras casas.

Yoseph el esposo

Miryam entra en casa. Apoya la espalda en la puerta como si todas las aguas del mar Rojo batieran fuera y ella estuviera por fin a salvo.

Han sido días duros. Se nos ha juzgado, hemos recibido insultos, amenazas. He tenido que mantener alejadas de Miryam sospechas injuriosas, como si fueran buitres que se lanzasen sobre un animal herido.

Ha sido necesaria mi mala fama de hombre arisco y solitario para quitarnos de encima a las personas más insistentes y al final el rabino consintió en que nos casáramos para cerrar la cuestión.

—Ven —le digo a Miryam—. Siéntate.

Ella duda, luego se separa de la puerta, da unos pasos. Me siento en el suelo, cubierto por una estera nueva.

—Te he preparado un poco de fruta —le digo ofreciéndole un pequeño cesto con dátiles e higos.

Habría querido recoger todos los frutos del Cantar de los Cantares para que los encontrara en casa, ¡un jardín de aromas entre estas paredes!

Ella duda de nuevo y por fin se sienta frente a mí.

Miryam es valiente, me lo ha demostrado estos días. Sin embargo, ahora, aquí, delante de mí, en su casa de esposa, es tímida, sus mejillas son fuego y me mira levantando los ojos brevemente.

Come un dátil. Yo también lo hago. Cojo un higo, lo abro, le ofrezco la mitad. Está blando, dulce. Agarro el cuchillo y traspaso la corteza de la granada que cogí del árbol en la colina. Hago presión con las manos y el fruto se abre con un crujido y revela cientos y cientos de perlas rojas.

Empezamos a comer los granos uno a uno, luego a puñados, manteniéndolos en el hueco de las manos.

Por fin Miryam sonríe. Un grano rojo y transparente cae de sus labios a la túnica blanca y deja una pequeña mancha, una flor.

Esta es nuestra noche de bodas.

Miryam

El tiempo pasa.

Mis caderas y mi seno se han redondeado, mi vientre sobresale con su dulce carga. Ensanché la túnica, la descosí y añadí dos piezas.

Sin embargo, me siento bien, con fuerzas. Me ocupo de la casa y de Yoseph. Salgo solo para lo indispensable. Como por ejemplo lo que hago antes del atardecer.

Me encuentro con Yoseph que vuelve del taller, es el momento que más me gusta de todo el día. Tras horas y horas sola, en silencio, voy a buscarle caminando por las calles de la aldea.

Ahora ya no siento el peso de las malas miradas. Para mí se trata de flechas romas.

—*Shalom* —me dice con su sonrisa habitual cuando nos encontramos a medio camino.

Y yo le cojo lo que lleva en la mano: una pieza que arreglar en casa, un fruto que ha recogido para mí, un fajo de hierbas aromáticas, el delantal para lavar.

Intercambiamos algunas palabras hasta llegar a casa.

Cuando entra, le hago sentarse, le quito los zapatos y le lavo los pies para quitarles el polvo y el serrín. Él me cuenta a quién ha visto, qué ha construido o arreglado. Me ayuda a levantarme, va a tirar el agua sucia y se cambia la túnica.

Comemos uno frente a otro.

Yoseph pronuncia la bendición y corta el pan.

Nos servimos en el mismo plato.

Por la noche nos acostamos juntos.

Espalda contra espalda.

Jamás he dormido con un hombre y, sin embargo, ahora no conseguiría coger el sueño lejos de él, de sus hombros sobre los que apoyo los míos, de sus huesos que siento a través de la túnica y que me parece que conozco de memoria.

La otra tarde me sentía más cansada que de costumbre y, ya en casa, mientras me disponía a coger la pequeña tinaja para lavarle los pies, una punzada de dolor me hizo palidecer.

Yoseph se asustó, me hizo sentar, me dio un poco de agua. Se me pasó, pero necesité algo de tiempo para tranquilizarlo. Estaba preocupado por mí y no me dejó terminar lo que había iniciado.

Para hacerme reír, cogió una toalla, se la ciñó a la cadera e, inclinándose, me lavó los pies él a mí. Nos reímos durante un rato, pero al final, al envolverlos con la tela para secarlos y besármelos, sentí lo que me quiere de verdad, lo sentí hasta dentro de mis entrañas.

Los dos nos emocionamos.

Desde esa tarde nos lavamos los pies uno al otro.

Longinus el soldado

Hace días que cabalgamos las regiones de esta provincia a lo ancho y a lo largo.

Ahora estamos en Galilea. Vamos, de aldea en aldea, llevando el bando del censo exigido por César. Una orden a la que todos deberán doblegarse porque el emperador quiere conocer al detalle cuántos hombres le pertenecen de un rincón a otro de la tierra.

Un censo de todo el Imperio.

Hoy un tipo, un loco, nos ha lanzado una piedra mientras anunciábamos este bando en plena aldea de Nazaret. No era un rebelde, sino un pobre viejo, pero uno de mis subordinados lo ha matado igualmente. Mientras ese hombre moría con la garganta atravesada por una lanza, yo he elevado la voz para preguntar si alguien sabía el motivo de aquel comportamiento.

Nadie quería responderme, se escudaban unos en otros. Todos estaban conmocionados por aquel muerto que yacía en el suelo, contaminando la aldea pocas horas antes del *shabbat*.

Yo he insistido. He dicho que no me llevaría a los soldados si no me respondían. Que no permitiría que nadie celebrara el sábado o entrara en la sinagoga. Quería comprenderlo.

Por fin, ante la amenaza de los míos, uno ha dado un paso adelante. Era el rabino y ha dicho:

—Los censos son una afrenta para el Señor. Solo traen desgracias. Como cuando David quiso hacer un censo y recibió a cambio la durísima carestía que golpeó a todo el pueblo. Toda la tierra es de Dios —ha murmurado mientras se dirigía a la sinagoga con los demás.

Algunos, antes de reunirse con el grupo que se alejaba, se han limpiado el polvo de sus sandalias sobre nosotros.

El Dios de toda la tierra.

¿Quién puede creerse más grande que el emperador?

¡Me gustaría ver a ese Dios! ¡Querría ver su cetro, su trono! Pero no son más que desvaríos de esta pobre gente.

Nos vamos entre el descontento de los habitantes que, como todos los demás, se verán obligados a viajar a distintas ciudades, según la procedencia de su propia estirpe.

Atardece cuando nos disponemos a salir de Nazaret. Ordeno a los míos continuar la marcha. Antes de dejar la aldea atrás, quiero asegurarme de que nadie intente seguirnos para tramar una emboscada nocturna. Me quedo por la zona hasta que la pequeña explanada donde todavía yace el muerto se vacía por completo.

Se han ido todos.

Oigo un canto que llega desde la única ventana de la humilde sinagoga mientras en las casas se encienden las luces de la fiesta. Todo parece tranquilo.

Voy a hincar las espuelas al caballo cuando una joven encinta sale de casa.

Retengo al animal y permanezco quieto en la penumbra.

La mujer mira alrededor. Se inclina sobre el muerto, recita una plegaria. Luego se quita el velo y cubre con él la cara del muerto en signo de piedad. El velo se tiñe de sangre inmediatamente. La mujer entra de nuevo.

Basta, aquí no queda nada por hacer.

Guío al caballo fuera de la aldea, subo la colina y me reúno con mis soldados.

Me vuelvo hacia atrás por última vez y, entre la oscuridad que está cayendo sobre las míseras casas, veo el velo blanco que resplandece a la luz de la luna.

Balthasaar el astrólogo

Un noble de mi rango no recibe órdenes.

Rara vez me ha sucedido que no me quedara otra que obedecer. Ocurría cuando era muy pequeño, si era mi padre el que me mandaba algo, o si la orden provenía de mi maestro Kamshad cuando todavía era su discípulo. Después nadie más ha manifestado una orden que me atañese a mí. Tengo consejeros, ministros, criados. Todos a mis órdenes.

Kamshad, el mayor sabio de Babilonia, el sacerdote, él fue quien me enseñó a observar el cielo y a reconocer estrellas y constelaciones.

Él me indicó por primera vez un punto en el cielo llamándolo por un nombre. Como hijo de un rey, debía ser instruido en todo, y cuando inicié el estudio del cielo se me confió a Kamshad. Pasé meses y meses en el observatorio del templo. Allí aprendí que cada movimiento y fenómeno celeste está causado por un dios, una divinidad, ya sea Assur, Enlil, Shamash, Sin, Ishtar o cualquiera de las otras que llenan nuestro templo y a las que ofrecemos sacrificios y plegarias quemando incienso sobre los altares.

Junto a Kamshad aprendí a reconocer y observar con ojos nuevos la salida y la puesta del sol, los equinoccios y los solsticios, las fases lunares, los eclipses, las estrellas que surcan el cielo con su estela de fuego.

Kamshad observaba cada noche el movimiento del cosmos y trazaba signos sobre un pergamino, escribía a la luz débil de la lámpara hasta no ver nada, compilaba tablillas con columnas infinitas calculando recurrencias y correspondencias entre los fenómenos del cielo y los advenimientos de la tierra, de nuestro reino, de los reinos vecinos.

Mi padre no tomaba ninguna decisión sin consultar con él. Los veía inclinados sobre los mapas estableciendo fechas, jornadas para la vida pública. Mi padre le pedía que experimentara hipótesis, propuestas, que expresara su opinión sobre nombramientos y campañas militares. Kamshad iba más allá. Gracias al estudio incesante y a toda la experiencia acumulada, decía que estaba en grado de interpretar presagios y predecir el futuro.

He asistido a muchas de esas interpretaciones. A veces se verificaba lo que él decía: inundaciones, la muerte de un importante representante de la corte. Otras veces no sucedía nada y sus previsiones parecían caer en el vacío.

Hasta que Kamshad no logró predecir la muerte de mi padre, envenenado por alguien de nuestra propia corte.

Entonces comprendí que su ciencia no era infalible y, una vez nombrado rey, me prometí no asentar todo el peso de mi poder y el gobierno de mi propio reino en sus manos y en sus ojos fijos en el firmamento.

Sin embargo, no destituí a Kamshad y dejé que envejeciera en el observatorio, calculando y recalculando órbitas celestes, y se apagase así, como una estrella cuyo esplendor se debilita hasta perderse en la oscuridad.

Debía estarle agradecido. Había aprendido de él la paciencia y la precisión, gracias a él podía orientarme incluso en pleno desierto o en mar abierto. Era capaz de regular turnos y ritos para rendir homenaje a cada una de las divinidades y aplacar así sus iras. Pero en el fondo de mi corazón sabía que se trataba de un cálculo que permitía tener al pueblo sojuzgado por medio del temor.

De hecho, ¿qué habría sucedido si me hubiese equivocado al indicar el día de un sacrificio o de una celebración? Probablemente nada. Como sucedía cuando los presagios de Kamshad se revelaban erróneos. De pequeño lo había visto con mis propios ojos. El dios que se ocultaba en las divinidades que el pueblo adoraba, en realidad, no era otro que mi padre.

¿Acaso hablaban las estatuas de Assur y de Enlil?

¿Tenía voz Shamash?

No. La voluntad a la que se plegaba el pueblo no era la de un dios sino la de mi padre, un hombre muy poderoso.

Y ahora que ese hombre era yo, el cielo me parecía inmensamente vacío y silencioso.

Pero, una noche, cuando creía que ya no desconocía nada del firmamento que había sobre mí, descubrí una estrella que no había visto jamás. Insólita, parecía arder, consumirse y dejar una muestra a su paso. La noche siguiente me quedé despierto y observé mejor. Nunca había visto nada igual.

Recordé que Kamshad dijo hace mucho tiempo que una señal del cielo, una señal nueva y potente, es una orden divina. No sabemos si podremos interpretarla correctamente, pero no nos es permitido sustraernos a tal empresa.

Llamé a astrólogos y sacerdotes, los consulté uno a uno, pero ninguno tenía la experiencia y la audacia de Kamshad para intentar una interpretación. Por eso volví a buscar en sus mapas, a estudiar sus descubrimientos y consideraciones.

Buscaba algo que se pareciera al signo que de noche parecía surcar el cielo, pero no di con nada.

Pensé y pensé. Congregué a otros poderosos de los reinos vecinos. Juntos, como en un consejo solemne, llamamos a los hombres más doctos de nuestros palacios; sabios cuyos conocimientos no se limitaban a los textos de nuestra tradición. Leyeron, tradujeron idiomas que nos eran desconocidos, cotejaron, discutieron. Al final descubrimos que hay un pueblo que espera desde hace siglos a un nuevo rey enviado por su único Dios. Sus libros sagrados dicen que surgirá como una estrella.

Este es el motivo de que, ya viejo y consumido por los años, haya dejado mi reino y esté de viaje.

Conmigo ha venido una delegación. Tenemos criados y animales en nuestro séquito. Somos una caravana y seguimos una estrella que se mueve en el cielo como un garabato trazado sobre la piel.

¿Por qué este viaje?

Porque la estrella no puede ser más que el signo del nacimiento de un nuevo rey, tan poderoso como para cambiar el curso de la historia, y su trayecto parece señalar precisamente la tierra del pueblo que lleva tanto tiempo esperándolo.

Tenemos dones como corresponde a quien deberá regir un reino a cuenta de un dios: oro, el metal más precioso, y el incienso que quemamos en los altares para propiciar a las divinidades. Yo he decidido llevar también un ungüento, la mirra, denso y rojo como la sangre. Recuerda que el rey también es un hombre y debe tener compasión de sus súbditos.

Estamos en el camino que lleva a Judea, directos a Jerusalén, la capital. Una vez hayamos llegado, podremos preguntar dónde está el rey recién nacido.

Hace días que marchamos con ritmo resuelto, sin apenas paradas. Me impulsa la misma sed de conocer que Kamshad encendió en mí de niño. Pero aún mayor. Siento que sigo una orden.

He pasado gran parte de mi vida dando órdenes y disposiciones, decidir, enviar, tener poder sobre la vida y la muerte. Ahora, por primera vez en un número infinito de días, hallo una extraña paz en obedecer a quien es mayor que yo. No sé qué divinidad ha elegido cambiar el curso del astro que estoy siguiendo, pero quiero igualmente continuar mi camino hasta el final, responder a su llamada.

Antes de que mi vida se apague y conozca realmente quién gobierna el mundo y las leyes del cosmos, quiero ir a rendir homenaje a este rey esperado por el que ha surgido una estrella nunca vista.

Y dejar mi corona a sus pies.

Hamor el asno

Mi pelaje es rojizo, hirsuto. No tengo un nombre, me llaman simplemente así, *hamor*, asno. Soy un animal robusto, fuerte. Puedo transportar a una persona durante una jornada completa. Cubro largas distancias. No necesito grandes cuidados. Pero que eso no lleve a engaños. Mi especie, consagrada al esfuerzo y al trabajo, tiene una larga historia. De hecho, los maestros dicen que el asno es el símbolo del estudio de la Torah. La Torah es un yugo pesado y se precisa obstinación y fuerza para llevarlo.

La propia Torah tiene pasajes en los que se habla de nosotros.

Se lee que fue precisamente un asno el que llevó la leña al monte Moria para el sacrificio de Isaac. Y se narra que Moisés viajó montado en un asno durante seis días para huir del faraón. Y hay quien dice que cuando venga el Mesías, elegirá un asno como montura.

¿Y qué decir de la burra del adivino Baalam? Baalam montaba su burra camino del rey Balak pero, en un determinado momento, el animal se negó a continuar. Clavó las pezuñas en el suelo y se detuvo. Ni los golpes la hicieron razonar. ¿Por qué la burra se empeñó en no andar? La historia dice que veía un ángel ante ella, tenía la espada desenvainada y le cerraba el paso.

Sí, los asnos tienen ese poder. Ver las criaturas angélicas, invisibles a los ojos de los humanos.

Pero Dios hizo algo más y le dio al asno un poder similar al de la serpiente en el Edén y dejó que hablase a su amo. De hecho, después de que la golpeará tres veces porque se negaba a seguir, pudo abrir la boca y advertir a Baalam.

No está mal para un asno, ¿no?

Por eso no me sorprendí cuando supe que me correspondía a mí, que yo llevaría a la madre de Yeshua, hijo de Dios.

Un viaje inesperado, que nadie quería hacer en las condiciones de Miryam, pero que ella quiso emprender a toda costa. Se trataba de recorrer toda Palestina y llegar a Belén. Días y días de marcha. La razón era un censo exigido por el emperador Augusto: todos los israelitas tenían que registrarse en la ciudad de su nacimiento.

Yoseph, esposo de Miryam y mi amo, es de la estirpe de David y Belén es su ciudad.

Miryam estuvo suplicándole que no la dejara sola en Nazaret y, al final, aunque Yoseph estaba tan preocupado que ni dormía por los posibles daños que un viaje tan largo podría causar en la salud de su esposa y del niño, se dejó convencer.

¡Esos dos son como el nudo de la cuerda con la que me atan a mí! Tal como dice la Torah, *carne de mi carne y hueso de mis huesos*, Yoseph y Miryam son ya una sola cosa.

Y salimos de viaje.

Yeshua nació como un extranjero, en tránsito. Cerca de Belén, en una noche fría. Miryam, su madre, llevaba días y días viajando montada sobre mí.

Cuando le comenzaron los dolores del parto, estábamos todavía en camino, a las puertas de Belén. Pero había demasiada gente, la aldea estaba llena, y Yoseph, mi amo, no encontró a nadie que le hospedara. Otros asnos, carros, gente por las calles, resultaba imposible que hubiera alguien que reparara en nosotros.

Sin embargo, en medio de la confusión, un hombre le indicó cómo llegar a un refugio fuera de las murallas. Miryam apretaba entre sus dedos los cortos pelos de mi crin. Estaba sufriendo.

Yoseph le dio las gracias y me espoleó para conducirme por una senda que llevaba a un lugar apartado. En la oscuridad se entreveía la silueta de un establo, un refugio para animales.

Entramos. Hacía frío y se notaba el fuerte olor del heno y de los animales que habían pasado por el lugar. Mi amo me ató a un palo, luego hizo descender a Miryam. Tenía el rostro contraído por el dolor.

Yoseph dijo:

—Solo hay esto.

Ella respondió.

—Todo irá bien.

Después, mi amo cogió la manta de mis lomos y la puso sobre el heno, hizo que Miryam se tumbara sobre ella, se inclinó sobre su cuerpo y le dijo:

—Voy a buscar a alguien, una mujer, una partera, alguien de la aldea que pueda ayudarte –pero su voz temblaba.

Antes de que se levantara, Miryam se quedó con el cuchillo de su cinto.

—Déjalo aquí –logró decir antes de que una contracción le obligara a mantener la respiración. Estaba sentada y apoyaba las manos en el suelo, apretando la manta. Tenía la frente sudada, un grito en la garganta.

Yoseph asintió y salió corriendo.

Me quedé solo con ella y allí estaba cuando llegó el momento.

Miryam le echó valor, me llegaban retazos de palabras. La veía apretar los dientes, cerrar los ojos.

Luego gritó y, cuando salió el niño, la vi coger el cuchillo y cortar el cordón. Abrazó al niño que lloraba, apoyó la espalda en la empalizada, se lo puso sobre el pecho y lo tapó con la manta. Los dos lloraban, parecían una sola voz. Poco a poco, lentamente, se fueron calmando juntos.

Miryam temblaba todavía cuando lo apoyó en sus rodillas para mirarlo. Le cogió sus pequeñas manos, le sonrió. Lo besó en el pecho, en la frente, acercó sus piececitos a sus labios.

Me sentía tan turbado por la ternura que destilaban los primeros cuidados de una madre a su niño, que no me di cuenta enseguida de cómo el Señor Dios había guiado con mano firme e invisible los pasos de los dos esposos.

¿Acaso no había hecho nacer a su hijo en Belén como estaba escrito en las profecías? ¿La ciudad más pequeña de Judea?

¿No le había hecho nacer de una doncella como había escrito el profeta Isaías?

¿Y qué decir de la descendencia de la estirpe de David garantizada por Yoseph que, por amor, no dejó sola a Miryam?

Con el corazón henchido de emoción habría querido componer una loa a la sabiduría y a la gloria del Señor, por eso intenté hablar.

Pero solo me salió un rebuzno.

Una desgracia, mi Creador no me había dado el don excepcional de la palabra.

Entonces me contenté con el de la vista. Sí, porque si no podía hablar, en cambio sí podía ver lo que a los otros les resultaba imposible.

Junto a Miryam, en pie, con la cara encendida como por una llama azul, había un ángel magnífico: sus grandes alas abiertas, formadas por escamas de luz, estaban llenando el establo de la plena luz del día, se extendían en aquel habitáculo que ya no podía contenerlas, pasaban a través de las paredes e iban a parar fuera, a la noche.

Samuel el pastor

Los animales duermen, mi padre y yo nos encontramos enfundados en nuestras capas, al resguardo en la cabaña, cuando el aire se llena de una luz imprevista que se filtra por todas las hendiduras de la madera.

Me levanto de golpe y se me cae la capa.

Mi padre grita:

—¡Quieto, Samuel! ¡No salgas! —pero yo ya estoy fuera.

Miro y puedo distinguir cada brizna de hierba como si estuviéramos a pleno sol. No consigo tener los ojos abiertos.

A continuación oigo una voz que atraviesa el cielo, sopla sobre el prado, alcanza mi oído rápidamente y dice:

No temáis. Os traigo una noticia de felicidad.

Ha nacido un salvador para vosotros.

Me giro, busco a mi alrededor para comprender de dónde viene la voz que me está hablando. No veo a nadie en el blanco cegador de la luz. Piso la hierba. Tampoco hallo mi sombra bajo mi cuerpo.

Hoy ha nacido un salvador.

¿Un guerrero? ¿Un guía?

Ha nacido para vosotros.

¿Ha nacido para vosotros? ¿Para mí, Samuel, el hijo del pastor? Dentro de mí se instala una mezcla de sorpresa y rabia. Será a causa de la luz que no me deja tener los ojos abiertos, fijos en lo que está ocurriendo; será porque no logro mirar la cara del que me está hablando.

Será que no me encuentro con nadie desde hace semanas, que no hablo con nadie salvo con mi padre, agotado de esta vida de renunciadas. Y no quiero que nadie me tome el pelo.

Id a adorarlo.

¡Lo que faltaba!

Basta, abro la boca y sea quien sea quien habla ahora tendrá que oírme a mí. Grito con todas mis fuerzas:

—¿Dónde se supone que tenemos que ir? ¡No podemos ni poner el pie en la sinagoga porque nos consideran poco menos que ladrones! ¿Vamos a hacer que nos echen los fariseos? ¿O tenemos que ir al Templo para que los sacerdotes nos saquen a patadas?

Silencio. La voz no me responde. Así que continúo:

—Todos saben quiénes somos, quiénes son los pastores: no respetamos las reglas de

pureza, nos pasamos meses lejos de las aldeas y no podemos guardar el culto, ni el sábado. ¿Dónde vamos a ir a arrodillarnos? ¿Dónde?

Id a Belén. Buscad a un niño envuelto en pañales. Un niño que yace en un pesebre.

De pronto, la luz que deslumbraba mis ojos se apaga. La voz ha cesado.

Me giro y veo a mi padre erguido en la puerta, la boca abierta.

—Padre, ¿lo has oído?

—Sí, Samuel, lo he oído —dice buscando a tientas su bastón en la oscuridad de la cabaña.

—¿Qué significa un niño en un pesebre?

—Que Dios ha visto nuestra condición y se ha aproximado a nosotros.

—¿Cómo? ¿Qué significa?

—Cuando Moisés todavía era un pastor, ¿acaso no le habló Dios en medio de un zarzal? ¿No le dijo que había oído los gritos de su pueblo oprimido y que quería liberarlo?

—Sí, padre, me lo contaste tú.

—¿No dio a conocer su proyecto a un pastor?

—Sí, así es.

—Bien, Samuel. Hoy Dios ha hablado a estos pobres pastores.

—¿No querrás bajar de noche a la ciudad para ir a ver a un niño en un pesebre?

—Si Moisés estuvo delante de un zarzal, yo estaré delante de un pesebre. Reúne las ovejas, hijo mío, vamos a Belén.

Herodes el rey

Debo dar gracias a mi sangre fría. Fría como la piedra y el hielo, fría como la de los reptiles.

Ayer llegaron unos dignatarios de Oriente y me tocó recibirlos en palacio. Imaginaba un homenaje a mi gratísima persona y no sospechaba nada. Extraño, no es propio de mí. Me presenté tan de buena fe y de manera tan ingenua que, en cuanto comenzaron a hablar, la sorpresa fue doblemente amarga.

Fue el más viejo el que hablaba, creo que se llamaba Balthasaar. Dijo:

—Hemos afrontado un largo viaje para poder rendir honores al rey que ha nacido para gloria de vuestro pueblo.

¡Eso dijo! Por fortuna estaba bien apoyado en mi cetro y años y años de subterfugios e intrigas me han enseñado a no expresar con el rostro nada más que mi serena autoridad. Sentí que la sangre casi se me helaba en el cuerpo. Fría, gélida, volvió a fluir en cuanto mi mente lúcida decidió considerar esa frase no como una afrenta sino como una oportunidad que no podía desperdiciar.

—¡El rey! —exclamé—. Claro, ¡el gran rey que debe surgir en Israel! Decidme, entonces, ¿cómo os ha llegado la noticia?

—Por un signo prodigioso que surca el cielo —respondió—. Hemos venido nosotros también a adorarlo e inclinarnos ante quien cambiará la historia.

—También vosotros, junto a mí, tenéis intenciones de acoger del mejor de los modos esta nueva, gran era... —repetí sin traicionar mis emociones—. Pero venid, antes de que vayáis a rendirle homenaje, quiero recibirlos como corresponde a los dignatarios de vuestro rango.

Así que hice preparar un banquete para ellos mientras ordenaba en secreto que algunos escribas cercanos a mi corte se reunieran en una sala aparte.

Mientras los comensales ocupaban sus asientos, los dejé con una excusa y me uní a los escribas.

En cuanto entré en la sala, grité:

—¿Ha llegado el momento? ¿Es este? Hablad, ¡o antes de que caiga el sol seréis colgados del palo de la flagelación! —los miré uno por uno—. Los extranjeros hablan de una señal del cielo... ¿Dónde se encuentra el rey Mesías, el enviado de Dios por el que todo el pueblo suspira? ¿Dónde está escrito que debe nacer?

Los escribas estaban desconcertados, se tomaron un tiempo y se retiraron a estudiar sus mapas. Puse a dos soldados de guardia en la puerta y me fui a celebrar el banquete con los extranjeros. Reclamaban noticias, impacientes; pero los entretuve algo más.

Les dije que al final del banquete respondería a sus preguntas.

Luego, cuando el banquete ya había terminado y los músicos entretenían a mis huéspedes, uno de los escribas vino hasta mí escoltado por una guardia y me susurró al oído la respuesta que habían buscado a puerta cerrada.

—Los textos sacros indican el lugar donde debe nacer el Mesías esperado. Es Belén de Efratá, casa del rey David, de cuya estirpe, dicen las Escrituras, surgirá el libertador de Israel.

Mientras escuchaba a aquel viejo escriba tembloroso, tuve que frenar el impulso de ordenarlo matar allí mismo, en el acto.

Sentí que la rabia se apoderaba de mí. De pronto, mi mayor miedo se cumplía. Un pretendiente al trono. No uno cualquiera, sino el rey Mesías, el Esperado.

Acababa de nacer y ya venían de los reinos vecinos a adorarle.

¿Estaba tan cerca el fin de mi reino, mi propio fin, entonces?

No, de ninguna manera. Había llegado precozmente el suyo.

Eché al escriba, batí palmas y la música se paró.

Me puse en pie y dije:

—Amigos, ¡es hora de que reemprendáis vuestro viaje! El rey que buscáis no está aquí, sino en Belén. Id a rendirle homenaje. Yo aguardaré vuestro regreso y después iré también con mi séquito a inclinarme ante el rey que todo el pueblo esperaba. Yo mismo lo anunciaré una vez que me haya encontrado con él... Pero no ahora. Podrían producirse desórdenes y un rey debe buscar la paz ante todo —concluí leyendo la admiración en la cara de los comensales.

Me despedí de ellos, pidiéndoles que volvieran lo antes posible con información detallada y secreta.

Los observé salir de palacio y ponerse en camino. El sol se estaba apagando.

Mi nombre, sin embargo, no se apagará jamás.

Por eso, cuando regresen, los mandaré matar. Son testigos y no deben sobrevivir. Si es necesario, mataré también a los escribas a quienes he consultado.

Y, por encima de todo, mataré al niño. Aunque tenga que buscarlo por toda la región, casa por casa.

Aunque tenga que matar a todos los niños de pecho.

Miryam

Los primeros fueron los pastores. Por un instante creí que eran los propietarios del establo y venían a echarnos. Pero no.

Le preguntaron a Yoseph si había nacido un niño.

Yoseph respondió que sí y ellos quisieron verlo.

Les mostré a Yeshua, que dormía en el pesebre, y el más joven sonrió mostrando sus dientes blancos y el anciano se puso a llorar silenciosamente. Nos dejaron leche y queso.

Han pasado pocos días desde la visita de los pastores. Es de noche. Mientras me dispongo a dormir con Yeshua apretado contra mi pecho y Yoseph de espaldas junto a mí, oímos llegar a alguien.

Yoseph se levanta, atraviesa el habitáculo y abre la puerta.

Me parece reconocer al hombre que nos habló del establo al verme sufrir los dolores del parto.

Detrás de él, otra gente. Deben ser extranjeros a juzgar por sus vestidos.

El hombre que los ha acompañado hasta el umbral de la puerta toma una recompensa y desaparece. Yoseph me dice que me quede dentro, sale y cierra la puerta a sus espaldas. Me refugio al fondo del establo, me siento abrazando a Yeshua.

Cuando Yoseph abre de nuevo, su rostro se muestra sorprendido, me dice que no tenga miedo.

—Miryam, solo quieren ver al niño —me asegura.

También yo estoy sorprendida. Deben de ser hombres importantes, hombres de la corte. Se intuye por la distinción de la que dan muestra y por las gemas que decoran sus coronas. Hablan una lengua que no conozco.

Me levanto, doy unos pasos y separo ligeramente a Yeshua de mi cuerpo para que lo puedan mirar.

Al ver al niño, se inclinan profundamente rozando con la frente el suelo de tierra.

Yoseph me hace sentar con el niño en brazos, me sonrío orgulloso, casi como si fuera una reina.

Yoseph el esposo

Es de noche, el fuego todavía está encendido. Han pasado algunos días desde que los hombres venidos de otro país quisieron ver a Miryam y al niño. Entretanto, el niño ha aprendido ya a mamar la leche del pecho de Miryam, ella ha recuperado algo las fuerzas y yo he podido registrarme en el censo.

Pero ahora debemos partir. Enseguida. Tenemos que abandonar no solo este lugar, Belén, sino nuestra tierra.

Mientras dormía, al principio de la noche, he oído una voz, la misma que me dijo que me casara con Miryam cuando todavía estábamos en la aldea.

Dormía de cara a la entrada del establo con una mano bajo el jergón donde tengo el cuchillo.

En medio del sueño la voz me ha dicho que eso no era suficiente para proteger a Miryam, porque ella y el niño están en peligro. La voz ha dicho:

Herodes los está buscando.

Herodes, el loco; Herodes, el rey cruel que no quiere sucesores al trono, está buscando a Yeshua.

Me he despertado con un sobresalto.

He despertado a Miryam, que dormía con Yeshua en brazos.

—Tenemos que partir de inmediato —le he dicho.

Ella estaba confundida.

—¿Por qué ahora...? Es de noche.

—Herodes está buscando a Yeshua y si lo encuentra lo hará asesinar —he respondido—. Tenemos que irnos enseguida.

No había tiempo para contarle lo del ángel, pero ella me ha escuchado igualmente. Ha recogido nuestras pocas pertenencias, ha envuelto a Yeshua en pañales y ha empleado una faja para colgárselo al cuello. Yo, mientras, ensillaba el asno.

—¿Adónde iremos? —me pregunta.

—A Egipto. Tenemos que salir de la jurisdicción de Herodes, esa es la única forma de que Yeshua esté a salvo.

La ayudo a montar en el asno. Miryam lleva a Yeshua en brazos, yo la tomo por la cadera y la levanto. La abrazo por breves instantes, lo suficiente para que ella se monte a lomos del asno y yo sienta que se hunde en mis carnes la espina antigua y nueva al mismo tiempo.

Amo a Miryam, también así, de este modo que no sé cómo definir. Estar a su lado y, sin embargo, hallarse distante como la tierra del firmamento. Asumir la paternidad de un hijo que no es mío y sentir que ese es mi lugar.

El mejor que podía pedir para mí, Yoseph, el carpintero de Nazaret, de la casa de David.

Miryam me mira soñolienta: está todavía más pálida estos días tras el parto, fatigada por el viaje ya hecho y por el que queda por hacer, temerosa ante la amenaza de Herodes, pero bellísima bajo el velo que le cubre el cabello.

El niño llora, dejo que Miryam lo meza un poco antes de desatar al asno. Le dice palabras en voz baja, Yeshua se calma. Apenas acaba de llegar al mundo, apenas se ha separado de su madre. ¿Por qué tendría un rey que mandar a sus soldados para matarlo? Yeshua está en peligro: se convertirá en un fugitivo y en un extranjero. Pero no estará indefenso. Ahí estaré yo para cuidarlo.

Antes de alejarnos del establo, apago el fuego vertiendo agua sobre las brasas que crepitan, humean, se tornan negras.

Mi corazón, sin embargo, arde.

Por Miryam, a la que amaré con este amor que antes no conocía.

Por Yeshua, para el que no sé si podré actuar como un padre, ignoro si podré enseñarle algo alguna vez, guiarlo, corregirlo.

Por el Altísimo, al que un día en la sinagoga le escuché estas palabras:

Mis pensamientos no son vuestros pensamientos y vuestros caminos no son mis caminos.

Miryam es el pensamiento más hermoso de Dios y, si para estar a su lado debo recorrer un camino que no conozco, estoy dispuesto.

Tomo las riendas del asno.

—Vámonos.

Shimeon el justo

Me he levantado con el canto del gallo y, como si el dedo de Dios fuera el que me impulsara, me he dirigido directamente al Templo. Antes de lo habitual, antes de que el alba iluminara los mármoles del Templo que crece a ojos vista, antes del ir y venir de los peregrinos, precisamente en la hora tercera, cuando los sacerdotes están acostumbrados a recitar la plegaria para sí mismos.

Mientras llego, alcanzan la explanada los primeros mercaderes tirando de becerros y corderos. Solo hay un cambista montando su puesto, los otros llegarán dentro de poco. Me siento impelido por un deseo ardiente de entrar en el Templo, arde en mí un fuego similar al ardor de la juventud. Avanzo deprisa a pesar de mis años. Pienso:

“¿Quizá Dios, bendito sea su nombre, quiere que termine mis días en su lugar santo? ¿A qué puede deberse si no este vigor recuperado?”.

Luego lo veo.

Un puntito rojo en el blanco de la explanada semidesierta.

Mis piernas se detienen.

Siento una voz en el corazón que dice:

Aquí está el consuelo de Israel.

La luz que debía venir ha venido.

El día que llevo toda la vida aguardando.

Cuando todavía era un niño, tuve un sueño. En el sueño fui advertido de que vería con mis propios ojos al Mesías, el ungido del Señor, el preferido, nuestro salvador.

En espera de este día no he tomado esposa, no he engendrado hijos o hijas. He vivido en el deseo y en la promesa, en el rastro de la Ley y de los preceptos. He tratado de conservar un corazón puro para que mis ojos pudieran ver realmente la luz del Esperado, los días del Mesías.

Y helo aquí, el día ha llegado.

Apresuro el paso, y cuanto más me acerco, la imagen se vuelve más clara. Es un niño vestido con una tela color púrpura en brazos de su madre, una joven galilea. He reconocido la procedencia al oírla hablar con su marido. Están comprando una pareja de tórtolas, la ofrenda por su primogénito, el recién nacido que ella lleva en brazos.

Me he parado y, sin hacerme notar, he esperado que el hombre pagase unas pocas monedas. Dos tórtolas es la ofrenda de los pobres, de los que no se pueden permitir un cordero o un carnero.

Ahora se dirigen hacia el altar de los sacrificios, parecen tener prisa, miran a su alrededor con preocupación.

Cuando los detengo, se muestran turbados, el hombre protege a su mujer.

Digo:

—No temáis, sé quiénes sois. Sé quién es el niño.

La madre abraza al pequeño más fuerte, el hombre echa mano del cuchillo que lleva al cinto.

—He esperado este día desde hace decenios... Sé que el niño es aquel que debía venir. Dejad que le toque —continúo alargando los brazos hacia la criatura.

Los dos están confusos, luego el hombre baja la guardia y la joven mujer me entrega a su hijo.

Lo tomo en brazos y mi cuerpo se llena de una gran paz. La quemazón se ha apagado, he visto, he tocado.

Digo:

—Ahora deja, oh Dios, que tu siervo Shimeon vaya en paz. Mis ojos han visto tu salvación. Este niño será una luz para todas las naciones y la gloria de Israel, su pueblo — pero antes de que se lo devuelva a su madre siento crecer en mí una gran inquietud. Este niño ha venido para abrir y cerrar, levantar y abatir. Soltar a los que lleven cadenas y atar a los opresores. Como los verdaderos profetas, será rechazado por muchos.

El niño llora. La joven lo toma de mis brazos y lo acuna.

Nos miramos en el silencio de la mañana.

El sol surge a nuestras espaldas.

El hombre le hace un gesto para que prosiga su camino. Tiene prisa por irse, quiere abandonar el Templo antes de que la gente comience a llegar en grandes cantidades.

Los dejo marchar.

Siento un dolor profundo que oscurece mis pensamientos. Los alcanzo de nuevo, toco el hombro de la mujer que se gira atemorizada.

Le digo las palabras que no querría decirle, pero que la misma voz que me ha impelido hasta allí me sugiere en ese momento:

—Sé valiente porque una espada traspasará tu corazón.

Miryam

El asno avanza. Es de noche de nuevo. Yoseph tiene una lámpara que ilumina poco más que sus pasos. Estamos de camino. Yoseph dice que debemos alejarnos lo antes posible de la región.

Pero ha sido él el que ha querido ir al Templo de Jerusalén antes de dejar el país. Ha querido cumplir con la justicia y rescatar a nuestro primogénito según la Ley de Moisés.

En el Templo un hombre nos ha dicho que conocía la existencia de Yeshua. También ha dicho algo sobre mí. Una noticia amarga, un secreto que ya he plantado en mi corazón como una semilla que debe marchitarse para germinar. No sé todavía lo que significa, pero la custodiaré.

Ahora estamos de nuevo de viaje. Huimos.

Llevo a Yeshua apretado contra mi cuerpo, lo he cubierto y de vez en cuando levanto el borde del manto para mirarlo. Tiene el pelo oscuro, la nariz pequeña y los labios rosas. Si está con los ojos abiertos, pasamos mucho tiempo mirándonos.

Pero ahora, en la oscuridad, apenas veo el perfil de su rostro apoyado en mi túnica. Siento el calor de su cuerpo y, si acerco la cara, siento su leve respiración. Lleva una túnica pequeña.

Se la tejí antes de que naciera con unos restos de la púrpura que guardé con ese fin.

¿Qué es lo que está escrito en el Cantar de los Cantares?

Mi amado es blanco y colorado.

Aquí está mi amado, mi niño. Blanco de leche y rojo por su túnica.

Miro la espalda de Yoseph, que camina con paso firme delante del asno, y pienso que Dios eligió bien poniéndolo a nuestro lado.

No sé por qué Gabriel vino aquel día a mí precisamente. Cuántas doncellas había en Nazaret, cuántas en Galilea; cuántas que, como yo, habrían podido llevar en su seno a este niño.

Pero ahora sé que no podía ser de otra manera. Yeshua es mi niño, ha nacido de mí, de mi carne. Lo vi aquella noche. Estábamos solos, él y yo. Es mío.

Nació y con su llanto, con su primer grito, grité también yo. Como si en ese momento hubiera nacido también yo, como si también yo tuviera necesidad de respirar por primera vez.

Y por primera vez sé realmente qué hacer. También ahora que estamos huyendo.

Seré valiente.

Yoseph ha dicho que lo buscan, que vendrán los soldados de Herodes y lo buscarán entre los demás niños.

La sangre se me hiela en las venas recordando las palabras de *rabbi* Aron sobre este rey despiadado, sin cordura ni temor de Dios. Siento miedo por Yeshua y por mí. Siento miedo por todos los niños y sus madres.

Pienso en Moisés y en la historia que contaba *rabbi* Aron a sus discípulos.

Cuando nació Moisés, un decreto del faraón quería muertos a todos los hijos

varones de los israelitas. Para aplacar a aquel pueblo que era cada vez más numeroso, el faraón había decidido exterminar a todos los recién nacidos. Pero una madre escondió a su hijo, antes de que llegaran los soldados a reclamarlo, lo cogió y lo metió en una cesta embreada. Luego empujó la cesta por las aguas del gran río, el Nilo.

Y así el pequeño Moisés salvó la vida y, ya hombre, liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Venció al faraón y a su ejército, cruzó el mar desecado, caminó por el desierto, recibió las Tablas de la Alianza escritas por el dedo de Dios y guió a nuestro pueblo a la tierra prometida.

También Yeshua ha nacido para salvar a su pueblo. Me lo dijo Gabriel aquel día, dentro de la casa de mi padre.

Para Yeshua la cesta somos Yoseph y yo, el río es este camino oscuro que nos llevará lejos, a salvo.

Seremos su escudo, su familia.

Hasta que Yeshua crezca y se transforme en aquel para lo que fue enviado.

Si es un libertador, estaré entre sus filas.

Si es un profeta, beberé sus palabras como leche, las masticaré lentamente como hago con el pan.

Si es un sacerdote, uniré mi corazón al suyo en el culto.

Si es un maestro, seré su primera discípula.

Índice

[PRIMERA PARTE](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CUARTA PARTE](#)

[QUINTA PARTE](#)

[SEXTA PARTE](#)

[SÉPTIMA PARTE](#)

▣ La lengua hebrea escrita se lee de derecha a izquierda. Ver el nombre de Miryam escrito en la cubierta (N. del T.).

Índice

PRIMERA PARTE	7
SEGUNDA PARTE	40
TERCERA PARTE	55
CUARTA PARTE	80
QUINTA PARTE	95
SEXTA PARTE	113
SÉPTIMA PARTE	123